



MARIEL RUGGIERI
LA TENTACIÓN

¿TE ATREVES A CRUZAR EL LÍMITE DE LO PROHIBIDO?



zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)

[Nota de la editora](#)

[Cita](#)

[Año 1961](#)

[Veinte días antes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Cuatro años después](#)

[Cita](#)

[Atrévete](#)

[Montevideo, 1956](#)

[Capítulo 1](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Nota de la editora

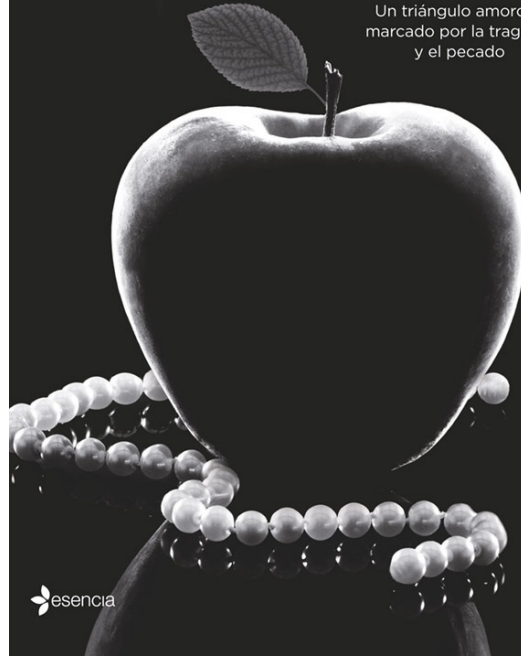
Querido lector,

Seguramente ya sabes que *La Tentación* es una secuela de la novela *Atrévete*, de Mariel Ruggieri (Esencia, 2015). Si bien es cierto que se puede leer de manera independiente, hay pequeños detalles que están relacionados con la novela y que no acabarían de entenderse sin conocer la historia en su totalidad, por lo que te recomiendo leerlas en el orden correcto.

Si todavía no conoces *Atrévete*, te invito a que le eches un vistazo al [primer capítulo](#).

MARIEL RUGGIERI
ATRÉVETE

Un triángulo amoroso
marcado por la tragedia
y el pecado



 esencia

«La mejor forma de librarse de la tentación es caer en ella.»

OSCAR WILDE

Año 1961

—¡Tranquilo, *Patán!*

El hombrecito tironeaba de la correa y era evidente que tenía grandes problemas para controlar al perro, que olisqueaba con desesperación el bolso de la mujer, mientras ésta se retraía temerosa.

Su temor era bastante justificado. Se trataba de un can enorme de raza incierta y pelaje multicolor, y además no parecía nada apropiado para hacer las veces de perro policía, empezando por el nombre y siguiendo por la falta de disciplina.

Pero el oficial Luna no se rendía. Estaba decidido a demostrarle a *Patán* que él tenía el control, mas éste no se daba por aludido y continuaba ladrando y hociqueando el bolso de paja que la joven intentaba apartar sin éxito.

—Basta.

El perro gimió como protesta, pero se calmó al instante. Quien había logrado el milagro de la obediencia le acarició la cabeza despacio, y *Patán* lo agradeció con un gruñido. Y lo mismo hizo el oficial Luna, aliviado al ver al animal más sosegado gracias a la inesperada intervención.

La chica también abandonó la preocupación por su bolso, y dirigió su mirada al hombre de la voz profunda que había conseguido alejar al odioso perro de él.

No lo había visto llegar y se sorprendió por eso, ya que era verdaderamente impresionante por su estatura. Un hombre imposible de ignorar. Se sintió pequeña a su lado, sobre todo cuando tuvo que forzar su cuello para observarle el rostro.

Vaya rostro... Y la boca... Vaya boca.

Vestía con el clásico uniforme de policía azul marino, pero por alguna razón parecía más un matón que un agente de la ley. No llevaba gorra como el otro, el más pequeño, que era incapaz de controlar al tal *Patán*.

Sus pantalones colgaban de forma indolente de sus caderas, y lo único que podía identificarlo como policía era su camisa con la insignia, que, al parecer, le resultaba más cómoda de usar abierta y por fuera, dejando a la vista una ajustada camiseta blanca de algodón debajo de la cual se adivinaban los tensos músculos de su vientre. Eso, y la pistola que llevaba en el cinto, por supuesto. Si no fuese por la insignia, podría pasar perfectamente por un delincuente común.

La joven tragó saliva. Elevó la barbilla e intentó no parecer intimidada. Después de todo, ellos no habían hecho nada malo, y no tenían por qué temer a un par de policías con un perro desobediente que seguramente estaba muerto de hambre, a juzgar por la insistencia con la que había olfateado su bolso repleto de manzanas recogidas en el camino al pueblo.

Buscó la mirada del gigante, pero sus gafas estilo Ray-Ban Aviator eran impenetrables. Permanecía serio, con la cuadrada mandíbula rígida bajo la barba apenas crecida, que contrastaba con su cabeza, a todas luces rapada.

«Mulato... Y muy bien parecido a pesar de... todo», se dijo ella sorprendida por sus propios pensamientos. ¿Qué era «todo»? ¿El tono de su piel, su aspecto desaliñado o la autoridad que rezumaba por cada uno de sus poros sin siquiera proponérselo? Bueno, si el policía parecía un matón, su animal, cualquier cosa menos un perro adiestrado para servir a la ley, y la situación era completamente innecesaria, ella no tenía por qué continuar esforzándose en mostrar que era inocente y que no le tenía miedo. ¿De qué la podían acusar? ¿De robar manzanas?

Sacudió la cabeza y luego intentó seguir andando con aire ofendido, que pretendió demostrar en un casi imperceptible gesto de fastidio. Lo intentó, pero no lo logró, porque, con la misma voz calmada con la que dominó al perro, él le ordenó:

—Alto.

Ella se detuvo al instante, y lentamente volvió la cabeza y lo miró con los ojos refulgentes de furia. No sabía si su indignación tenía que ver con el policía o con ella misma por mostrarse con la misma capacidad de

obediencia que el horrible animal.

Tragó saliva intentando calmarse. Era un oficial de policía, y por lo tanto también era natural sentirse algo inquieta incluso sin haber hecho nada malo.

Se preguntó si Felipe se sentía igual y lo miró para comprobarlo. El joven estaba petrificado, con el rostro ceniciento y el sudor perlado su frente. Ella bajó súbitamente la vista y tragó saliva de nuevo.

—Voy a registrar su bolso, señorita —intervino el oficial Luna.

Eso la hizo reaccionar, y alzó la cabeza, atenta.

—¿Sólo por que su perro quiere comerse mis manzanas yo tengo que mostrarle lo que llevo en mi bolso, oficial? —preguntó intentando no sonar tan indignada como se sentía.

La carcajada del policía moreno la sobresaltó tanto que no pudo reprimir el gesto de llevarse la mano al pecho.

—Creo que *Patán* se merece un poco de crédito... Pero quizá la señorita tenga razón. Mejor registra al caballero que la acompaña —le ordenó a su compañero, que de inmediato soltó la correa y se dispuso a obedecerlo. Al parecer nadie era inmune a su don de mando.

Formuló la palabra *caballero* con una mueca irónica, pero eso no fue lo que hizo que a ella se le erizaran los cabellos de la nuca. Si Felipe llevaba encima aquello por lo cual había tenido una discusión de muerte con su amiga esa mañana, estaban perdidos. Confiaba en que no lo hubiese hecho... Después de todo, sólo habían ido al pueblo de compras, y no a otra cosa.

Pero ver al joven tan dispuesto a que lo registraran la hizo respirar con alivio. Felipe puso las manos contra la pared, como le indicaron, y separó las piernas.

Mientras el policía bajito lo revisaba, el gigante no le quitaba los ojos de encima a ella. No lo miraba, pero no podía dejar de notar que él sí lo hacía.

—Nada de nada, comisario —anunció el oficial Luna con el ceño fruncido. A juzgar por su expresión de decepción, era evidente que esperaba encontrar algo.

Eso la intrigó un tanto, pero estaba decidida a salir de esa situación de inmediato y alejarse junto a Felipe de ese par. Entre aliviada y satisfecha, aferró su bolso intentando reprimir la sonrisa de satisfacción que pugnaba por asomarse a sus labios y, cogiendo al joven del brazo, se dispuso a

marcharse por segunda vez.

—Un momento.

Ese policía se estaba pasando de la raya. Ella sintió cómo la indignación iba creciendo lentamente en su interior. Ya no tenía ni una pizca de miedo...

Lo enfrentó, finalmente.

—¿Qué sucede, comisario? —Lo nombró haciendo la misma mueca displicente que él había usado momentos antes—. ¿Quiere que yo también me ponga contra la pared y separe las piernas?

Luego, asombrada por su propia audacia, alzó las cejas y se quedó esperando respuesta.

Lo vio apretar sus labios perfilados y perfectos conteniendo una sonrisa. Intentó ignorar esa creciente inquietud que también se perfilaba en su interior. Y cuando él extendió la mano, ella supo que no tenía otra salida que hacer exactamente lo que él le dijera.

—Su bolso, por favor.

Se lo dio. ¿Qué podía hacer? ¿Podía detenerla por recoger manzanas que pertenecían a su amiga Pilar? Ya le diría al esposo de ésta lo descortés que había sido con ellos el propio comisario, y el doctor Davies seguramente lo pondría de vuelta y media por ese atropello. Sonrió ante la perspectiva de ver al gigantón apesadumbrado por el rapapolvo del prestigioso ginecólogo del pueblo.

Lo observó abrir el bolso y sacar una a una las manzanas. Y no pudo evitar hacer el sarcástico comentario:

—Puede quedárselas. Para su perro, claro...

¿Es posible fulminar con una mirada a través de unas gafas de sol? Al parecer lo era, porque así se sintió cuando él posó la suya en ella.

Y eso no fue nada comparado con lo que experimentó dos segundos después, cuando él cogió de su bolso un pequeño sobre blanco y lo sostuvo ante sus ojos al tiempo que decía:

—¿Y esto también se lo puedo dar a *Patán*, señorita?

Ella sintió su rostro arder, y un frío intenso en la columna vertebral. Observó el sobre de papel y luego a Felipe, que de inmediato le esquivó la mirada.

Sin esperar respuesta, el comisario se llevó el papel a la nariz y aspiró.

—Cannabis... ¿Sabía que aquí es ilegal su consumo? —preguntó con

calma.

Pero no obtuvo respuesta, porque la joven era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Usted trafica o consume solamente? —insistió él, mientras que ella ya no podía controlar el temblor de sus labios. Sabía que estaba en problemas, pero delatar a Felipe no era una opción, aun cuando él había sido el que había introducido aquello en su bolso a sus espaldas y no hacía nada para evitar que la inculparan.

—Yo... —balbuceó, contrariada—. Sé que se utiliza con fines medicinales, pero eso no es mío..., comisario.

Él alzó una ceja y sonrió.

—¿Y de quién es? Quisiera que me explicara cómo llegó esto a su bolso.

—No lo sé.

—¿Segura? Porque el cannabis no crece en los manzanos, ni se esconde en los bolsos de las señoritas decentes —murmuró él, sarcástico—. Si tiene algo que decir, hágalo ahora. Créame, le conviene.

No sabía el porqué de tanta lealtad hacia quien no lo estaba siendo con ella, pero se encontró diciendo en voz baja:

—No sé cómo llegó allí.

Lo vio pasarle el papelito blanco a su compañero, que ahora parecía más que satisfecho, y luego alzar la mano y quitarse las gafas.

Lo que sucedió después fue como si le ocurriera a otra persona. Se encontró mirando directamente a los ojos más hermosos que había visto en toda su vida. Largas pestañas oscuras enmarcaban unos iris castaño claro, demasiado claro para un hombre de su raza.

Él pestañeó y ella lo imitó. Se miraron largamente por unos segundos y luego fue él quien habló:

—Entonces vamos a tener que investigarlo. Las manos al frente, por favor.

Ella lo miró sin comprender, de modo que él tuvo que repetirle la orden y también aclarar:

—Queda detenida, señorita. Las manos al frente, voy a esposarla.

Resignada, obedeció.

Y mientras lo hacía, Leonor sintió el amargo sabor del miedo en su garganta.

Veinte días antes

Parecían un par de urracas y no precisamente por sus largas melenas negro azabache, sino porque no paraban de hablar.

—Yo digo que es el primo Javier.

—Y yo, que es la abuela.

—Que no, que está muy mayor, Violeta.

—¡Si te oyera, te golpearía! Estoy segura de que es la abuela, porque, si no, ¿cómo se explica que lleguen en barco y no en avión? ¡Ella tiene miedo a volar!

—¡Tía Esther también le teme! Es por ella por lo que vienen en el *María Elena*, y apuesto a que es Javier la visita sorpresa que los tíos se han negado a desvelarnos.

Leonor miró a una y otra con el ceño fruncido. Estaban en el puerto de Montevideo, esperando ansiosamente a que llegaran los viajeros. Dos de ellos eran los padres de Leonor, y el tercero, una verdadera incógnita.

Se sentía tan intrigada como sus primas pero, a diferencia de ellas, sus elucubraciones sucedían en el interior de su cabeza. ¿Quién sería la famosa visita sorpresa?

Desde que se negó a regresar a su patria, sabía que tarde o temprano vendrían a por ella. Esa resistencia, su pequeña venganza por haberla obligado a partir cinco años atrás, le producía una inmensa satisfacción. ¿Quisieron deshacerse de la desobediente Leonor? ¿No tuvieron reparos en enviarla al otro lado del océano con sólo catorce años? ¿No les importaron sus súplicas para que no lo hicieran?

Bien, había llegado el momento de obligar a sus padres a pagar por el mal momento que le hicieron pasar. ¡Si hasta estuvo a punto de morir en aquella terrible tempestad a bordo del *María Elena*! Cada vez que

recordaba lo desalmados que habían sido sus padres al desterrarla —y aun habiendo pasado tanto tiempo—, Leonor sentía que le hervía la sangre.

La habían tratado como a una delincuente por haberse enamorado... Ciertamente que era casi una niña, bastante avispada, pero niña aún. También era verdad que se había escapado una y otra vez para encontrarse con su amado Felipe a escondidas. Había burlado la prohibición de sus padres en reiteradas ocasiones, hasta que ellos descubrieron sus ardides y decidieron poner un océano entre los enamorados para evitar que sucediera algo que deshonrara a toda la familia.

Se estremeció al recordar aquella accidentada travesía, la misma que ahora habían emprendido sus padres con el fin de llevarla de regreso a Madrid. Ojalá no hubiesen tenido que enfrentar una tempestad en alta mar como la que había traído a su vida, y a la de su amiga Pilar, a la malvada Charlotte. Cuando la conocieron en el buque les pareció encantadora, pero los acontecimientos demostraron luego que, en el fondo, era una mujer vengativa y peligrosa. La pobre Pilar estuvo a punto de morir en sus manos, y eso que le había salvado la vida al evitar que cayera al océano embravecido. ¡De lo que era capaz de hacer una mujer para conservar a un hombre! La inglesa jamás pudo asimilar que el doctor Davies se enamorara de Pilar y no de ella, e hizo lo imposible para evitar lo inevitable: que él le pidiera la libertad para vivir su amor con la joven.

Leonor sacudió la cabeza disgustada. No sabía por qué revivía esos hechos del pasado. Ahora todo estaba superado, el doctor Davies y su amiga eran felices, y le habían dado a ella una de las grandes alegrías de su vida: su pequeña ahijada Anastasia. Esa niña era su sol... Con apenas cuatro años, era como una muñequita de porcelana, pero sólo en apariencia... ¡y es que siempre estaba activa! La joven sonrió al recordar sus últimas travesuras. Al parecer, el hecho de estar a punto de recibir un hermanito había acentuado su tendencia revoltosa. Ojalá fuese varón el pequeño que Pilar llevaba en su vientre, para completar la felicidad de esa hermosa familia. ¡Se los veía tan bien, tan felices! Parecían tan enamorados como el día en que se casaron al pie de los manzanos en su finca «La Tentación».

Leonor se preguntó si el destino tendría reservado para ella un amor así. No pudo evitar recordar a Felipe, su único pretendiente, el que le había costado el destierro. El tiempo y la distancia habían hecho de las suyas, y se le hacía difícil evocar los rasgos del joven por quien estuvo a punto de

hacer la mayor locura de su vida. ¿Es que había perdido la cabeza? ¡Qué niña había sido, por Dios! Si no hubiese actuado de forma tan desobediente, si no hubiese violado sistemáticamente la estricta vigilancia de sus padres...

En el fondo de su corazón sabía que el mayor miedo de ellos había sido una posibilidad real. Sucumbir a la pasión y quedar embarazada hubiese sido cuestión de tiempo, de poco tiempo. Pero no quería reconocer que había sido un acierto que sus padres la enviaran a un colegio de monjas en Sudamérica, desesperados por la dificultad en controlar a su temperamental hija.

«No, no, no. No los perdonaré jamás. Se libraron de mí como si fuese un paquete... Cuando sea madre, apoyaré a mis hijos en todo», se dijo, obcecada. Le convenía alimentar ciertos rencores, para no tener que asumir que finalmente el lazo que la unía a Felipe no era tan fuerte como creía, pues se esfumó en un brevísimo lapso.

Felipe... ¿Qué sería de su vida? Se prometieron escribirse, pero él no sabía dónde enviarle sus cartas, y las monjas interceptaron todas las de Leonor, así que la comunicación no fue posible. La joven suponía que la había olvidado con la misma rapidez que ella y que, con veinte años, ya tendría novia. No le importaba. No le importaba nada.

Lo único que quería era que sus padres escarmentaran y sufrieran un tanto. ¿Querían que regresara a España ahora que había terminado la secundaria y era una chica juiciosa y reflexiva? ¡Pues no! ¿Temían que el hecho de que se empeñara en estudiar Arte Dramático la llevara por el mal camino? ¡Pues que comenzaran a temblar, porque no desistiría! Ahora era ella la que no quería volver, pues estaba muy a gusto viviendo con su tíos y sus primas gemelas Violeta y Margarita, que eran solamente un año más jóvenes que ella.

Claro que jamás paraban de hablar... ¡Hasta dormidas lo hacían! Y en ese momento estaban parloteando como nunca. Leonor sintió la tentación de taparse los oídos, pero permaneció inmóvil, sin quitar la vista de los pasajeros que ya empezaban a descender del buque.

—Violeta, creo que he visto a la abuela... ¡Tenías razón! ¡Mira, allí está!

—Que no, Marga. Desde luego que la abuela es más alta.

—¿Y tú cómo lo sabes, si jamás la has visto?

—¡Por la fotografía! Está claro que es más alta que el tío Antonio...

—¡El tío Antonio estaba sentado, tonta!

—Le diré a la abuela que me insultas, y no te dará tus regalos, te lo juro.

Leonor ya no podía soportarlas. Las quería, y mucho. Era imposible no quererlas, pues su simpatía y frescura eran innegables, pero en ocasiones la agobiaban. Eran como dos bellas flores idénticas, coloridas, perfumadas, llamativas... Serían perfectas si no hablaran tanto. La pobre abuela —si era ella la invitada sorpresa— se volvería loca, sin duda.

Se moría de ganas de ver a su abuela Rosario, pues sentía que era la única que la había echado de menos, pero estaba segura de que era Javier el tercer pasajero que sus padres no habían querido desvelar por carta. Bien, sería agradable reencontrarse con su travieso hermanito después de tanto tiempo, pero no iba a ceder tan fácilmente. Tendrían que rogar mucho para que ella accediera a regresar a España. Sonrió ante la perspectiva de ver a sus padres suplicarle que los perdonara por haberla obligado a partir, y pedirle apesadumbrados que regresara con ellos.

Sí, ¡cómo no! No habría nada que pudiese convencerla de dejar sus clases de actuación ni su hermosa vida en Montevideo.

—¡Nada de nada! —dijo en voz alta para reafirmar sus intenciones. Y nada más terminar de decirlo, lo vio. Sus ojos se abrieron como platos, y también su boca. Sus primas, que se habían vuelto a observarla, siguieron la dirección de su mirada y se encogieron de hombros al mismo tiempo. ¿Quién era el hombre que Leonor observaba como si fuese un fantasma? Estaba junto a sus tíos, a quienes reconocieron de inmediato gracias a las fotografías, pero no era el primo Javier, y mucho menos la abuela...

—Leonor, ¿te encuentras bien?

—Déjala, es la emoción de ver a sus padres, Margarita.

—No está mirando a sus padres, sino a ese chico.

—Es cierto. ¿Quién es, prima?

Pero Leonor ya no las escuchaba. Rodeó la valla que separaba a los pasajeros de quienes habían ido a recibirlos e, ignorando por completo a sus padres, se enfrentó cara a cara con Felipe, después de cinco largos años.

—Hola...

—Leonor —murmuró él quitándose el sombrero y sin dejar de mirarla ni un segundo.

Y luego nada. No pudieron decir más porque Esther, la madre de

Leonor, se adelantó y estrechó a su hija entre sus brazos, sollozando.

—¡Mi pequeña! —exclamó cubriéndole el rostro de besos.

Y entonces la joven se olvidó de su sed de venganza y de todo lo que el pequeño demonio del rencor le había susurrado al oído, y se fundió sin reservas en ese apretado abrazo.

—Mami... ¡Cuánto te he echado de menos!

Era muy raro. Sabía que era su Felipe, el chico que la había enamorado en su Madrid natal, pero lo sentía un extraño.

No le ocurrió lo mismo con sus padres, que no le soltaron las manos hasta que llegó la hora de irse a dormir. Se veían felices, pero culpables. Y ella se sorprendió de no alegrarse ni un poquito por ello.

El inesperado reencuentro con su amor de la niñez, tras la sorpresa inicial, la había dejado indiferente. Le parecía imposible que alguna vez se hubiesen besado furiosamente en cada farola, en el patio del colegio, detrás del seto, en el portal de su casa.

El joven que la observaba, serio, era un desconocido para ella. Se le veía mayor, y más fuerte. Y Leonor sintió que definitivamente no había nada que los uniera.

Pero sus padres y el propio Felipe no pensaban lo mismo y así se lo hicieron saber la mañana que siguió a su llegada.

—Ahora que ya eres mayor de edad, y estás preparada para ser una buena esposa y madre de familia, podrás casarte con Felipe y regresar a España —le dijo su padre, mientras desayunaban todos juntos en casa de los tíos.

Leonor palideció y se cubrió la boca con una servilleta. No se atrevía a mirar al joven a los ojos. Él lo notó, y decidió intervenir:

—Sería un gran honor que accedieras a ser mi esposa —le dijo con suavidad y, al verla súbitamente ruborizada, no pudo menos que sonreír.

—¡No es justo! ¡Con esto no podemos competir, Violeta! ¡Se llevarán a Leonor! —exclamó de pronto la prima Margarita, sin ocultar su disgusto.

—¡Niña! —la reprendió su madre, furiosa—. Nadie te ha pedido tu opinión, así que cierra el pico.

—¡Es que no queremos que se marche! —insistió su gemela, Violeta. Era extraño verlas ponerse de acuerdo en algo por primera vez.

Don Antonio, el padre de Leonor, carraspeó, incómodo.

—Ya lo hablaremos luego —dijo, y de inmediato cambió de tema.

Y así fue, pero la conversación se produjo entre Felipe y ella a solas, esa misma noche y sobre el tejado.

Leonor se sorprendió cuando él apareció de pronto en el balcón de su habitación y la invitó a subir. Aceptó, intrigada, y mientras Felipe se liaba un pitillo ninguno de los dos dijo nada.

—¿Fumas, Leonor?

—No me gusta el tabaco —respondió ella, negando con la cabeza.

—Esto no es tabaco, es algo mucho más... estimulante. Se lo compré a un brasileño, en el buque. ¿Quieres probar?

No encontró motivo para negarse. Después de todo, estaban al aire libre y nadie los veía...

Más tarde no sabría explicarse qué fue lo que le sucedió a los pocos minutos, después de haberse calmado el acceso de tos que le provocó la primera bocanada. De pronto, sus temores se esfumaron y se sintió... libre. ¡Sí! ¡Más libre que nunca! Rio feliz cuando Felipe la besó y por fin reconoció en él al chico que la había cautivado cinco años atrás.

Y le creyó cada una de sus palabras.

—Nos casaremos, preciosa. Y lo pasaremos la mar de bien... Fumaremos estos pitillos maravillosos, daremos fiestas, viajaremos...

—¿Y podré cumplir mi sueño de ser actriz? ¿Tú no te opondrás a ello?

—¡Claro que no! ¡Ya verás cuánto nos divertiremos tú y yo! —exclamó él, exaltado, y luego comenzó a girar tan rápido que estuvo a punto de caer desde una altura considerable, pero a ninguno de los dos le pareció alarmante.

—Nos divertiremos... —repitió Leonor, fascinada, y volvió a ofrecerle los labios sin reservas.

Él volvió a tomarlos, mientras murmuraba:

—Seremos libres... como pájaros..., como mariposas...

—¡Como urracas! —completó ella, riendo al pensar en sus primas.

—¡Así es! Mi familia es rica y también la tuya, así que no tendremos que trabajar... ¡Haremos lo que queramos! ¡Viviremos a nuestro aire!

Leonor sonrió y se tendió sobre el tejado a observar la luna entre bocanada y bocanada, la cual se le antojó más bella que nunca. Sí, regresaría a España, se casaría con Felipe y vivirían a su aire tal como él

le prometió.

Esa noche soñó que interpretaba en un gran escenario el papel de su vida, pero el auditorio estaba casi vacío. Casi, porque desde la primera fila la miraba su padre y, entre volutas de humo, la aplaudía sin parar.

Recorrieron la costa uruguaya desde Montevideo hasta Rocha. Y ya que habían llegado tan lejos, a instancias de Felipe cruzaron la frontera con Brasil y pasaron un par de maravillosos días en playas casi desiertas.

El doctor Antonio Ávila, padre de Leonor, alquiló un Opel Rekord de ese año y, junto con su esposa, Leonor y el flamante prometido de la joven, emprendió el viaje que los llevó a hermosos parajes donde el océano y las sierras se alternaban para embellecer el entorno. Pero ni Leonor ni Felipe repararon en ello, pues estaban demasiado ocupados fumando marihuana a escondidas.

Se sentían felices, dichosos. Ya no notaban presión alguna y las inhibiciones se esfumaron como por arte de magia. Entre besos y caricias más o menos atrevidas, los días transcurrieron con rapidez. Una y otra vez, se atrevieron a burlar la vigilancia de los padres de Leonor para introducirse en su mundo particular, donde no había lugar para nada que no fuese risas tontas y alocados planes.

Y hacerse con más cannabis era uno de esos planes.

Lo lograron sin esfuerzo, y estuvieron a punto de soltar la carcajada cuando Esther elogió la belleza de la planta recientemente adquirida por Felipe en Brasil, sin sospechar siquiera de qué se trataba.

A pesar de la aparente alegría que rodeaba sus días, cuando se disipaba el efecto de la droga, Leonor se hacía preguntas. Y para acallarlas, volvía a introducirse en el mundo perfecto que Felipe le ofrecía donde no había lugar para cuestionamientos inquietantes.

Pero una de esas tardes en las que el calor era tan intenso que no se podía hacer otra cosa que dormir la siesta, Leonor sintió la apremiante necesidad de hablar con su amiga Pilar.

Mientras todos descansaban, fue a la cabina más cercana y pidió que la comunicaran con «La Tentación». Una larga hora hubo de esperar para que la operadora de la central telefónica lograra la conexión y, cuando tuvo a su amiga al otro lado de la línea, no supo qué decir. Le habló de tonterías, pero Pilar se dio cuenta de que algo no andaba bien, así que la

apremió para que convenciera a su familia de ir a pasar unos días a su finca. Tanto insistió, que Leonor no tuvo más remedio que prometérselo.

Fue así que los cuatro emprendieron el regreso con la firme intención de pasar un fin de semana en un lugar que podría proporcionarles un alivio en el agobiante verano uruguayo, antes de la partida definitiva.

«La Tentación» se erigía más bella que nunca en un paraje rodeado de frondosos manzanos. La primera en recibirlos fue la pequeña Anastasia y, detrás de ella, una Pilar radiante en el último mes de su segundo embarazo.

Las amigas se abrazaron, o al menos lo intentaron, pues el abultado vientre de Pilar les dificultaba aproximarse, y ambas rieron al notarlos. Estaban felices de volver a verse, tras más de un mes de no tener ningún tipo de contacto.

Pilar había estado al tanto de que los padres de Leonor habían embarcado rumbo a reencontrarse con su hija, aunque jamás se imaginó que traerían una verdadera tentación para la joven: su primer amor. Pero tan pronto como lo vio, se dio cuenta de que Felipe no era el hombre indicado para su amiga.

Para empezar, tenía cara de tonto. Su cabello liso y rubio le caía sobre la frente, y sus ojos, azules, eran tan grandes como huidizos. Era de complexión delgada y de trato amable, pero Pilar sintió cierta aprensión cuando le estrechó blandamente la mano. «Éste no es, no hay duda. El tal Felipe jamás podrá colmar las expectativas de Leonor, corresponder a su sensibilidad, darle lo que ella necesita. La comprenderá, quizá, pero le falta... pasión. ¡Eso le falta!», pensó mientras la observaba reír ante las ocurrencias de su pequeña hija.

Su amiga era la alegría de vivir hecha mujer. Era la pasión, los sueños y la inocencia. Era graciosa, dulce y tierna, y por ese cúmulo de virtudes se hacía querer allá donde fuese. Leonor era un ser elevado, y ese chico no parecía ser el adecuado para ella, al menos en una primera impresión.

Cuando estuvieron a solas, se sinceró.

—Pilar, no sigas por ahí. Felipe me gusta mucho y me casaré con él lo quieras o no —la atajó Leonor.

—¿Estás segura? ¿Por qué no dejas que regresen a España y tú te lo piensas un poco antes de hacer lo mismo? Si lo echas de menos, siempre

podrás...

—¡No! —exclamó la joven, fastidiada. Y luego se recriminó a sí misma por exasperarse por algo que ella misma se había buscado. Había ido a «La Tentación» para que la sensatez de su amiga la ayudara a responder esas preguntas que pugnaban por abrirse paso en su mente.

—Vamos, Leonor..., ¿me vas a decir que estás enamorada? A mí no intentes embaucarme. Lo que sentiste por ese chico ya no lo sientes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, desafiante, pero dentro de sí hacía tiempo que se había formado el mismo interrogante.

—Pues por tu mirada... A propósito de eso, te veo diferente. ¿Hay algo que no me hayas dicho, querida? —preguntó Pilar, acercándose y apartándole un mechón de cabello de la frente a su amiga.

—No... Estoy muy bien, Pilar. ¡Mejor que nunca! Me divierto mucho con Felipe, y creo que me lo pasaré muy bien a su lado. ¿Sabes que no ha puesto ningún reparo en que yo continúe mi carrera de actriz en España?

—¿De veras? —preguntó Pilar, sorprendida.

—Así es. Es muy abierto de mente..., un chico muy moderno —le explicó. Y luego, sintió una gran necesidad de confesarle a su amiga que él la había introducido en el consumo de marihuana. Sabía que eso haría caer a Felipe ante los ojos de Pilar para siempre, pero aun así lo hizo, pues necesitaba compartirlo con alguien.

—¿Cannabis, Leonor? ¿Pero eso no es ilegal? —preguntó ésta, confundida.

—Pilar, lo usan hasta los médicos. Es una hierba medicinal y completamente inocua. Es como tomar licor pero sin que se resienta tu salud... ¡Es muy divertido!

—No sé, querida. Fumar nunca es bueno. Le preguntaré a Christopher si...

—¡Ni se te ocurra! —la interrumpió, alarmada—. Que esto quede entre nosotras, por favor...

Pilar movió la cabeza, disgustada. No le hacía ninguna gracia lo que estaba sucediendo, pero no dijo más, pues no quería incomodar a Leonor en su primer día en «La Tentación» con su familia. Se suponía que tenía que ser una buena anfitriona y no hostigar a su amiga, así que decidió no insistir por el momento. Después de todo, Leonor ya no era una cría. Tenía diecinueve años, y era tan temperamental como hermosa. ¡Cómo había cambiado en cinco años! Continuaba siendo delgada y esbelta, pero

sus rizos rojizos se habían transformado en doradas ondas. Sus enormes ojos claros enmarcados por largas pestañas le daban un aire de inocencia, y un encanto muy especial.

Pilar sospechaba que Felipe era un lobo con piel de cordero. Si ese chico con aspecto de pusilánime la pervertía de alguna forma, se las tendría que ver con ella, se juró. Y a pesar de verlos en apariencia dichosos, esa noche no pudo dormir pensando en Leonor.

Pero Pilar no fue la única que esa noche no logró pegar ojo. Leonor tampoco lo hizo; por distintos motivos, claro. Mientras su amiga daba vueltas en la cama, preocupada, ella y Felipe hacían lo mismo, pero completamente relajados. Todo empezó como siempre: él lanzando piedrecitas en la ventana de Leonor y ella saliendo de puntillas, al amparo de la oscuridad nocturna.

—Sígueme, Felipe. Conozco un lugar que te va a encantar...

Recordaba perfectamente el camino a la cabaña en la cual Pilar y el doctor Davies habían pasado su noche de bodas. Sabía también que todo permanecía intacto, ya que ellos iban de vez en cuando a recordar viejos tiempos.

Entraron por la ventana, riendo. Felipe lio el pitillo con esmero, lo encendió y se lo pasó a Leonor.

Era algo... mágico. A los pocos minutos todas las tensiones se esfumaban y el mundo se transformaba en un sitio maravilloso y feliz.

La joven no podía dejar de reír. Con el rostro arrebolado y los ojos brillantes, se sentó en la cama junto a Felipe, y éste, rápido como un rayo, se tendió sobre ella y la besó dulce y largamente.

Leonor recibió gustosa la lengua de su novio. Todas sus inhibiciones habían desaparecido y nada le parecía fuera de lugar, y mucho menos pecado. Ese concepto estaba muy lejos de su mente y de sus intenciones. Lo observó, regocijada, dar una última calada antes de lanzar el cigarrillo a la boca de la estufa de leños, y luego lo besó voluptuosamente para compartir la bocanada.

—Eres bella, Leonor...

—Tú también.

—Vamos a casarnos...

—Así es.

Y de pronto las palabras sobraron. Entre risas cómplices, él le quitó la ropa interior y la penetró sin muchos miramientos. La torpeza del joven no pasó desapercibida para Leonor, que acusó la repentina invasión con un quejido de dolor.

—Shh... La primera vez siempre duele, preciosa.

Lo sabía. Había leído sobre eso alguna vez, y también lo había comentado a hurtadillas con sus amigas. Estaba preparada para sufrir un poco, pero cuando las embestidas de Felipe cobraron intensidad, deseó que eso fuera una señal de que estaba a punto de terminar.

No es que no le gustara lo que le estaba haciendo. Era bastante agradable, bastante... movido. Después del ardor inicial, sólo sentía una leve incomodidad, y de pronto se preguntó por qué la gente hacía tantas alharacas por tan poca cosa. Se dijo que, si valía la pena hacerlo, era por los besos; si no fuese por eso, ya lo hubiese apremiado para que la dejara en paz. Por fortuna, todo transcurrió con más rapidez de la que esperaba, y pronto se encontraron ambos de espaldas en la cama mirando el techo de la cabaña, pensativos.

—Gracias, pequeña.

Leonor estaba aún algo aturdida por la marihuana y no supo qué decir. Soltó una risita y luego se alisó la falda.

—De nada. Ha sido un placer.

Felipe la miró, sorprendido.

—¿De veras?

—Ajá —mintió ella descaradamente—. Pero hasta que estemos casados preferiría no volver a hacerlo.

Él asintió y de inmediato se incorporó y comenzó a preparar otro pitillo.

Pasaron la noche fumando marihuana, pero la alegría del primer momento había desaparecido.

El amanecer los sorprendió desgreñados, ojerosos y con un aire culpable imposible de borrar. Los efectos de la droga se habían disipado por completo, y a Leonor se le formó un nudo en la garganta.

Sentía que le había entregado algo muy preciado a quien no se lo merecía, y mientras corría a su habitación deseó intensamente no haber hecho lo que hicieron.

Se sintió súbitamente sucia. Tendida en la cama boca abajo, ya no pudo contenerse, y una catarata interminable de llanto que no sabía de

dónde le salía le hizo liberar parte de la tensión acumulada.

Quiso desterrar el sentimiento de culpa, pero no lo logró, pues ya había echado raíces en su corazón. Y así, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, despeinada y triste, la encontró Pilar cuando muy temprano en la mañana entró a su habitación.

Nada más verla, supo que algo no andaba bien. Se acercó a ella y el olor dulzón de la marihuana que aún conservaba en el cabello le provocó náuseas.

—Has fumado otra vez, ¿verdad?

La sola pregunta, así sin más, desencadenó la confesión de todo lo sucedido durante la noche.

Pilar se resistía a creer que Leonor le hubiese entregado su virginidad a Felipe, con los sentidos completamente alterados por la droga.

—¡Estás loca, Leonor! Esto ha ido demasiado lejos.

—¡No me juzgues! ¡Tú no eres la más indicada para hacerlo! —se defendió la joven.

—Tal vez no soy el mejor ejemplo, pero al menos lo hice consciente y guiada por el amor, Leonor. ¡No es así como debió ser tu primera vez! —replicó su amiga, enfadada.

Leonor se cubrió el rostro con las manos y murmuró amargamente:

—Lo hecho, hecho está.

Y al verla tan triste, Pilar se compadeció y, sentándose junto a ella en la cama, le pasó el brazo por los hombros.

—Leonor, que esto no haga que te sientas obligada a casarte con ese chico. Piénsalo bien... Estoy segura de que no es el... indicado.

La joven se puso en pie. Tenía los nervios a flor de piel.

—No me digas eso. ¡No me hace ningún bien! ¡Qué mala amiga eres, Pilar Guerra!

—Lo siento. Pero creo que necesitas ayuda para pensar con claridad, cariño.

Tenía razón y, en el fondo de su corazón, Leonor lo sabía. Sólo que no quería darse por enterada... Hacerlo habría significado asumir que había sido una tonta. Se había entregado a un hombre al que no amaba, y no lo había hecho en un arrebato de pasión, sino por la inercia provocada por la maldita marihuana. ¡Maldición! Acababa de descubrir que no estaba enamorada, y ahora no tenía otra salida que casarse con él, pues ya no era

virgen.

Pilar tenía razón pero Leonor no estaba dispuesta a admitírselo, y por eso levantó la cabeza, altiva.

—Ya soy mayor, y tú no eres mi madre para reprenderme.

Y antes de que su amiga pudiese replicar, se oyó la voz de Esther desde el otro lado de la puerta.

—Leonor, baja de una vez, que Felipe te espera para ir al pueblo con una lista de recados. Necesito algunas cosas...

Mierda, no tenía ni las más mínimas ganas de ver a Felipe en ese momento, pero ¿qué podía hacer? Se encogió de hombros y pasó por delante de Pilar, quien la miraba con el reproche pintado en el rostro, y luego salió de la habitación.

Su amiga se cogió el vientre con ambas manos... Vaya, no le convenía alterarse porque el bebé se inquietaba demasiado. Parecía un pequeño pulpo, todo brazos y piernas, golpeando una y otra vez.

Intentó tranquilizarse, y luego bajó la escalera con cuidado. Al pie de ella se encontró con su esposo, y se esforzó por sonreír para no preocuparlo.

—Hola, mi amor... ¿Cómo está mi pequeña? —le preguntó él, acariciándole el vientre con ternura. Se le había metido en la cabeza que iban a tener otra niña.

—Tú lo debes de saber mejor que yo, ya que no hay día en que no me examines a fondo, doctor... ¿Y Anastasia? —inquirió al ver que su hija no estaba en el comedor.

—Los padres de Leonor se llevaron a Ana y a Jem a dar un paseo. Y Leonor también se acaba de marchar con su novio al pueblo... Dime, Pilar, ¿qué le pasa a tu amiga? Tenía una cara...

Bueno, si Leonor tenía «una cara», ella no se quedaba atrás. Ya no le quedaban ganas de fingir y se abrió a su marido, contándole lo preocupada que estaba.

—Mierda, Pilar. ¡Esto es el colmo! Debiste decírmelo ayer... —le recriminó, ofuscado.

—No hubieses podido hacer nada, Chris. Leonor es demasiado terca —replicó.

—No es un tema moral, Pilar. Te juro que no me importa lo que haga con ese chico, pero si quiere acostarse con él, que no lo haga bajo mi techo y drogada.

—No fue aquí... Fue en la cabaña.

—¡Joder! En nuestra cabaña... —murmuró, disgustado en extremo.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla? Es mi amiga y la quiero, pero me temo que eso que está fumando le está haciendo mucho daño.

—Que no te quepa la menor duda, mi amor. Aunque algunos colegas lo recetan, el cannabis es ilegal y adictivo. No me gusta. No me gusta nada...

Se le veía alterado y Pilar se asustó. Permaneció en silencio, observándolo dar grandes zancadas por todo el comedor.

De pronto Christopher se detuvo y la miró.

—Pilar, esto que voy a hacer no te gustará, y a Leonor, menos. Deberás confiar en mí, y en que esto será por su propio bien.

Y antes de que ella pudiese preguntar nada, él se alejó y cogió el teléfono.

—Operadora, soy el doctor Christopher Davies. Por favor, comuníqueme con el comisario Villanueva.

—¡Tengo mis derechos! ¡Quiero que me permitan hacer una llamada!

Una mujer policía bastante entrada en kilos se aproximó con parsimonia a la celda.

—El comisario ha dicho que estará incomunicada hasta que el señor juez intervenga, así que deje de gritar, señorita.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Leonor, ansiosa.

—El lunes.

—¿Cómo? ¡El lunes! ¡No pueden dejarme encerrada aquí dos días!

—Podemos. Y lo haremos, ya que el juez Rosas se ha marchado a una excursión de pesca de fin de semana.

Leonor se pasó las manos por el cabello, desesperada.

—No puede ser...

—Le aconsejo que se calme. En un rato traerán su almuerzo, y por fin podré retirarme —le informó la oficial Marta Fagúndez, dándole la espalda.

—¿Cómo que se irá? ¿Me dejarán aquí encerrada y sola? —quiso saber, aferrándose con ambas manos a los barrotes de hierro.

La oficial se dio la vuelta y sonrió.

—El comisario le hará compañía —le anunció, y luego se alejó con exasperante lentitud.

«Virgen Santísima, por favor, ayúdame a soportar esta prueba», rogó la joven mientras las lágrimas que había luchado por contener caían libremente por sus mejillas.

Y aunque creía que jamás podría salir de ese estado de desesperación, sin querer se quedó dormida en el pequeño camastro de su celda.

Despertó mucho tiempo después, o al menos eso le pareció a ella.

Lo primero que vieron sus ojos fueron unas piernas de hombre.

Largas, interminables... Estaban extendidas y se cruzaban una sobre la otra a la altura de los tobillos. La mirada de Leonor las recorrió perezosamente. Se detuvo un instante donde no debería, y luego continuó más allá... Y en el momento en que reconoció al dueño de esas piernas, cuando se dio cuenta de que pertenecían al que todos llamaban *comisario*, recordó de pronto dónde estaba y por qué.

Se sentó en el camastro, más rápida que un rayo, y lo enfrentó con la mirada más dura que supo poner. No le costó demasiado, pues estaba furiosa, y la pose indolente de él reforzó su actitud combativa.

El comisario Villanueva no se inmutó, y continuó repantigado en la silla y con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola en silencio con una inescrutable expresión.

A Leonor le pareció que se veía tan patán como el perro que la había delatado, y también demasiado guapo. No había dicho nada, pero su sola presencia la incomodaba hasta tal punto que, sin poder contenerse, le espetó:

—Creo que su actitud deja mucho que desear. No es de caballeros observar a una dama, sin su consentimiento, mientras duerme.

El comisario rio y su blanca y alineada dentadura atrajo de inmediato la atención de la joven. El mero hecho de ver esa boca perfecta curvarse en una sonrisa la hizo estremecer.

—Sucedé que yo no soy un caballero; en este momento, soy su carcelero. Y usted no es lo que se dice una dama, sino una prisionera que ha sido detenida por estar en posesión de sustancias ilegales —replicó.

Un intenso rubor cubrió las mejillas de Leonor, y ya no pudo sostenerle la mirada.

—Creí que era el comisario —murmuró por lo bajo.

—¿Qué es lo que ha dicho? —la apremió él, incorporándose de pronto.

—Que pensé que usted era el comisario —repitió Leonor más segura de sí.

—Lo soy. Pero también soy carcelero y administrativo los fines de semana, mientras el oficial Luna patrulla la zona, atiende emergencias y, de cuando en cuando, detiene señoritas como usted que intentan burlar la ley.

Leonor dio un respingo. No es que esperara consideración por parte de ese hombre, pero sentía que cada una de sus palabras estaba cargada de

hostilidad y se preguntó por qué. Claro que él la consideraba una delincuente, pero de todas formas resultaba evidente que, tras las rejas, no representaba un peligro para nadie. De pronto se sintió tan triste que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar.

El comisario se puso de pie, cogió una bandeja de su escritorio y se la pasó por una abertura entre los barrotes.

—Su almuerzo.

Leonor observó el trozo de carne con patatas y sintió náuseas. Odiaba la carne de ternera; era algo a lo que no había logrado acostumbrarse. No era vegetariana, pero trataba de consumir pollo o pescado, y evitaba por todos los medios comer una sangrante y enorme costilla como la que tenía frente a ella.

—No tengo hambre —murmuró quedamente.

—Hable más fuerte, señorita Ávila.

Leonor pestañeó ante la inesperada cortesía. Ella no le había dicho su nombre, pero seguramente había leído la ficha que completó la mujer policia antes de encerrarla en la celda.

—Que no tengo hambre.

—Lo dudo. Si consume cannabis, seguro que debe de tener hambre, y mucha. Coma —ordenó, firme.

—¿Por qué me trata así? Admito que he consumido, pero no trafico con drogas. ¡No soy una delincuente! —exclamó, perdiendo los estribos. No quería llorar, no debía llorar... Tenía que concentrarse en no mostrarle lo asustada que estaba.

Él se acercó a la reja hasta quedar a pocos centímetros de ella, y la miró desde su impresionante altura.

—Le hablo así porque se lo merece por tonta. Encubrir a su novio no sólo ha sido una mala idea, sino también un delito. ¿O cree que no me he dado cuenta de que él deslizó la droga en su bolso? —le preguntó, alzando las cejas.

Leonor no podía creer lo que escuchaba.

—¿Me está diciendo que sabe que soy inocente?

—No me haga reír. Usted de inocente no tiene nada... Consume marihuana, y eso es ilegal. Y también es una mentirosa, porque encubrir es lo mismo que mentir.

—Depende de cómo se mire. También puede ser un acto de amor, comisario —replicó, atrevida.

Ahora el que dio un respingo fue él.

—Un acto de amor... ¡Qué maravilla! —repitió, sonriendo, burlón—. Como sea, he hablado con su familia y ya están al tanto de que pasará el fin de semana meditando sobre sus faltas. Y si se muestra lo suficientemente arrepentida, quizá el juez la deje en libertad el lunes.

—¿Ha hablado con mis padres?

—Eso he dicho. Ellos se encargarán de hacer reflexionar a su prometido, y yo me encargaré de que usted haga lo mismo. Ahora coma, Leonor —ordenó.

Ella expelió lentamente el aire que estaba conteniendo. Se sentía más aliviada al darse cuenta de que todo se trataba de una especie de escarmiento y se preguntó si Pilar tenía que ver con ello, pero lo que más le afectó de todo lo que él dijo fue oírlo pronunciar su nombre.

Por alguna razón que no lograba comprender, eso la dejó temblando. Para ocultar su turbación, decidió obedecerle. Se comió las patatas en silencio y bebió de un tirón el vaso de agua que el comisario le alcanzó. Tenía muchísima sed.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió.

—¿Por qué lo hace, Leonor?

—¿Cómo dice? —No pudo evitar preguntar a su vez tratando de ignorar el efecto que le producía su nombre en esa boca.

—Le pregunto por qué se droga. ¿De qué quiere escapar?

Leonor se encogió de hombros.

—De nada. Sólo quería... divertirme un poco —respondió.

—¿Y lo logró?

Esa simple pregunta la movilizó en extremo. ¿Lo había logrado? Si se le podía llamar diversión a entregarle su virginidad al tonto de Felipe, podría decir que sí. No dijo nada, sin embargo.

—Me parece que no lo consiguió —continuó él—. Mire, Leonor, le voy a decir algo: los vicios pueden propiciar que cometa actos de los que luego quizá se arrepienta toda la vida... Consecuencias que puede arrastrar consigo para siempre, culpas que nunca la abandonarán. Los vicios no la llevarán a nada bueno.

Leonor lo escuchaba con la boca abierta. No se esperaba ese sermón, pero de alguna manera consiguió conmoverla tanto que se puso a llorar con desconsuelo.

Y lo que él hizo a continuación terminó por desconcertarla por completo.

Lo vio tomar las llaves y abrir la puerta de su celda, y luego entrar hasta situarse frente a ella. Su imponente presencia parecía llenar todo el recinto.

—No llore —le indicó, tendiéndole un pañuelo.

Cuando ella quiso cogerlo, sus dedos se tocaron por un segundo. El contacto fue muy breve, porque él retiró su mano con rapidez.

—Perdón... —murmuró Leonor, turbada. Le pedía disculpas pero lo cierto es que no sabía por qué. ¿Era por llorar como una cría? ¿O era por haberlo incomodado tocándolo? En cualquier caso, no podía dejar de sollozar.

—No llore, Leonor —repitió él, con voz grave.

Y en ese momento el peso de la culpa cayó sobre ella irremediabilmente.

—Lo siento, pero... ¡Oh, Dios! He cometido... un error..., un terrible error... Usted tiene razón... Yo no debí hacer... eso —intentó explicarse, pero una nueva crisis de llanto descontrolado se lo impidió.

—Sea lo que sea, estoy seguro de que se podrá solucionar.

—¡No! Esto ya no tiene remedio... —le dijo, llorando todavía. No podía detenerse; era como si un dique se hubiese roto y una catarata de lágrimas que parecía no acabar nunca le inundara el alma.

Y la pregunta que él le hizo luego estuvo a punto de causarle un síncope por lo avergonzada que se sintió.

—¿Está embarazada?

Un súbito vacío en el estómago la asaltó. ¿Cómo sabía que ella y Felipe...? ¿Cómo había adivinado lo que había sucedido entre ellos? El calor en sus mejillas era intenso, y tuvo que aferrarse a uno de los barrotes para no caer. No había pensado en eso hasta ese momento, y el efecto de ese interrogante fue demoledor. Ya no tenía sentido negar nada... De golpe asumió que había cometido la tontería de drogarse, acostarse con un chico del que ni siquiera estaba enamorada, comprometerse a casarse con él y, para colmo de males, existía la posibilidad de que hubiese quedado encinta. Era demasiado, y no tenía sentido negárselo a sí misma, ni negárselo a... él.

—No lo sé. Es una... posibilidad —admitió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

El comisario se volvió y después se recostó de espaldas en la pared de la celda.

—De todas formas, se casará con él.

Leonor lo miró. Ese hombre sabía demasiado de ella, pero por alguna razón eso le resultó lógico y hasta correcto. Lo que no le parecía ni lógico ni correcto era tener que atarse a Felipe de por vida.

—Eso sí sería un error del cual me arrepentiría toda la vida —replicó amargamente—. Más que un error, sería una verdadera desgracia...

Él alzó las cejas, asombrado. Y luego le dijo:

—Usted no tiene idea de lo que es una verdadera desgracia.

—¿Usted sí? —preguntó ella sin poder contenerse.

Por unos instantes el silencio se apoderó de ellos. Se observaron sin decir nada. Él fue quien lo rompió.

—Descanse, Leonor —le ordenó. La coraza de la que se había despojado por un instante volvió a su lugar.

Se marchó sin añadir nada más.

La dejó temblando en la celda, confundida, nerviosa, y con más preguntas que respuestas.

Pudo percibir su presencia aun antes de verlo. Como había sucedido horas antes, él estaba sentado y la observaba dormir. Esta vez tenía los brazos detrás de la cabeza, y los pies cruzados sobre el escritorio.

—Necesito... ir al baño.

Él se puso de pie y abrió la celda otra vez.

—Su mano —reclamó.

Leonor no comprendió.

—¿Qué?

—Necesito su mano para esposarla a la mía —le explicó, indiferente.

—¿Por qué? ¿Teme que le haga daño? —preguntó ella con ironía.

—Lo que temo es que pueda intentar escapar. ¿Y sabe qué?: no tengo las más mínimas ganas de correr detrás de usted.

—Confíe en mí, comisario. No escaparé, se lo aseguro —le rogó. Era humillante que tuviese que acompañarla al baño.

Pero él parecía no escucharla, así que, suspirando, permitió que la esposara y la condujera hasta el fondo del pasillo. Una vez que llegaron al baño, la liberó y por fortuna para ella le permitió entrar sola.

No tardó demasiado, y al salir se volvió a repetir el ritual de las esposas que a ella le parecía innecesario y ridículo.

Mientras caminaban de regreso a la celda, se atrevió a preguntarle:

—¿Cuál es su nombre?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Bueno, usted me llama Leonor y yo no sé con quién estoy hablando.

Él cerró la puerta de la celda y sonrió, provocándole la misma inquietud que la última vez que lo vio hacerlo.

—Hugo Villanueva —respondió. Y luego se encaminó a la puerta.

—¡Espere! ¿Se marcha?

—Andaré por aquí cerca. ¿Necesita algo más?

—Sí.

—Dígame.

No supo qué demonio la impulso a pedirle eso, pero lo cierto es que se atrevió a hacerlo.

—Quiero que me diga qué es una verdadera desgracia para usted.

Él quedó paralizado un instante y después se volvió y le dijo sin mirarla:

—Le traeré algo para leer, pero no me pida nada más, porque esto no es un hotel —sentenció, tajante.

Lo hizo. Le trajo *Romeo y Julieta* y, por segunda vez en ese día, la volvió a dejar sola.

Regresó al atardecer, con la bandeja con la cena. Leonor cerró el libro y, cuando descubrió que era pollo con arroz, comió con avidez.

—¿Usted ya ha cenado, comisario? —planteó. Quería darle conversación para que no se marchara.

—Sí —respondió él. Parecía no tener ánimo de conversar, pero Leonor no se dio por vencida y volvió a intentarlo.

—¿Ha leído *Romeo y Julieta*?

Él no respondió.

—Disculpe si lo incomodo con mis preguntas...

—Leonor, entienda que no está aquí para charlar conmigo, sino para reflexionar sobre sus faltas y a la espera de que el juez dé la orden de dejarla en libertad —replicó él, serio.

Ella suspiró, decepcionada. Era cierto que sentía una gran necesidad de hablarle, de retenerlo, porque no quería quedarse sola. Prefería la

compañía del hostil comisario antes que la soledad. Pero también era verdad que disfrutaba de estar con él, aunque se mostrara parco y descortés.

—Espero con ansiedad ser liberada. Y si mis lágrimas no le han dado un indicio de lo arrepentida que estoy, espero que mis palabras sí lo hagan: no volveré a consumir marihuana, comisario Villanueva. Se lo juro.

Él pareció complacido.

—Me alegro.

—¿Ahora podría responderme a la pregunta inicial?

—¿Si he leído *Romeo y Julieta*?

—No. Si puede contarme cuál fue su desgracia.

Hugo Villanueva frunció el ceño, disgustado. Pero a pesar de todo respondió.

—Mi desgracia se desencadenó a partir de un vicio, y le costó la vida a un compañero.

La sorpresa de Leonor fue mayúscula. No pudo evitar que el asombro se reflejara en su rostro.

—Lo siento.

—Ya ve que debe enmendar su conducta, pero es inútil mortificarse tanto, porque hay cosas peores.

—Sí... ¿Me contará qué sucedió?

Cuando él lo hizo, ella lo escuchó, apretando los puños. No sabía por qué, pero pudo sentir su dolor en la piel.

—... Y fue eso, básicamente. Yo estaba a cargo de la división, pero me emborraché y permití que el personal subalterno también lo hiciera. Y mientras ellos cometían la locura de jugar a la ruleta rusa, yo estaba...

No pudo continuar.

—¿Usted estaba...?

—Yo estaba con una prostituta en un burdel.

Joder, eso sí era algo impresionante y no la tontería de acostarse con Felipe bajo los efectos de una droga.

—Debió de ser... terrible.

—No se imagina cuánto. Uno de los oficiales murió, y yo me enteré a la mañana siguiente. Que me dieran la baja temporal y luego este destino fue el menor de mis problemas. Lo peor fue el sentimiento de culpa, y el haber perdido a mi familia por ese error.

—¿Su familia no lo apoyó?

—¿Usted lo hubiese hecho si fuese mi mujer?

Leonor bajó la vista, turbada.

—¿Tiene hijos, Hugo? —preguntó, usando su nombre por primera vez.

—Una chica que tiene tu edad, pero vive en Buenos Aires y nunca la he vuelto a ver.

La tuteaba. La confianza iba creciendo segundo a segundo. Se acercaban inevitablemente a pesar de las barras de hierro que los separaban.

—Lo siento —volvió a decir ella.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo que le ha sucedido... Su sufrimiento.

Él se puso de pie de un salto y sacudió la cabeza.

—Basta de terapia por hoy. Además, se supone que la que tiene que pensar en sus faltas eres tú, y no yo, que ya le he dado vueltas a ese asunto hasta casi volverme loco —le dijo con pesar.

Y la tristeza también se apoderó de Leonor.

—¿Se marcha?

—Voy a dormir un poco en la habitación de al lado, y tú también lo harás aquí. Pero antes te acompañaré al baño, si lo deseas.

Ella se puso de pie y le preguntó con timidez:

—¿Me va a esposar otra vez?

Hugo Villanueva volvió a sonreír y para ella salió el sol.

Y mientras abría la puerta de la celda, murmuró muy cerca de su mejilla, haciéndola estremecer como nunca antes:

—Vamos, Leonor. Creo que podré resistirme a la tentación de hacerlo...

—... No sé si te lo perdonaré, Pilar.

—Claro que lo harás, porque ha sido por tu bien.

—Creo que tu castigo por ser tan mala amiga será tener que soportarme en tu casa, para cumplir el arresto domiciliario que ha ordenado el juez.

—Mientras sea solamente por diez días... —soltó Pilar, fingiendo resignación.

—Diez largos días, en los que tendré que presentarme cada tarde al caer el sol para firmar, y permanecer allí durante una hora reflexionando sobre mi pésimo comportamiento —se apresuró a aclarar Leonor.

—No sé por qué, pero me parece que eso te hace muy feliz, Leonor.

Pilar no era ninguna tonta, pero además se notaba de lejos que a la joven no le disgustaba en absoluto la resolución del juez. Y eso que no sospechaba que a su amiga no le habría importado pasar esos diez días detenida y a solas con el comisario Villanueva.

El fin de semana transcurrido en prisión en su compañía había sido uno de los más dichosos de su corta vida. No había sucedido nada especial, pero le habría encantado que así fuera, pues Hugo Villanueva la había cautivado.

Conversaron, sí. Hablaron de todo, y él aprovechó cada oportunidad que tuvo para sermonearla como si fuese una niña. Discutieron por cosas tontas. Comieron juntos en la celda, y luego ella le hizo sonreír al interpretar a Julieta en la escena del balcón.

El tema de las esposas y la seguridad poco a poco quedó como una anécdota.

Primero dejó la puerta abierta para que ella pudiese ir al baño con comodidad. Más tarde, no puso ninguna objeción a que Leonor se quedara

fuera, junto a él. Tampoco tuvo problemas en responder al insistente interrogatorio al que lo sometió la joven sobre los avatares de su oficio de policía. El asunto de la detención por tenencia de cannabis fue sepultado en el olvido, y la supuesta prisión preventiva en espera de lo que dictaminara el juez también. Era como si ambos se encontraran en un paréntesis, un tiempo y un espacio que era sólo de ellos y sin otro objetivo en el horizonte que estar juntos y conocerse.

Una inusual avidez por saber de ella lo llevó a preguntarle cosas que normalmente no le interesaban de otras personas. El otrora parco comisario correspondió a la locuacidad de Leonor y, al verla reír ante una anécdota graciosa, su corazón se aceleró. Las horas fueron pasando, y se olvidaron de todo hasta que llegó el momento de despedirse.

Al caer la tarde del domingo, mientras esperaban a que llegara el relevo que debía hacerse cargo de la comisaría, Leonor se divertía dando vueltas en la silla giratoria en la que él solía sentarse.

Hugo Villanueva la observaba en silencio.

Era imposible saber qué se le pasaba por la cabeza cuando la miraba así.

El comisario se dio cuenta de pronto de que, desde que le puso las esposas por primera vez, una inexplicable sensación que lo dominaba cada vez que estaba cerca de ella. Era como una extraña inquietud, un desasosiego intenso que le impedía pensar con claridad. Al principio lo interpretó como sentimientos de tipo paternal; después de todo, tenía edad suficiente como para ser su padre.

Pero a medida que pasaban las horas, todo fue cambiando. La mordida de los celos al saber que ese imbécil la había tomado, aprovechándose de su vulnerabilidad. La ola de deseo cuando, sin querer, se rozaron los dedos. Esas ganas de protegerla, de librarla de todo mal. Y lo que sentía cuando la observaba dormir...

Jamás le había abierto su corazón a alguien de esa forma. Nunca hablaba de lo que había pasado aquella noche en que su vida cambió por un desafortunado error. Y se desconoció cuando se encontró contándole sus faltas a esa casi adolescente que tenía en custodia.

¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loco?

Tenía treinta y nueve años, y se suponía que poseía un absoluto control sobre sus impulsos, y sobre sus sentimientos. Además, era un profesional, un servidor público y muy eficiente. Pero la irrupción de

Leonor en su tranquila existencia le había dejado huellas que no sabía cómo borrar.

Y así fue cómo se encontró sugiriéndole al juez lo de conminarla a presentarse a firmar cada tarde durante los diez días que restaban antes de que regresara a España junto con su familia.

El lunes fue una tortura. Le dolía la ausencia de Leonor y por primera vez en años sintió la necesidad de beber un trago.

El martes fue aún peor. No lograba concentrarse en el trabajo, y estaba con un humor de perros porque la echaba de menos y porque había flaqueado en su firme propósito de no recurrir al alcohol. Sabía que era una locura lo que había hecho, pero lo cierto era que, entonces y también ahora, se le hacía muy difícil mantener la calma en una espera que se le hacía eterna.

Faltaba poco para que su agonía llegara a su fin. Consultaba su reloj de pulsera con disimulo, deseando que de una vez dieran las seis y Leonor se personara en la comisaría. No podía continuar trabajando, pues se hallaba a la expectativa y su atención estaba puesta en la puerta por la cual ella entraría en instantes...

Esperaba que cumpliera la orden. Deseaba que lo hiciera. Pero si no la cumplía, si Leonor no aparecía por allí, no dudaría en ir a por ella y arrestarla. Y que Dios lo ayudara.

No fue necesario. Leonor llegó puntual, y la oficial Fagúndez le pidió que firmara la ficha, mientras él fingía estar muy ocupado con sus papeles.

Al principio, ella permaneció sentada en el banco de madera de la antesala. Él no la miraba, pero sentía que la muchacha no le quitaba los ojos de encima.

Finalmente, Leonor no pudo soportar su indiferencia y, tras dar la vuelta al mostrador, se sentó frente a él, al otro lado de su escritorio.

—¿Qué quieres? —preguntó Villanueva en voz baja.

—¿No teme que me escape? Mire que puedo salir corriendo en cualquier momento por esa puerta —fue la audaz respuesta de la chica.

Joder, podría hacer lo que quisiera, porque él no abandonaría ese escritorio por nada del mundo. ¿Cómo hacerlo, con la erección que lo estaba atormentando en ese mismo instante?

Mientras su compañera tomaba nota de una denuncia a uno de los vecinos, él libraba un duelo de miradas con su joven prisionera.

—Te estarías perjudicando si lo hicieras. Además, has venido

voluntariamente, así que sería una tontería huir ahora —le dijo con los dientes apretados.

—Sería bueno que reforzara mi fuerza de voluntad esposándome, comisario.

Eso fue demasiado.

Hugo Villanueva tragó saliva y miró de reojo a la oficial que con dos dedos aporreaba la máquina de escribir.

—No creo que sea necesario —murmuró.

—¿Me tiene miedo? —preguntó ella, provocativa. Porque Leonor de tonta no tenía un pelo; se había dado cuenta del poder que ejercía sobre él y se estaba aprovechando.

Lo estaba haciendo sentir entre la espada y la pared. Tanto era así que ahora el prisionero era él. Estaba sujeto a los encantos de Leonor, irremediabilmente perdido en lo que ella le provocaba.

Con el poco dominio sobre sí mismo que le quedaba, le dijo despacio:

—Estás jugando con fuego, Leonor. Yo soy un hombre, no un niño tonto con la cabeza afectada por las drogas, te lo advierto. No querrás asumir las consecuencias de lo que estás buscando.

Sus palabras lograron el efecto deseado: sorprenderla, intimidarla... Y también la excitaron.

Leonor nunca se había sentido así de caliente. La cabeza le daba vueltas... Su respiración se hizo errática y se le nubló la vista. Su cuerpo comenzó a desplegar una cadena de sensaciones que le quitaron el aliento y la capacidad de razonar.

No la había tocado, pero había logrado encenderla de tal forma que sintió una apremiante y casi violenta necesidad de probar la boca de ese hombre. Era una urgencia desconocida que le mojaba las bragas y le producía una sensación de vacío en el vientre que se tornó insoportable.

Lo que sentía era cien veces más intenso que el efecto del cannabis.

Las sonrisas desaparecieron, y el deseo descarnado de él se encadenó con el despertar de los sentidos de Leonor.

La tensión sexual era tan intensa que él rompió un lápiz de tanto oprimirlo. Leonor se quedó observando los pedazos sin atreverse a levantar la mirada. No se decían nada, pero lo sentían todo.

—Vete —logró articular él, finalmente.

—No...

—Entonces me marcharé yo —sentenció Villanueva y, antes de que ella pudiese impedirlo, salió de la comisaría.

Pero aquello no se detuvo ahí, pues el segundo día fue peor que el primero.

Tan pronto como se cruzaron las miradas, se encendió la mecha y, antes de que Leonor firmase la ficha, él ya se había marchado.

El tercero, directamente optó por retirarse antes de que ella llegara. En el lugar donde solía sentarse Villanueva estaba *Patán*, su perro. Leonor sabía que el animal le pertenecía, pues él mismo le había contado cómo se hizo cargo de él, y de otro can al que había llamado *Secuaz*, cuando su dueño, un conocido ladrón de bancos, ingresó en prisión. La joven acarició a *Patán* hasta ganarse su confianza, y luego hundió su rostro en el pelaje del animal en un intento de rescatar algo del aroma de Hugo, sin lograrlo. El recuerdo de su perfume, fresco y masculino, la estaba torturando desde el domingo, cuando lo tuvo lo suficientemente cerca como para percibirlo.

La despedida del domingo había sido de lo más sorprendente, en un fin de semana atípico para ambos. Simplemente él se había aproximado y le había tendido la mano.

—Espero que este «retiro espiritual» haya resultado efectivo —le había dicho.

Leonor había observado la enorme mano, sin atreverse a tocarlo.

—Quédese tranquilo. No volveré a fumar.

Él había apartado la mano, incómodo. Le habría gustado decirle algo más, pero no se atrevió.

—Me alegro por ti. Intenta reflexionar antes de actuar de ahora en adelante. Tienes mucho en que pensar, Leonor —le había aconsejado, finalmente, sin llegar a comprometerse demasiado. Pero ella tenía otros planes... Los había tenido todo el fin de semana, desde que había descubierto que su osadía era una forma de acercarse más y más a él.

—No lo creo. Si estoy embarazada, tendré que casarme con Felipe aunque no esté enamorada, aunque sepa que no es el hombre adecuado, aunque se me rompa el corazón... —había replicado con los ojos llenos de lágrimas.

Hugo Villanueva había alzado las cejas, asombrado. Ella había adivinado lo que él estaba pensando y no se atrevía a manifestarle claramente. Sin apenas meditarlo, la había tomado del mentón usando su

índice y la había obligado a mirarlo a los ojos.

—Escúchame, pequeña. Aun estando embarazada, tienes opciones, ¿entiendes? No hagas nada que tu corazón no quiera.

Leonor se había quedado sin aire, y sin poder evitarlo había entreabierto los labios. La mirada del comisario se había concentrado en esa boca tentadora.

Por unos segundos habían permanecido en silencio. Sus ojos lo decían todo y cualquier palabra habría estado de más.

Pero el encanto del momento duró poco, pues Hugo la había soltado súbitamente y se había marchado sin siquiera decirle adiós, provocando que se sintiera más sola que nunca.

Tan sola como se sentía en ese instante, mientras acariciaba a *Patán* bajo la atenta mirada de la oficial Fagúndez.

Y no era la única que la estaba observando.

Desde la ventana, sin que ella se diera cuenta, un hombre alto y moreno la observaba sin quitarle los ojos de encima.

Pero fue el cuarto día el que definió el encuentro fuera de la comisaría.

Leonor no apareció a la hora indicada y él esperó quince minutos antes de ir a buscarla a «La Tentación».

No sabía qué hacer. No sabía ya cómo luchar.

Metros antes de llegar, se detuvo y descendió del vehículo. Intentaba serenarse, y no cometer una locura. Si se llevaba a Leonor —y podía hacerlo, ya que ella había incumplido la orden del juez—, aquello iba a terminar muy mal. O demasiado bien...

No fue preciso. Estaba recostado en el coche patrulla, tratando de decidir si entraba o no a buscarla, cuando ella apareció entre los árboles. Llevaba una amplia falda rosa y un jersey de angora del mismo color, zapatillas deportivas y calcetines. Se veía hermosa... y también más inocente y joven que nunca.

—Comisario.

Hugo tragó saliva. No se sentía capaz de articular palabra.

—¿Ha venido a arrestarme? —inquirió Leonor, provocativa.

—¿Eso es lo que quieres, Leonor?

—Sí... —admitió ella, mordiéndose el labio inferior.

Entonces él ya no pudo resistirlo.

Fue un beso violento, agresivo en extremo, lascivo. Quería hacerle

daño, quería que ella lo odiara. Necesitaba sentir su rechazo para terminar con esa adicción que lo estaba enloqueciendo.

La tomó del rostro con ambas manos, le obligó a abrir la boca y, antes de que Leonor pudiese reaccionar, le introdujo la lengua hasta la garganta.

Cayeron juntos en las redes del deseo. Al principio su agresividad asustó a la joven, pero al probar el sabor de su boca no pudo evitar ser arrastrada por esa espiral de pasión ardiente y demoledora.

Y con la mente turbia por la excitación, vagamente se dio cuenta de que por primera vez estaba siendo besada por un hombre de verdad. Siempre y cuando a eso que estaba sucediendo le pudieran llamar beso.

Se dejó hacer. Abrió la boca y se dejó llevar.

Hugo ya no era dueño de sus impulsos. Perdió por completo la cabeza, y le comió la boca con una voracidad jamás experimentada antes. Lo hizo sin remordimiento alguno, totalmente descontrolado, oprimiendo el pequeño rostro sin piedad mientras bebía con avidez la cálida saliva de la muchacha.

La boca de Leonor tenía gusto a caramelo, y a él se le antojó un delicioso manjar que no podía dejar de disfrutar. Y cuando la oyó gemir, sencillamente se sintió perdido.

La hizo retroceder hasta pegarle la espalda a uno de los árboles que los protegían de las miradas indiscretas de los labriegos. Y sin poder contenerse, apretó su erección contra el vientre de Leonor y la frotó con rudeza al tiempo que la besaba.

Era consciente de que ella era casi una niña, una princesa intocable que para él tendría que haber sido un fruto prohibido, pero no pudo evitar caer en la tentación de besarla. Y al sentirla estremecerse, y aceptar gustosa la invasión de su lengua y el contacto de su cuerpo, deseó más, mucho más.

Se apartó un segundo para coger aire y mirarla a los ojos, y cuando vio su deseo se enardeció de tal forma que estuvo a punto de levantarle la falda y penetrarla allí mismo, como un animal salvaje esclavo de sus

instintos.

—No me mires así porque no respondo —murmuró sobre su boca, torturado.

La respuesta de Leonor fue deslizarle las manos por la espalda hasta llegar a sus musculosas nalgas.

Se quedó paralizado. Lo único que se oía era su jadeo, que era ya un ronco gemido. Ella cerró los ojos y de puntillas le ofreció sus labios, con una expresión anhelante que a él lo terminó de subyugar.

Y sucumbió nuevamente.

La devoró con ansias renovadas, una y otra vez. Exploró la boca de la joven hasta el hartazgo. La invadió, enredó su lengua a la de ella y solamente la abandonó para besar la tibia piel de su cuello.

La lamió con desesperación mientras sus manos atrapaban las de ella, que seguían atormentando su trasero, porque ya no podía soportar más esa caricia.

Elevó los brazos de Leonor por encima de su cabeza, y luego la contempló. El corazón casi se le sale por la boca al verla así de entregada.

Pero vagamente se dio cuenta de que el descontrol de la chica era producto del deseo, y corresponder a él sería hacerle lo mismo que le hizo el hijo de puta adicto a la marihuana: aprovecharse de lo vulnerable que estaba para saciar sus ansias.

Y no quería hacerle eso. Se moría de ganas de tomarla, de hacerla suya allí mismo, pero no lo haría, y por más de una razón. No sólo no quería ser un sucio oportunista, sino que era consciente de que ella era inaccesible por completo para él por su juventud, su clase social, su increíble belleza...

Además, la mezcla de razas era impensable.

La soltó como si quemara, y dio un paso atrás.

—¿Hugo?

La voz de la muchacha era casi un susurro.

Él se volvió, porque si continuaba mirándola enviaría al carajo sus buenos propósitos.

—¿Querías probar a qué sabe la boca de un salvaje como yo? Ya lo has hecho, Leonor —le dijo para herirla.

—No digas eso, por favor.

—Basta de juegos.

—No estoy jugando —replicó ella.

Con los puños apretados, él permaneció en silencio.

A Leonor le ardía el rostro, un poco por la excitación y otro poco por la vergüenza.

Nunca se había sentido tan mujer, ni tan caliente, y lo único en lo que podía pensar era en volver a instalarse entre sus brazos.

Pero Hugo estaba furioso. Consigo mismo, con la situación, con todo.

Se dio la vuelta y la enfrentó sin poder contenerse.

—Estás buscando algo que no podrás tener. Me estoy metiendo en algo que se está descontrolando. —Respiró profundamente antes de continuar—. Esto se termina aquí, señorita Ávila. Ya no tienes que ir a firmar la ficha, y no te preocupes, pues yo mismo lo arreglaré con el juez.

—¡No! No quiero que termine...

—¿Y qué es lo que quieres? ¡Dímelo, Leonor! ¿Qué mierda quieres?

—A ti, eso quiero.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Sabes que esto está muy mal... ¡Demonios! ¡Está fatal! —exclamó, cogiéndose la cabeza con ambas manos. Y sólo cuando la sintió sollozar, logró aplacar su furia.

—Leonor...

Ella lloraba abiertamente y él bajó la mirada, pues verla así lo estaba matando. Y de pronto vio algo que atrajo su atención; las blancas zapatillas de la joven, y también sus calcetines, estaban salpicados de... sangre. Eso era sangre...

—Leonor, estás...

Ella siguió la dirección de su mirada y, cuando se dio cuenta de que le estaba bajando la regla, su rostro se cubrió de intenso rubor.

Y, lo que sucedió después, le pareció algo fuera de este mundo.

Hugo Villanueva actuó con rapidez. Sin pensarlo dos veces, tomó un pañuelo inmaculado del bolsillo trasero de su pantalón y se lo tendió. Pero Leonor no reaccionaba, así que primero miró a su alrededor y, como no había nadie cerca, cogió el extremo de su falda y la levantó.

Cuando ella sintió la tibia tela oprimiendo su sexo, le pareció que las piernas ya no la sostendrían. Sólo atinó a apoyarse en el hombro de él, mientras su cuerpo traicionero presionaba con desesperación esa mano.

Con un hábil movimiento, Hugo introdujo el pañuelo dentro de la braga, y luego retiró la mano como si de verdad quemara. Leonor ardía, pero en las llamas de la pasión y el deseo.

—Ya está... —murmuró sin mirarla—. Y, por lo visto, ya no tienes que preocuparte por... Tú ya sabes por qué.

Demasiado contrariada para responderle, ella sólo asintió. Y tampoco pudo decir nada cuando él se subió al coche patrulla y se marchó como si lo llevara el diablo.

Mientras ella regresaba a la finca, avergonzada y dichosa, él probaba el sabor del fruto prohibido, lamiendo la mano que había rozado la tentación.

—Estás en un problema, comisario.

Hugo inspiró hondo y asintió.

—Por eso necesito tu ayuda. Ella ya no acudirá a comisaría a presentarse, y yo tendré que..., bueno, ya sabes, imitar su firma...

—Se dice *falsificar su firma*, y yo tendré que avalar esa irregularidad con la mía. Me pides demasiado, comisario —se quejó el oficial Luna, moviendo la cabeza.

—Nadie lo sabrá. Es una simple formalidad —insistió él.

—No me gusta...

—Lo sé, pero ella no puede regresar aquí. No podré explicarle esto al juez Rosas. No es correcto dejar mis deberes a la hora que venga a personarse, pero tampoco podré... estar —confesó.

—¿Tan fuerte te ha dado?

Hugo Villanueva se puso en pie y se volvió para que su compañero no notara lo turbado que se sentía.

—Más de lo que crees —admitió, muy a su pesar.

El oficial Luna suspiró.

—Bien, por lo menos eres consciente de que es una locura. Esa mujer es inaccesible para ti, te está vedada por completo, es impo... —comenzó a decir, pero Villanueva lo interrumpió.

—¡Basta! ¿Crees que no lo sé? Si no lo supiera, si no tuviera esa certeza, no te estaría pidiendo ayuda. Si las circunstancias fuesen diferentes, yo no estaría aquí hablando contigo, sino en la cama con ella —le soltó, casi con rabia.

—Comisario, qué mal te veo.

«Me ves mal porque así me siento. Es más, estoy desesperado... No puedo acercarme a Leonor, no puedo siquiera respirar el mismo aire que

ella porque me perderé para siempre, y también la echaré a perder a ella. La arrastraré a algo que en el momento nos parecerá la gloria, pero luego... No quiero ni pensarlo. Un mulato, un comisario de pueblo con antecedentes nefastos, llevando a la perdición a una señorita blanca y de alta sociedad, prometida en matrimonio, y a la que casi le doblo la edad... Una verdadera locura», reflexionó con los ojos cerrados.

Pero no pudo decir nada más, porque, cuando los abrió, y aunque todavía no daban las seis, se encontró cara a cara con Leonor.

¿Qué hacía allí? ¿Qué carajo hacía en la comisaría si él le había dicho que no regresara? Niña desobediente, estúpida criatura. Qué audaz era, y qué bella, qué endiabladamente bella...

Leonor se había esmerado en arreglarse para la ocasión. ¿Y cuál era esa ocasión? Ver a Hugo, estar con él, perderse en su mirada y, si la suerte la acompañaba, también en su boca. Su cabello dorado caía graciosamente por la espalda y sobre un vestido celeste con un lazo de cuero trenzado a la altura de la cintura, que hacía juego con los zapatos beige de tacón bajo.

Hugo se quedó como hipnotizado mirándola, incapaz de articular palabra, así que el oficial Luna consideró que era su obligación ayudarlo a salir del paso.

—Señorita Ávila, llega temprano. Firme aquí, por favor...

Leonor obedeció de inmediato, así que no pudo notar la furibunda mirada que el comisario le lanzó a su compañero. Mientras ella rubricaba la ficha, Hugo Villanueva tomaba su chaqueta y se apresuraba a retirarse.

Pero la chica no se lo iba a poner tan fácil...

—Comisario, no se marche, por favor —dijo con voz trémula.

Él se detuvo, pero permaneció de espaldas a ella. Leonor recorrió su cuerpo con ávida mirada... ¡Qué cuerpo, por Dios! Con casi dos metros de estatura, hombros anchos y cintura estrecha, parecía precisamente eso, un dios.

Se le hizo la boca agua, y la lengua se le trabó. De todos modos, no sabía qué más decirle para lograr retenerlo.

El oficial Luna carraspeó, incómodo.

—El comisario tiene cosas que hacer, señorita. Tome asiento en el banco de allá, y espere en silencio hasta la hora que ha indicado el señor juez que atiende la causa —le dijo, mirándola con severidad por encima de las gafas.

Pero Leonor no estaba dispuesta a dejarlo ir.

—Tengo que hablarte, comisario —le dijo, firme. Lo tuteó abiertamente, pero mantuvo la formalidad de llamarlo *comisario* adrede. Quería contrariarlo, hacerlo reaccionar. Quería evitar a toda costa que se marchara.

—Señorita Ávila, ya le he dicho que el comisario tiene que...
Pero el daño ya estaba hecho.

Hugo Villanueva dio un paso atrás y se volvió para enfrentar a esa mujer que estaba haciendo de su vida un cielo y un infierno.

—Vamos a... Vamos al calabozo —murmuró, y como Leonor no se movió, paralizada por la sorpresa, él la tomó del codo y caminó con ella escaleras abajo sabiendo que estaba muy cerca del punto de no retorno, pero le era imposible detenerse.

Cuando llegaron a las celdas, él había logrado recomponerse un poco.

No esperó a que ella hablara, pues no quería verse envuelto en el hechizo de sus palabras ni perderse en el movimiento de esa boca que había profanado horas antes de una forma casi insana.

—Tú no escuchas, ¿verdad? O no escuchas, o no entiendes. Te he dicho claramente que arreglaría con el juez esta estupidez de que te presentes diariamente, que no regresaras más por aquí, pero te empeñas en hacer tu voluntad para socavar la mía —le espetó, enfadado.

—Hugo, yo...

—Nada, Leonor. Esto que estamos deseando, lo que estuvimos a punto de hacer ayer, es tan imposible como que el hombre pise la Luna, ¿comprendes? Imposible y una completa locura, un error grande como una casa... —le dijo, mirándola con severidad.

—¿Por qué? ¿Porque estaba comprometida? Pues ya no lo estoy. Para que lo sepas, acabo de hablar con Felipe por teléfono para decirle que no volveré a Madrid, y que no me casaré con él. También se lo he dicho a mi padre...

—¿Qué? ¿Cómo que no regresarás a España? ¿Qué te han dicho cuando...? —Las preguntas se sucedían una tras otra y él no podía controlarlas.

—Felipe ha dicho que por él estaba bien. Papá viene de camino a «La Tentación» y creo que está enfadado...

—¡Claro que lo está! Por Dios, Leonor, estás de remate y lo peor de todo es que me estás arrastrando a mí en tu locura...

—¡Pero tú me dijiste que no hiciera nada que mi corazón no sintiera! Bien, comisario, aquí estoy. Sigo lo que mi corazón me dicta... y aquí estoy —replicó ella, buscando su mirada.

Hugo Villanueva apretó los dientes, los puños, todo. Su cuadrada mandíbula estaba en completa tensión.

—No te ha traído aquí tu corazón, Leonor. Has venido guiada por tu cuerpo, no te engañes —repuso con amargura.

Ella fue categórica en su negativa.

—Te equivocas. Y también me subestimas...

—Soy realista —replicó él, y cuando Leonor volvió a abrir la boca, la de él se cerró por completo, y ya no supo qué decir.

—Entonces la realidad es ésta, comisario: mi cuerpo te desea, pero mi corazón clama por ti. Y ésta es una certeza tan grande como una casa.

El silencio fue profundo y prolongado. Finalmente, él lo rompió.

—Pues tendrás que guardarte eso que sientes, y yo haré lo mismo. Ya te he dicho que es una locura...

—¿Por qué? ¿No quieres tomarme porque me entregué a otro? ¿No me quieres porque ya no soy virgen? —preguntó, a punto de llorar.

—Eso no puede importarme menos. Leonor, para empezar, te doblo la edad. Soy demasiado viejo y demasiado cínico. Además, no pertenezco a tu círculo social, y para colmo tú eres una belleza y yo... Bueno, ya me ves. En esta sociedad no existe la oportunidad de que un mulato como yo pueda siquiera aspirar a acercarse a una hermosa joven, a una blanca princesa como tú... No puedo darte nada, Leonor. Más bien podría privarte de mucho... —se sinceró mientras la desazón se apoderaba de él.

Quería desalentarla, mas Leonor no desistió.

—Como yo lo veo, lo único que importa es que somos un hombre y una mujer que se mueren de ganas de estar juntos, y luego Dios dirá —afirmó, y parecía tan segura de sí que Hugo estuvo a punto de flaquear.

Pero no lo hizo. Estaba convencido de que cualquier tipo de relación entre ellos sería imposible.

—Dios dirá... Es evidente que no puedes ver más allá del momento presente y eso es muy propio de tu edad. Mira, Leonor, lo mejor será que te olvides de esto. Controla tu... natural curiosidad, que ya te llegará el momento y te enamorarás de...

—¡Ya estoy enamorada! ¿Es que no puedes verlo? —le dijo, desesperada, y otra vez las lágrimas amenazaron con saltársele.

Hugo Villanueva necesitó de toda su fuerza de voluntad para decirle lo que le dijo, pero su objetivo era que Leonor se olvidara de él para siempre, y en eso se concentró:

—No estás enamorada, estás caliente. Igual que hace unos días cuando te revolcaste con tu novio, y tuviste la fortuna de no embarazarte y deshonorar a tu familia. Si continúas ofreciéndote de esta forma, terminarás en un burdel, te lo juro.

Leonor sintió esas palabras como un golpe en el estómago. Se quedó sin aire, sin palabras, sin ilusiones. No se esperaba algo así; le pareció que se hacía de noche de pronto, y un frío intenso se apoderó de su alma.

El insulto fue lo de menos, lo peor fue el tono. Frialdad, desprecio y algo más que no supo reconocer.

Cuando él se marchó sin siquiera dirigirle una última mirada, ella supo que, si eso no era el final, se le parecía demasiado.

Esperaba que su padre estuviese enfadado, pero no tanto.

Don Antonio Ávila echaba fuego por los ojos, y también por la boca. A Leonor se le vino a la cabeza la imagen de un inmenso dragón dando coletazos de ira, pero a ella le importaba un comino.

—... Y la única conclusión a la que puedo llegar es que te has vuelto loca de pronto y, si es así, te llevaré igualmente a España para que te den el tratamiento adecuado.

—No insistas porque, loca o no, a España no regresaré —afirmó con calma la joven.

—¿Qué dices, Leonor? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que has oído, padre. Se mantiene mi decisión de quedarme aquí y, por supuesto, de no aceptar tu propuesta de matrimonio con Felipe.

Don Antonio había perdido la paciencia hacía rato, y ya no intentaba disimularlo.

—Esther, haz algo con tu hija, porque ya no puedo con esto.

Pero Leonor no estaba dispuesta a dejarse embaucar por la dulzura de su madre, como cuando cinco años atrás la acabó convenciendo de aceptar el destierro «por su propio bien».

—Cariño, cuéntanos qué ha sucedido. Parecías tan feliz con Felipe, se te veía tan bien... Si es por tu breve estancia en prisión, tienes que saber que estuvimos de acuerdo por tu...

—... por mi propio bien —completó la muchacha, con ironía—. Sí, mamá, lo entiendo perfectamente y hasta lo agradezco. Pero por si no lo sabes, fue Felipe quien me inició en el consumo de cannabis, así que ya sabes por qué se me veía «tan feliz» junto a él... Lo cierto es que no lo amo y, como no me casaré con él, no veo el motivo de mi regreso a...

—¡Nosotros, tu familia! ¡Y lo mucho que te amamos! ¿Eso no es

suficiente motivo para ti, niña insolente? —la interrumpió su padre, fuera de sí.

Ella no perdió la calma en ningún momento, ni siquiera cuando lo enfrentó, sin despegar la mirada de la suya.

—¿Y para ti fue suficiente, cuando me obligaste a venir?

Don Antonio levantó la mano, pero su mujer lo contuvo.

—Déjalo, mamá... Tal vez me lo merezca —murmuró la joven amargamente—. Lo siento mucho, no quiero contrariaros, pero me quedaré aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás? Porque tienes que saber que no permitiré que mi hermana te acoja en su casa como hasta ahora. Y como no tienes oficio ni marido, no sé de qué vivirás... Y ni hablar de esa tontería de ser actriz, pues aquí, de eso, no se come —dijo su padre, recobrando parcialmente la compostura.

Leonor no supo qué responder, pero Pilar, que hasta ese momento había seguido la conversación sin interrumpir, decidió intervenir:

—Doctor, ella no quedará desamparada. Le daremos un hogar todo el tiempo que lo necesite —afirmó, y su esposo la cogió de la mano como para indicar que estaba de acuerdo.

—¿Qué? Doctor Davies, no puedo creer que ustedes avalen este insólito comportamiento de mi hija, que es evidente que no está en sus cabales —soltó don Antonio, asombrado—. Usted tiene hijos, y supongo que sabrá comprender...

—Claro que lo entiendo, señor Ávila. Y por eso Pilar y yo le daremos apoyo a Leonor alojándola en nuestra casa. Es evidente que, viviendo aquí, le será imposible continuar con su carrera de actriz, pues no hay ningún sitio en los alrededores donde formarse, pero estoy seguro de que encontrará algo que hacer, no se preocupe... Cuidar de nuestra hija, por ejemplo. Necesitaremos una niñera cuando llegue el nuevo integrante de la familia.

Los padres de Leonor se miraron con la derrota pintada en el rostro. Doña Esther hizo un último intento.

—Hija mía, si te quedas en «La Tentación» ya no podrás seguir con tu sueño de ser actriz. En cambio, en Madrid...

Pero la chica no se amedrentó.

—Me quedaré aquí, mamá. Y ya encontraré la manera de cumplir ese sueño —sentenció, convencida. Sabía que resultaría difícil, pero lo

lograría. Sólo necesitaba un poco de apoyo y, gracias a Pilar, lo tenía.

Adoraba a su amiga. La quería muchísimo, pero, aun así, se había cuidado muy bien de confesarle lo que estaba sintiendo por Hugo Villanueva.

No sabía por qué se lo había ocultado, pues siempre se lo contaban todo. Pero de alguna manera Leonor presentía que en Pilar primaría ese rol tan maternal que se había empeñado en cumplir con ella, y no hubiese visto con buenos ojos el vínculo con el comisario, que tal vez ahora jamás se formaría.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al acordarse de él, y de la horrible forma en que la había apartado de su vida la tarde anterior.

Aún se sentía desolada y triste, y sabía que esa sensación no la abandonaría fácilmente. Había pasado la noche en vela pensando en él, deseando sus besos, sus caricias... Y había revivido una y otra vez el momento en el que él le alzó la falda y le introdujo su blanco pañuelo dentro de las bragas.

Lo había lavado con esmero, y lo único que lamentaba era que el jabón y la lejía habían borrado su perfume. El aroma de Hugo era algo a lo que no estaba dispuesta a renunciar, y tampoco a su amor, porque estaba segura de que él sentía por ella más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Había sido testigo de su deseo apremiante y, si bien sabía que eso no era suficiente para mantenerlo cerca, constituía un buen comienzo. Si lograba atraerlo, tendría la oportunidad de enamorarlo.

No renunciaría a su amor, eso estaba fuera de toda discusión.

Dieron las seis en el reloj, y ella se puso en pie. El tiempo había pasado volando...

—Mamá, papá... Gracias por venir. Si me disculpáis, ahora tengo que ir a cumplir con la orden que el juez Rosas me marcó —explicó. Sabía que le habían levantado el castigo, pero era tanta la urgencia de ver a Hugo que estaba decidida a ignorar eso.

—Aguarda, Leonor —dijo su padre en un tono que no admitía réplicas.

Ella esperó, obediente.

—Dime, padre.

—El *María Elena* zarpa el viernes próximo rumbo a Madrid. Si no quieres casarte con Felipe, lo aceptaremos. Pero, por favor, hija mía, regresa con nosotros... Ven a casa, Leonor.

La joven lo miró con ternura. Ya no había rastros de rencores en su alma.

—Papá, te prometo que lo pensaré, ¿de acuerdo?

—Tenemos tu billete, cariño —insistió su madre, acariciándole el cabello—. Recuerda que esperaremos por ti.

Asintió, ¿qué podía hacer? Pero en el fondo de su alma estaba segura de que estaba anclada a esa tierra porque albergaba al hombre que ella amaba.

No iba a renunciar a él, eso estaba claro.

Y seguramente se hubiese presentado en la comisaría de Melilla esa tarde y todas las que fuesen necesarias hasta que él claudicara, pero no fue posible.

Y no lo fue porque, mientras sus padres se retiraban, Pilar rompió aguas.

Era una bendición que el padre de la criatura fuese ginecólogo, porque todo se precipitó de tal forma que el pequeño Christian Matthew Davies vio la luz en su propia casa.

No hubo tiempo de trasladar a Pilar al consultorio de su esposo, y mucho menos a un hospital en Montevideo, porque el parto se desencadenó de inmediato, y el niño llegó a este mundo en la amplia cama matrimonial, sin complicación alguna, dos horas después de que comenzaran las contracciones.

Leonor estuvo presente, y lloró de emoción cuando Christopher le pidió que atara y cortara el cordón umbilical.

El niño era perfecto, igual que Anastasia y Jeremy.

Pilar había elegido ponerle Christian porque afirmaba que siempre quería tener un Chris cerca, y el doctor Davies había optado por Mathew como segundo nombre, recordando el papel de sacerdote que tuvo que interpretar para recuperar a Pilar.

¡Qué tiempos aquellos! Leonor era sólo una cría, pero deseó con todas sus fuerzas poder vivir un amor como el de Pilar y Christopher y, ahora que tenía la oportunidad, mil cosas se interponían entre ella y Hugo Villanueva.

La diferencia de edad, la de raza, la de clase social... Leonor no podía entender cómo esas tonterías habían logrado truncar su incipiente

relación. Ella no veía más que a un hombre guapo, apetecible, completamente deseable. Un hombre con quien le gustaba hablar, reír... Disfrutaba inmensamente de su compañía, y también de hacerlo enfadar. Quería desquiciarlo, enardecerlo y amarlo.

Se moría de ganas de aspirar su olor a hombre, de perderse en sus ambarinos ojos, de explorar cada centímetro de su piel morena. Deseaba entregarse a él, a sus deseos... ¡Haría cualquier cosa que le pidiera, lo que fuera!

Su amor por él no tenía límites. Sentía que Hugo era el indicado, el único que la haría sentir mujer y hembra a la vez. Lo hubiese dejado todo, y no le hubiese importado tener que dormir en una celda con tal de tener la dicha de estar cerca de su hombre.

Porque eso era Hugo Villanueva: su hombre.

Y si la suerte estaba de su lado, algún día acunaría entre sus brazos a un hijo suyo, como hacía en ese instante con el pequeño de Pilar.

Era un sueño, cuya consecución era algo que esos días tendría que postergar, ya que su ahijada Ana estaba insufrible por los celos, y no quería despegarse de Leonor ni a sol ni a sombra.

—Pero... ¿tú no tienes que presentarte en la comisaría, Leonor? —preguntó al día siguiente Pilar, preocupada, cuando cayó en la cuenta de que su amiga no se había movido de «La Tentación»—. ¡Dios mío! No lo hiciste ayer y tampoco hoy... ¡Te arrestarán, cariño! Christopher, por favor, comunícate con el comisario Villanueva y explícale lo que ha sucedido. No quiero que Leonor tenga problemas por esto.

—No te preocupes, Pilar —intervino la joven, tensa—. El... comisario ha hablado con el juez, y ya han levantado la orden que me obligaba a presentarme.

—Vaya... ¿Te has comportado tan mal que los oficiales ya no te quieren allí? —bromeó Christopher, pero cuando Leonor lo fulminó con la mirada, se dio cuenta de que su ocurrencia no era bienvenida.

—Mi amor, creo que revisaron el caso y se dieron cuenta de que el castigo era excesivo. Leonor no representa un peligro para nadie, y menos con ese horrible chico lejos de aquí —replicó Pilar, sonriendo.

—Algo así... —No tenía ganas de hablar de eso, pues le dolía el alma al recordar que Hugo había eliminado sin remordimientos lo único que podía mantenerlos cerca.

Tenía que alejar eso de su mente, porque no era el momento de andar

llorando por los rincones por lo que no pudo ser. Tal vez en un futuro lo lograra, y toda su esperanza estaba puesta en ello, pero ahora debía encargarse de tener contenta a su ahijada para aligerar la carga de la reciente mamá.

Por eso cogió a la pequeña Ana de la mano, pidió permiso y se la llevó al pueblo a tomar un helado.

Fueron a pie. Bueno, al menos así lo hizo Leonor, porque Anastasia pronto se cansó y le tendió los brazos para que la alzara.

Con ella montada en la cadera, la chica llegó a la heladería que hacía poco que habían inaugurado y pidió para ambas sendos helados de chocolate.

—¿Te gusta, cariño?

—Sí, *maína*.

—Muy bien. Pero no se lo cuentes a papi; esto será un secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo? —No quería tener problemas con Christopher, pues presentía que, siendo médico, no vería con buenos ojos que su niña cogiera chocolate en lugar de vainilla. Esa tontería de las alergias...

La pequeña asintió con el rostro embadurnado de helado, y Leonor pensó que, si su vestido se ensuciaba, iban a delatarse fácilmente.

—Quédate aquí, que iré a buscar servilletas para limpiarte —le pidió mientras se ponía de pie y se dirigía al mostrador.

Y, en ese momento, algo sucedió.

La vidriada puerta se abrió de golpe, y un hombre armado entró en la heladería exigiendo a gritos que le entregaran el dinero de la caja registradora.

Leonor se quedó paralizada. Temblando, dirigió su mirada hacia la niña, que a su vez también la observaba, asustada. Tal vez no se daba cuenta del peligro real que estaban corriendo, pero ese hombre que vociferaba alterado era suficiente como para causarle temor.

La joven le hizo un gesto con la mano indicándole que no se moviera de su sitio, y la pequeña lo entendió, pues permaneció inmóvil, mientras el helado se derretía lentamente en su manita.

—¿Sólo esto? ¡Vamos, viejo tonto! ¡Seguro que tienes más! —gritó el ladrón, fuera de sí, al ver que su botín era más magro de lo que esperaba.

—No tengo más, se lo juro...

—¡Claro que lo tienes! ¡Coge el maldito dinero y ponlo en esta bolsa porque, si no, te dispararé a ti y a todos!

Eso fue demasiado para la niña, que comenzó a sollozar, aterrada.

El delincuente dirigió su mirada hacia ella y sonrió. Leonor adivinó sus intenciones y corrió hacia Ana, pero el tipo fue más rápido y en dos segundos tenía a la niña en brazos y la usaba como rehén.

—¡Suéltela! —chilló Leonor, desesperada, pero el asaltante la ignoró.

—¿Me dará el dinero que esconde ahí abajo, viejo de mierda? —gritó.

Anastasia se llevó ambas manos a la boca, más espantada por la palabrota que por la situación, pues no acostumbraba a oírlas en su entorno.

El anciano insistía en que no tenía nada, y el hombre se alteraba más y más.

—O me lo da, o me llevaré a esta cría, ¿comprende? ¡Deme todo el dinero de una vez!

La situación era de lo más crítica y Leonor no sabía qué hacer. Si acababa llevándose a la pequeña, ella intentaría evitarlo y él les dispararía...

No tuvo demasiado tiempo para imaginar fatalidades porque una potente voz a su espalda la hizo volverse, asustada.

—Deje a esa niña en el suelo, ahora.

El comisario Villanueva estaba en la puerta con las piernas separadas y las manos a la vista, sin arma alguna.

—¡Maldición! —exclamó el asaltante, y Ana frunció el ceño, reprobando la segunda palabrota en poco rato.

Leonor no sabía si reír o llorar... Continuaba asustada, pero de alguna manera sabía que, ahora que Hugo estaba allí, todo estaba bajo control.

—Mire mis manos —dijo el comisario, con calma, alzándolas para exhibirlas ante el delincuente—. No estoy armado y no quiero hacerle daño...

—Usted no me engaña, ¡es el maldito comisario! ¡Me arrestará si le hago caso! —chilló el hombre, que ya no parecía tan agresivo.

—Esa palabra no se dice, es muy feo —apuntó Ana, moviendo la cabeza y concentrando la atención de todos, incluso del ladrón. El comisario Villanueva no desaprovechó la oportunidad, y en un rápido movimiento le arrebató primero el arma y luego a la niña.

Mientras el delincuente huía, Hugo dejó a Ana en brazos de Leonor mientras le susurraba «no te muevas de aquí» antes de ir tras él.

Segundos después, todos observaron por la ventana cómo el tipo era esposado por el oficial Luna, que lo esperaba fuera de la heladería, y luego conducido al coche patrulla.

Anastasia volvió a mover la cabeza, disgustada.

—Es un chico muy malo, *maína*. Dice cosas feas...

—Tienes razón, cariño —murmuró Leonor, besándole la frente. Sentía un inmenso alivio de que todo hubiese quedado solamente en un susto. Y mientras lo hacía, no vio cómo Villanueva entraba nuevamente en la heladería y se acercaba a ellas.

—¿Están bien? —preguntó, preocupado, y Leonor se estremeció de pies a cabeza. Temblaba más que cuando el delincuente cogió a la cría, pero por motivos distintos.

—Éste es de los buenos, ¿verdad? —preguntó la pequeña, sonriendo.

Leonor abrió la boca pero luego la cerró, pues la voz no le respondía.

—Contéstale, Leonor. ¿Soy de los buenos o no? —la apremió, apretando los labios para contener la risa ante la gracia de Ana.

—Sí... —susurró.

—¿Cómo dices?

—¡Que sí! Lo eres... casi siempre —se atrevió a acotar, intentando sonreír. Y luego agregó—: Gracias, comisario.

De pronto se miraron a los ojos, y una corriente de electricidad los recorrió a ambos al mismo tiempo, mientras el mundo se esfumaba a su alrededor. Se hicieron el amor sin tocarse, completamente subyugados, perdidos de deseo, intentando dominar esa pasión que parecía traspasarles el cuerpo. Leonor tuvo la impresión de que él estaba a punto de besarla ante todos, incluso delante de la niña que ella tenía en brazos.

Nunca sabría si así hubiese sucedido, porque Christopher Davies entró desesperado a la heladería y corrió hacia ellos.

—¡Oh, Ana! Gracias a Dios estáis bien...

—No ha pasado nada, papi. No he tomado helado de chocolate..., ¿verdad, *maína*? —dijo Ana, pestañeando exageradamente para ocultar su mentirijilla, aunque su rostro, sus manos y su vestido desmentían sus palabras.

—Bueno... —comenzó a decir Leonor, pero Christopher ya no la escuchaba. Había cogido a la criatura de sus brazos y la estaba llenando de besos, y poniéndose también perdido de chocolate, pero parecía no

importarle.

—Vamos a casa, cielo —le dijo a su hija, oprimiéndola contra su pecho—. Gracias, comisario. ¿Nos vamos, Leonor?

Pero antes de que la muchacha pudiese responder, Hugo lo hizo por ella:

—Doctor Davies, la señorita Ávila tendrá que acompañarme a la comisaría, para declarar en carácter de testigo —aclaró.

Y ante tan categórica aseveración, nadie de los presentes tuvo nada que objetar. Y Leonor, menos que nadie.

No era una excusa; de verdad tuvo que declarar en calidad de testigo, al igual que todos los que habían presenciado el asalto en la heladería. Le tocó ser la última, y su testimonio lo tomó la oficial Fagúndez. El reo, no obstante, no fue a dar al calabozo de la comisaría de Melilla, ya que estaba requerido por la Jefatura de Policía de Montevideo por delitos varios, y allí fue trasladado sin demora.

A Hugo Villanueva no se le veía por ningún sitio, y Leonor se sintió sola sin él. Necesitaba a ese hombre tanto como al aire, y secretamente albergó la esperanza de que la hubiese llevado allí como un pretexto para verla, pero resultaba evidente que no era así.

Cuando terminó de contar su versión de los hechos estaba exhausta y aún tenía las manos algo pegajosas del chocolate. Solicitó ir al baño, y la oficial le dijo que ya conocía el camino, así que no la iba a escoltar, por lo que Leonor bajó la escalera sola.

Cuando salió del baño iba tan distraída que se dio de lleno contra alguien que al parecer quería entrar. Levantó la vista y... ¡Oh, Dios! El destino la había llevado directamente a los brazos del hombre que le quitaba el sueño, el aliento, el juicio... El hombre que ahora la tenía sujeta por la cintura y la quemaba con su contacto.

—Pe..., perdón... —balbució como una tonta—. He venido a lavarme las manos, aún tenía chocolate en...

—¿Y la cara no? Porque debes saber que tienes chocolate también en la mejilla —dijo él, alzando las cejas. Aún no la soltaba y Leonor sintió que se le aflojaban las piernas. Intentó disimularlo y se tocó las mejillas con ambas manos.

—¿De veras? Vaya... Es que en este baño no hay espejos...

—No los necesitamos. No suelen venir señoritas por aquí —aclaró él,

sonriendo.

—¿Ah, no? Y la oficial Fagúndez, ¿qué es? —se atrevió a replicar ella.

—Ambos sabemos que Marta es cualquier cosa menos una señorita —le respondió en voz baja, guiñándole un ojo—. Déjame ayudarte con eso.

Y ante una perpleja y excitada Leonor, él se mojó el pulgar con su propia saliva y lo deslizó por su mejilla.

¡Dios del cielo! Si antes le habían temblado las piernas, ahora lo hacía todo el cuerpo, especialmente sus labios...

No lo planeó, simplemente sucedió. Alzó su propia mano, tomó la de él y la condujo a su boca. Hugo la observaba con asombro, pero ella no se amedrentó y succionó la yema del pulgar sin dejar de mirarlo a los ojos, atrevida.

—Leonor...

—Me gusta el chocolate... —susurró ella, completamente consciente del doble sentido de sus palabras.

—¿Te gusta el chocolate? —repitió él casi sin aliento. Y luego agregó, sin poder controlarse—: ¿Quieres más?

Si lo que le estaba ofreciendo era su cuerpo, claro que lo quería. Más que eso, lo necesitaba. Se moría por recorrerlo con la lengua, por acariciar cada rincón...

—Quiero más —confirmó con un hilo de voz mientras frotaba su mejilla contra la enorme palma de él—. Claro que quiero más...

Hugo suspiró.

—Yo también, pero no podemos, pequeña —le dijo suavemente, retirando su mano.

Leonor cerró los ojos. No sabía qué era peor: que la rechazara con violencia, lastimándola, o que lo hiciera con ternura, causándole un daño peor, porque, con cada una de sus palabras, se enamoraba más y más.

La oficial Fagúndez no podía ser más inoportuna aun proponiéndoselo.

—¡Comisario! ¿Puede subir a firmar las declaraciones? ¡Ya he finalizado mi trabajo! —gritó desde lo alto de la escalera.

Ellos se separaron de inmediato. Leonor no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Debo irme... y tú también —murmuró Hugo, tragando saliva—. Y

todo lo que te he dicho se mantiene, Leonor. Espero que el destino deje de traerte a este lugar... por mi propio bien y por el tuyo —agregó más para él que para ella, y después subió la escalera con una rapidez de vértigo.

Cuando Leonor se repuso lo suficiente como para hacer lo mismo, de Villanueva no quedaba rastro. En la comisaría. Porque en el corazón de la joven estaba instalado para siempre.

Y ella estaba grabada a fuego en el de él.

Ya no podía soportar el dolor de tener que renunciar a la dicha de tenerla. Era como un ardor que nacía en su entrepierna y le salía por la boca. Se sintió tentado de calmar esa sensación, de ahogarla en alcohol. Se resistió todo lo que pudo para no recaer y, cuando ya no fue capaz de soportarlo, hizo lo que se había prometido que jamás volvería a hacer: ir a un burdel.

En ese pequeño pueblo, era la única forma de embriagarse y tener sexo. La otra forma era el matrimonio, y eso no entraba en sus planes.

Era su día libre, así que no estaba cometiendo una falta. Tan pronto como entró, varias damas de la noche se acercaron como moscas al azúcar. No era frecuente contar con la presencia de clientes tan guapos, y a punto estuvieron de disputárselo a empujones. Si no llega a ser por la intervención de la madama, aquello se hubiese convertido en una pelea de gatas.

—A trabajar, holgazanas. A este cliente lo atenderé yo. Es un placer darle la bienvenida, comisario. Ya era hora...

Hacía mucho que él practicaba la abstinencia de alcohol, y no tanto de sexo. Tenía un par de amantes en Montevideo a las que visitaba ocasionalmente. Una de ellas era una divorciada muy sexi, y siempre bien dispuesta. La otra era cantante y la había conocido en Buenos Aires, cuando lo suspendieron por su falta y hubo de trabajar como guardaespaldas de artistas.

Odiaba ese ambiente y no sabía qué habría hecho si no lo hubiesen readmitido en la Policía. Era un entorno sórdido, lleno de vicios y superficialidad que no iban con él y su forma de ser, así que se alegró cuando por fin pudo alejarse. Claro que esporádicamente regresaba, calmaba sus necesidades físicas y luego lo abandonaba con rapidez.

Esa noche no había tiempo de concertar citas con sus amantes fijas,

así que recurrió al burdel del pueblo. En realidad no sabía qué quería más, si ahogar sus penas en el alcohol o calmar sus deseos dentro de una mujer, de cualquier mujer. Daba igual, pues ninguna de ellas era Leonor.

Sabía que ambas opciones le proporcionarían un alivio momentáneo, pero que lo que lo atormentaba seguiría allí al día siguiente. De todas formas, se conformaba con aturdirse un rato, para no pensar en... ella.

—¿Güisqui? Tenemos uno muy bueno...

Estuvo a punto de decir que sí, pero algo en él se lo impidió. Tal vez fue el recuerdo de lo que sucedió aquella noche en que el alcohol y el descontrol causaron tanto daño.

No, no bebería otra vez. Ya lo había hecho días atrás en un bar: se había tomado dos cervezas y se había sentido bastante mal, así que no quería repetir esa experiencia.

Se conformaría con descargarse con una mujer, y luego se marcharía.

—Sólo quiero una chica —aclaró.

—Elija, guapo. Con o sin dinero, los hombres como usted pueden darse ese lujo —dijo la madama, riendo.

—Me da igual... Espere. Que sea... rubia. Y joven, con aire... inocente, si es posible —pidió sin poder reprimirse.

—¿Con aire inocente, comisario? —La mujer rio de forma estridente, enseñando sus dientes desparejos—. Eso no será nada sencillo en este lugar, pero haremos lo posible...

Le envió a Rina, que si bien era rubia y de ojos claros, tenía un aspecto de puta imposible de disimular ni aunque vistiese de monja.

Le hizo un trabajo con la boca, y él fue testigo de que se esmeró lo más que pudo, pero resultó inútil. Sólo cuando cerró los ojos e imaginó que era Leonor quien estaba arrodillada entre sus piernas, consiguió una media erección, pero no había logrado excitarse lo suficiente como para eyacular y la chica estaba perdiendo la paciencia. Era un cliente muy guapo, pero no podía pasarse toda la noche trabajándolo sin éxito.

—Tal vez esté cansado... —le dijo ella, con cautela.

—Tal vez —asintió—. Toma...

Le dio un par de billetes, se abrochó el pantalón y salió, enfadado, frustrado, peor de lo que había entrado.

—¡Comisario, no se marche! —le gritó la madama, pero Hugo ni siquiera se volvió para mirarla—. Hay otras chicas, y también tenemos a

un joven muy bien dispuesto... ¡No se vaya! —insistió, pero él ya no la escuchaba.

«Maldición, Leonor. ¿Por qué te cruzaste en mi camino? No puedo tenerla, y eso me está volviendo loco... Creo que jamás volveré a ser el que solía, ni volveré a acostarme con nadie porque ninguna es... ella», pensó.

Y mientras se marchaba a su casa, una inmensa erección apenas lo dejaba caminar. «Ahora respondes, pedazo de...», le dijo a su pene, y luego sonrió tristemente.

No hubo ni sexo ni alcohol esa noche. Sólo un profundo dolor que le traspasó el cuerpo enfebrecido de tanto desear a Leonor.

El amanecer lo sorprendió masturbándose con desesperación en la ducha, a pesar de que estaba tan fría como su alma.

Si Villanueva hubiese sospechado que a la misma hora en que él se procuraba placer pensando en Leonor ésta hacía lo mismo fantaseando con él, definitivamente se habría vuelto loco.

La joven se sentía culpable por tocarse así.

Fue educada con férreos principios religiosos y morales, que condenaban la masturbación al igual que todo acto que no estuviese vinculado a la procreación. Tenía muy presente que la lujuria era uno de los siete pecados capitales, pues las monjas lo repetían hasta el hartazgo en las clases de catecismo, y se había cuidado muy bien de no manipular sus partes para otra cosa que no fuese la higiene personal.

Además, compartiendo dormitorio y baño, primero con las internas del colegio y después con sus primas, jamás había tenido ocasión de explorar su cuerpo ni siquiera por curiosidad.

Pero esa noche, la pequeña Ana dormía en el dormitorio de sus padres, quienes, debido a lo sucedido en la heladería, no se resignaban a alejarse de ella ni siquiera a la hora del sueño, y Leonor se encontró dando rienda suelta a las fantasías que venía tejiendo en torno al comisario.

Una creciente inquietud se fue formando en su cuerpo a medida que recordaba sus besos. El cosquilleo entre sus piernas se hizo insoportable, y ella bajó su mano buscando alivio. Con el cuerpo contorsionado, imaginó que era él quien hurgaba en su sexo, que era él quien la acariciaba hábilmente, y estuvo a punto de dejarse llevar por el intenso placer que sentía. Y finalmente estalló, pero en llanto.

Había llorado en esos días más que en toda su vida, pero también se había sentido más viva que nunca. Si tan sólo pudiese olvidarlo...

Al día siguiente, su rostro acusaba la tristeza que la había

atormentado toda la noche, y Pilar lo notó. Esperó a que su esposo se marchara al trabajo y, mientras alimentaba a su bebé, decidió preguntarle qué le sucedía:

—¿Por qué estás tan triste, cariño?

Leonor se sobresaltó. No esperaba que su desazón fuera tan evidente.

—Pues...

—Dímelo, por favor. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Será que echas de menos al tunante de Felipe a pesar de todo? —inquirió Pilar, sin dejar de mirarla.

Y entonces la joven se dio cuenta de que no tenía escapatoria y decidió «confesar».

—Estoy enamorada del comisario Villanueva.

Un silencio profundo siguió a esa declaración. Leonor permaneció con la vista baja, retorciéndose las manos con nerviosismo mientras esperaba que su amiga se enfadara.

Mas eso nunca sucedió.

Pilar se puso de pie y dejó a su pequeño, que se le había dormido al pecho, en su cochecito. Luego se acercó a Leonor y le acarició la cabeza. Se sentó frente a ella y la miró con dulzura.

—Pequeña... No sé cómo ni cuándo ha podido suceder algo así, pero dime, ¿estás segura de tus sentimientos?

La joven la miró sin pestañear.

—Tengo la absoluta certeza de que lo amo —respondió.

—¿Y sabes si él te corresponde?

Leonor suspiró, y su voz era apenas audible cuando murmuró:

—No lo sé.

Su amiga se compadeció, pues era evidente que estaba sufriendo muchísimo a causa de ese amor. Se debatía entre los sentimientos maternos que Leonor le despertaba y los deseos de que la chica pudiese disfrutar de un hombre que la quisiera como Christopher la amaba a ella.

Pero tenía muchas dudas de que Hugo Villanueva pudiese ser ese hombre...

—Querida, ¿eres consciente de lo... diferentes que sois? —planteó con cautela.

Leonor la miró con lágrimas en los ojos.

—Sólo soy consciente de que él es un hombre, y yo, una mujer que no puede vivir sin su amor.

—Leonor, ¿no te das cuenta de que es mayor que tú, de que podría ser tu padre?

—Yo jamás deseé que mi padre me tocara de esta forma —respondió, muy segura de sí.

Su amiga la miró, asombrada, pero insistió:

—¿Estás segura de que podrías enfrentar las consecuencias de esas diferencias? Porque no es sólo la edad, Leonor. Sabes que, junto a él, jamás tendrás las comodidades que...

—No me importa.

—Además, sabes que esta sociedad es cruel, y no ve con buenos ojos las parejas... tan distintas.

—Si te refieres al color de su piel, o de la mía, tampoco me importa.

Pilar la miró con ternura.

—Es así, Pilar. Me he enamorado, y creo que él siente algo por mí, pero interpone entre nosotros los mismos reparos que acabas de mencionar... ¡Y eso me tiene desesperada! —estalló y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—¡Oh, querida, eres tan joven! No deberías estar sufriendo así —se compadeció Pilar. Y después de un momento, agregó—: Mira, Leonor, tú no has venido a este mundo para padecer; nadie ha venido para eso. Te voy a decir lo que le diría a Ana si mañana le sucediese algo así: si lo amas, lucha por él.

Leonor, que había ocultado el rostro entre sus manos para silenciar su llanto, levantó la cabeza, asombrada.

—¿Qué dices? —inquirió con los ojos brillantes.

—Eso: que luches. Que si estás segura de lo que sientes, y crees que él te corresponde, luches por ese amor —le respondió Pilar, sonriendo.

Entonces el rostro de la más joven se iluminó.

—Pilar...

—Dime.

—¿Te he dicho que te quiero y que eres mejor que el dulce de leche?

—No me lo has dicho, zalamera.

—Pues te lo digo ahora: te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Leonor. Pero ahora dejémonos de lanzarnos flores y ve por él.

No se lo hizo repetir. Se puso de pie de un salto, dispuesta a hacer lo que fuera para que Hugo admitiese al menos que la deseaba.

—Pero antes come algo, cariño, que casi no has desayunado —le recomendó Pilar, preocupada por la delgadez de la muchacha, que en esos días se había acentuado.

—No tengo hambre, *mamá* —se burló Leonor desde la puerta del comedor. Pilar rio y le lanzó una manzana, que la joven atrapó con habilidad.

La miró. Era roja y brillante, y se veía muy apetitosa.

Entonces se le ocurrió una idea. Sólo esperaba que Dios le enviase fuerzas para no amedrentarse ante los obstáculos que la vida y el propio Hugo interpusiesen en el camino que, estaba segura, conducía a la felicidad.

Eran tan fuertes los gritos que se oían desde la calle que el comisario Villanueva levantó la cabeza, extrañado. Estaba revisando unos papeles pero no se podía concentrar en su trabajo, un poco por el recuerdo del tormento que significaba no tener a Leonor, y otro poco por el ruido. ¿Qué diablos...?

—Descuide, comisario. Iré a ver qué sucede —dijo la oficial Fagúndez mientras caminaba hacia la puerta.

Instantes después volvía, jadeante. No acostumbraba a llevar prisa, y eso la había dejado sin aire.

—¡Comisario! Salga, por favor. Esto tiene que verlo con sus propios ojos —exclamó.

Villanueva no estaba de humor para tonterías, pero la curiosidad pudo más y salió tras la oficial.

Y lo que vio hizo que el corazón le comenzara a latir de una forma tan potente que temió que alguien lo oyera.

En la verdulería de la acera de enfrente estaba Leonor, que parecía no oír a la dueña que a viva voz la regañaba.

—¡Eso no se puede hacer! ¿Qué se ha creído, niña tonta? Va a pagarme cada una de... —La mujer se interrumpió de golpe cuando vio al comisario que se aproximaba despacio—. ¡Comisario Villanueva! Qué bien que esté aquí. Esta cría se ha vuelto loca; ya ha mordido tres manzanas y luego las vuelve a poner en... ¡Otra vez! Mírela, véalo con sus propios ojos... ¡Habrás visto tanta osadía! —exclamó, enfadada.

Villanueva tragó saliva y sus ojos se dirigieron a Leonor, que parecía

no reparar en su presencia. Muy tranquila, probaba una a una las manzanas de un cajón, y parecía no conformarse con ninguna.

—No, ésta no... —murmuró, dejándola nuevamente en su lugar. Y de inmediato cogió otra, y también la mordió—. Mmmm... no, ésta tampoco...

—¿Lo ve, comisario? ¡Ahora son cinco! ¡Las prueba y las deja! Esta criatura está loca... —insistió la mujer, fuera de sí.

Mientras tanto, Leonor mordía otra manzana.

—Ésta tampoco...

—¡Eso no se puede hacer! Comisario, por favor, haga algo...

Él sabía que tenía que hacer algo, pero no atinaba a nada. Finalmente logró recuperar la compostura lo suficiente como para preguntar:

—Señorita Ávila, ¿se puede saber qué está haciendo? —le dijo, intentando sonar duro e indiferente, si bien no lo logró.

Leonor levantó la cabeza y pestañeó varias veces porque el sol la cegó.

—Pruebo las manzanas. Pero no tienen el sabor que esperaba, pues todas saben a eso, a manzana —le aclaró con una calma que estaba lejos de sentir.

—¡Esto es el colmo, comisario! ¡Como si las manzanas pudiesen tener el gusto que a la señorita se le antoje! ¡Claro que saben a manzana, tonta! —bramó la verdulera, pero ambos la ignoraron.

Estaban frente a frente en la acera, mirándose a los ojos, mientras luchaban contra las ansias de devorarse mutuamente.

Hugo Villanueva temía preguntar, pero no pudo resistir la tentación de hacerlo.

—Dígame... ¿a qué deberían saber las manzanas, según usted?

Leonor sonrió. Y cuando dijo lo que dijo, ambos supieron que no había vuelta atrás.

—A chocolate.

Se quedó sin aire. Fue como si le golpearan la boca del estómago y se la quedó mirando con la respiración entrecortada.

—¡Está loca, comisario! Esta chica está de atar, pero eso no impedirá que me pague todas las manzanas que ha mordido. A ver: una, dos, tres..., ¡seis! Me debe al menos diez pesos, bribona —le reclamó la verdulera a Leonor.

Ésta le respondió sin despegar los ojos de los de él.

—No tengo dinero. Tendrán que arrestarme —susurró, extendiendo

los brazos con las muñecas hacia arriba. Y él supo de inmediato que le estaba ofreciendo mucho más de lo que parecía.

—¡Eso! ¡Arréstela de una vez! —gritó la mujer, exaltada.

Villanueva volvió a tragar saliva y recorrió a Leonor con la mirada.

Se veía maravillosa, inocente y audaz a la vez. Vestía la misma falda plisada que él le levantó aquella tarde, y el mismo jersey de angora. Sus cabellos eran como hebras de oro brillando al sol.

No pudo, no quiso... ¿Qué más daba? La cuestión es que su capacidad de resistencia había llegado a su fin.

Metió la mano en el bolsillo y le tendió un billete a la verdulera, que lo cogió muda del asombro. Luego se dirigió a Leonor:

—Dese la vuelta, señorita. Las manos a la espalda, que voy a esposarla... —le pidió, puesto que, si continuaba frente a ella mirándola directamente a los ojos, no resistiría la tentación de besarla.

Leonor se volvió despacio y obedeció. Le temblaban las piernas, y su sexo latía tan fuerte como su corazón.

Cuando él se inclinó para ponerle las esposas, ella murmuró por encima del hombro:

—¿Me está arresando por morder media docena de manzanas, comisario?

Hugo lo pensó unos instantes y después replicó:

—No. La estoy arresando porque me ha robado la razón.

Minutos después Leonor se preguntaba hasta dónde la llevaría su osadía, pero estaba dispuesta a ir hasta el fin del mundo por ese hombre.

Cuando creyó que la encerraría en el calabozo, él la sorprendió con algo distinto. Y también sorprendió a la oficial Fagúndez, que les había franqueado la puerta para permitirles entrar.

—Hay gente que jamás aprende —dijo la mujer, moviendo la cabeza. Pero su sonrisa sarcástica murió de repente cuando vio que el comisario no tenía intenciones de entrar en la comisaría, sino que se dirigía al coche patrulla.

Sin soltar el brazo de Leonor, abrió la puerta trasera y puso con cuidado la mano sobre su cabeza para ayudarla a subir.

Y de inmediato ocupó el asiento del conductor y se puso sus gafas de sol, con una pasmosa calma. Arrancó el vehículo y asomó la cabeza por la ventanilla.

—Quedas a cargo, Marta. —Eso fue lo único que dijo antes de partir a toda velocidad dejando una nube de polvo en el camino.

No intercambiaron palabra en el corto trayecto. Leonor intentaba conectarse con él por medio del espejo retrovisor, pero las gafas de sol impedían cualquier contacto.

Llegaron a una casa en las afueras de Melilla, y él se introdujo con el vehículo por la entrada lateral hasta el patio trasero. Una vez allí, descendió y le abrió la puerta a Leonor.

Parecía haber olvidado que la chica estaba esposada y, cuando cayó en la cuenta de que tenía dificultades para bajar, la ayudó a salir cogiéndola del brazo.

No la soltó ni siquiera cuando hubo de inclinarse para tomar la llave que guardaba bajo el felpudo. Nada más cerrar la puerta tras de sí,

apareció un pequeño perro bulldog gruñendo con descaro.

—¿Secuaz? —preguntó ella, sonriendo.

—Así es —respondió.

—¿Y Patán?

—En la comisaría.

A continuación se quitó las gafas y también el cinturón con el arma, y lo depositó todo sobre la mesa, junto a las llaves. Antes de que ella pudiese reaccionar, se acercó y la cargó al hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Oh! —exclamó Leonor, sorprendida.

Subió las escaleras sin dificultad y entró al dormitorio con ella.

Con cuidado, la dejó en el suelo y se alejó. Por unos momentos permaneció de espaldas, en silencio. Parecía estar luchando contra sus propios fantasmas.

No permaneció demasiado tiempo así, pues de pronto se dio la vuelta y preguntó:

—¿Conque manzanas con sabor a chocolate, eh?!

Leonor asintió, mordiéndose el labio para no reír.

Hugo alzó las cejas y luego movió la cabeza, sonriendo. Se acercó lentamente... Ella aspiró y contuvo el aire cuando su proximidad fue tal que el masculino aroma la envolvió.

Para mirarlo a los ojos tuvo que levantar la cabeza. Era tan alto, tan fuerte... Un hombre de casi dos metros de estatura, un hombre entre los hombres. Su hombre.

Por unos segundos no hicieron otra cosa que mirarse. Sus respiraciones se volvieron erráticas y, cuando se transformaron en jadeos, él comenzó a desabotonarle el jersey.

Ella observó, como en sueños, esas enormes manos manipulando los diminutos botones de nácar y suspiró, deleitada.

Cerró los ojos y entreabrió los labios cuando él le acarició la parte superior de los senos con los dedos, sobre el blanco encaje del sujetador.

—Oh, por Dios... —gimió, temblando como una hoja.

Sin mayores preámbulos, Hugo se inclinó y recorrió con la lengua la hendidura entre los pechos de Leonor, quien, incapaz de controlar sus ansias, le rogó:

—Quítame las esposas. También quiero tocarte...

Pero él no le dio el gusto.

—Ni lo sueñes —replicó, y siguió atormentándola con la lengua hasta que ella ya no pudo soportarlo.

—Por favor... —suplicó, desesperada, sin saber muy bien lo que estaba pidiendo. De pronto se tensó, y un gemido de frustración se escapó de sus labios—. Ay, no...

—¿Qué sucede? —preguntó él, alzando la mirada.

Pero ella estaba demasiado avergonzada para responder, y se limitó a negar con la cabeza.

—Dímelo, Leonor —insistió.

—Es que... me parece que me está bajando la regla... —confesó, mientras apretaba los muslos para contener eso que sentía deslizarse entre ellos.

—¿Aún tienes la menstruación?

—No... Pensaba que ya no la tenía, pero... creo que me está bajando otra vez... —Se sentía tan mortificada que apenas podía mirarlo.

—Me parece que eso no es posible... —le dijo él, sonriendo con ternura. Pero de inmediato su expresión cambió, y fue deseo lo que se reflejó en su mirada—. Aun así, vamos a comprobarlo.

Y así, sin más, se acuclilló a sus pies y sus manos se perdieron debajo de la falda de Leonor.

—Hugo... —murmuró ella, temblando cuando sintió esas manos ascender por sus muslos. Pero luego se quedó muda por el asombro, cuando él tiró de sus bragas, las bajó y se las quitó por los pies.

Se incorporó con la pequeña prenda en la mano y la balanceó ante los ojos de la chica, que se abrían como platos.

—¿Ves? Aquí no hay nada...

Era cierto. Las bragas se veían impecablemente blancas... Y de pronto ambos comprendieron. Leonor estaba en extremo excitada, y su cálida humedad la sorprendió como un río de lava ardiente.

Cuando lo vio llevarse su ropa interior a la nariz y aspirar el aroma de su rincón más íntimo, ella sintió que se mareaba.

—No hagas eso —suplicó, algo avergonzada.

Pero él ya no tenía el control de sus actos. Con una mano la cogió del cuello y la inmovilizó contra la pared. Y después se inclinó y le susurró al oído:

—Estás muy mojada. Hueles tan bien...

Leonor gimió desesperada. Un fuego intenso la quemaba por dentro.

—Duele... Ay, duele... —se quejó. Pero de inmediato se mordió el labio, arrepentida.

Hugo le buscó la mirada.

—No tienes que hacer nada que no desees... Lo sabes, ¿verdad? —preguntó, preocupado.

—Tú... no... lo... entiendes —jadeó ella—. ¡Dios mío! No lo entiendes...

—Pues explícamelo, Leonor. Dime qué es lo que quieres... —rogó él mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar de la mano que la tenía cogida por el cuello, hasta que ella lo mordió suavemente.

Y ella no tuvo dudas cuando le dijo en un susurro:

—Te quiero a ti. Me muero de ganas de que me hagas tu mujer...

Después de eso, él simplemente enloqueció.

Se terminaron las miradas sensuales, las palabras candentes, y también las dudas.

La besó con violencia, igual que lo había hecho aquella tarde bajo el gran manzano. Pero esta vez su boca no tenía el amargo sabor de la culpa.

La dulzura de ella aplacó un tanto sus ansias, y lo que comenzó con una fuerza demoledora se transformó en una ternura infinita. Le llenó el rostro de besos y murmuró sobre los temblorosos labios de Leonor:

—Que Dios me perdone, pero esto está más allá de mi control...

Ella cerró los ojos. Era tan placentero y tan doloroso a la vez... Amó su resignada claudicación y se sintió poderosa aun estando esposada y a merced de los deseos de ese hombre que con su sola presencia la volvía loca.

—Soy tuya, Hugo Villanueva. Yo lo sé, lo sabes tú, lo sabe Dios...

Los ojos del comisario brillaron, y Leonor reconoció en ese destello algo más que deseo. Había ternura, había amor en su mirada, incluso cuando con voz ronca le ordenó:

—Date la vuelta.

Ella obedeció lentamente. Un tintineo de llaves, y de pronto se encontró con una de sus manos liberada. De la otra colgaban, balanceándose, las esposas.

Pero no tuvo tiempo de sorprenderse ni de preguntar nada, porque él se pegó a su espalda y sin mucha ceremonia le quitó el jersey por los hombros.

Leonor se encontró de pronto semidesnuda entre sus brazos. La

tensión aumentó cuando él le cogió ambos pechos y comenzó a acariciarlos por encima del sujetador. Ella se sintió avergonzada, pues se le antojaron demasiado pequeños dentro de esas enormes manos. Pero el tomar consciencia de su fragilidad, que se acentuaba ante la imponente presencia de ese hombre, hizo que se sintiera caliente, excitada.

La respiración de Villanueva se tornó pesada. Estaba luchando contra sus instintos, debatiéndose entre sus urgencias y la necesidad de darle tiempo y no apremiarla. Pero éstos ganaron la partida, y casi sin querer se encontró volviéndola y luego elevándola en el aire, y con las piernas de Leonor en torno a su cintura caminó con ella mientras la besaba con desesperación.

Cuando llegaron a la cama, la depositó allí y se situó de rodillas entre sus muslos sin dejar de observarla, anhelante.

Eran la belleza, la inocencia, la juventud concentradas en ese cuerpo ligeramente sonrosado y ese rostro entre expectante y temeroso. La falda de Leonor se arremolinaba sobre sus piernas separadas, y cuando Hugo tomó el extremo y la miró, ella entendió que le estaba pidiendo permiso para levantarla.

Cerró los ojos, asintiendo. ¿Cómo no hacerlo si era lo que venía deseando desde que lo conoció? Quería darle todo, entregarse por completo.

De pronto Felipe y su torpe forma de desvirgarla le parecieron una broma de mal gusto. Vaya tontería haber dejado que la tocara, pero lo hecho, hecho estaba, y de nada valía lamentarse. La vida siempre daba segundas oportunidades, incluso para la «primera vez», y lo que le había sucedido a Pilar era la prueba de eso. Pues bien, ahora había llegado su momento, así que, cuando lo vio vacilar, ella no dudó; se levantó la falda hasta la cintura y tragó saliva mientras le ardían las mejillas... y algo más.

El asombro inicial de Hugo ante su audacia rápidamente dio paso al deseo. La completa exposición de la joven para él fue algo devastador. Ni siquiera intentó disimular la avidez de su mirada, y sus manos temblaron al tocarla, tanto o más que ella.

La acarició sin reservas. Sus dedos compartieron la lúbrica calidez, se embebieron de su dulzura, al tiempo que los gemidos de Leonor se intensificaban, y su cuerpo se tensaba como un arco. Verla así lo desquiciaba...

—Mírame, Leonor —le ordenó.

Y cuando ésta abrió los ojos, él lamió sus propios dedos lentamente.

—Hugo...

No podían más. Habían llegado al límite... Él se quitó la camisa, y Leonor se sorprendió al ver que no llevaba camiseta debajo. Su pecho amplio, moreno y brillante se descubrió ante ella, dejándola con la boca abierta.

Lo recorrió lentamente, consciente de que él no se perdía ninguna de sus expresiones. Un vacío en el estómago la sorprendió cuando su mirada llegó al vientre donde se perfilaba toda la musculatura en completa tensión. Y el camino de vello oscuro que se perdía en sus pantalones terminó de enloquecerla.

Se removió con inquietud en la cama y él entendió el mensaje, pues se desabrochó el pantalón y se inclinó sobre ella. Jadeó con el cuerpo suspendido encima del suyo, apoyado en sus propios brazos, sin tocarla.

—¿Quieres mirar? —susurró con voz ronca.

Ella se mordió el labio y asintió.

—Será la primera vez —le confesó.

Hugo sonrió, confundido.

—¿La primera vez?

—Así es —afirmó con timidez—. Jamás he visto a un hombre... sin ropa.

—¿Ni siquiera a...? —preguntó Hugo, asombrado.

—Ni siquiera.

—Vaya...

—Fue algo sin sentido que prefiero no recordar...

—¿Y esto es diferente, Leonor?

No dudó cuando le respondió con voz firme:

—Completamente distinto.

—¿Alguna vez te mostraste así ante él? —la interrogó, sabiendo que no era correcto indagar sobre su pasado, pero sin poder evitarlo.

—Jamás. Nadie me ha visto de esta forma antes... Sólo tú.

Hugo pareció satisfecho cuando le aclaró:

—Y nadie más lo hará, te lo aseguro. Te haré mía y, si es necesario, te esposaré a mi cama, pero no te dejaré marchar hasta oírte gritar mi nombre.

El peso de sus palabras derribó todas las barreras, todas las inhibiciones de la joven. Tanto fue así que sus manos buscaron la abertura

de los pantalones de Hugo, sucumbiendo a la tentación de tocarlo. Los frágiles dedos se cerraron sobre lo que le pareció algo inmenso, descomunal, algo capaz de traspasarla y hacerle mucho daño, pero lo cierto era que no le importaba. Quería ese daño, quería ser poseída por ese hombre con urgencia, y el apremio con el cual lo tocaba era lo que él necesitaba para ir más allá.

Y por si eso fuera poco, sus palabras le confirmaron la completa entrega.

—Por favor..., dame... —suplicó entre suspiros.

Hugo Villanueva nunca se había sentido así. Una fuerza extraña nació en su interior y le hizo perder el control de sus actos.

Liberó su pene y, empuñándolo, lo exhibió ante los ojos de Leonor.

—Esto es tuyo —fue lo último que le dijo antes de cubrirla con su cuerpo y comenzar a abrirse paso dentro del de ella, concentrando todas sus energías en contener sus ímpetus para no lastimarla. Para no ser virgen estaba demasiado estrecha, deliciosamente apretada... Tanto que temió explotar antes de penetrarla por completo.

Pudo hacerlo, sin embargo. Se introdujo lenta pero firmemente, y cuando ella cruzó los tobillos en torno a su cintura, supo que estaba disfrutando tanto como él, y comenzó a embestirla cada vez más fuerte y cada vez más rápido mientras devoraba sus gemidos y también su lengua.

—Esto es... —comenzó a decir Leonor, acoplando sus movimientos a los de él, como si toda su vida se hubiese preparado para eso.

—... la gloria... —completó Hugo, jadeando. Estaba al borde del abismo, y le mordió un hombro, desesperado—. Me vuelves loco, Leonor...

Pero ella no respondió, porque ese exquisito cosquilleo en su sexo se estaba tornando insoportable. La tensión aumentó en cada movimiento, hasta que el orgasmo la sorprendió y se sintió más mujer que nunca cuando, tal como él predijo, gritó su nombre entre gemidos.

—Sí... Ay, sí, Hugo..., sí...

Oírla correrse fue demasiado... Sentir que su vagina lo oprimía con fuerza era más de lo que podía soportar. En un rápido movimiento, se retiró del cuerpo de la joven, intentando ignorar los gestos de protesta por el súbito abandono, y eyaculó sobre su vientre en el último momento. Un ronco gemido acompañó su placer, y luego se desplomó sobre ella y se la comió a besos, lamió sus mejillas, que ahora notaba empapadas en

lágrimas, y sonrió sobre la dulce boca sin poder disimular lo feliz que se sentía por tenerla finalmente en su cama.

—Parece que te ha gustado... —le dijo, deslizando sus labios por la curva del cuello de Leonor.

Ella no pudo responder.

Al menos no lo hizo con palabras. Pero sus atrevidas caricias más allá de la espalda le indicaron que así era.

Hugo Villanueva venía fantaseando desde hacía días con hallarse en esa situación con Leonor. Había creído que era imposible que sucediera, pero allí estaba, tendido sobre ella con su pene aún palpitante sobre su vientre, mientras las pequeñas manos de ella le recorrían el trasero, desnudo.

Estaba a punto de volverse loco por la caricia. Nunca había pensado que podría estar listo de nuevo tan pronto; de hecho, jamás le había sucedido algo así. Estaba a punto de volver a penetrarla, cuando el frío de las esposas entre sus nalgas le recordó de pronto que había transgredido todos los límites.

Mezclar trabajo con placer no era lo peor que había hecho. Lo más condenable había sido arrastrar a esa adolescente, casi una niña, a una relación sexual ilícita. Por un momento se había ilusionado con la idea de que Leonor pudiera ser suya para siempre, pero ahora que se disipaba la bruma de la pasión, se daba cuenta de que no podía aspirar a ella. ¡Diablos! Era mulato y no tenía dinero. Le doblaba la edad. Sus antecedentes en la fuerza policial no eran los mejores... Y había más... Los pensamientos se agolpaban en su mente mientras su desazón crecía segundo a segundo. ¿Por qué no había podido resistirse a sus provocaciones? ¿Es que no tenía principios ni moral?

La miró a los ojos, torturado. Observó el interrogante que se formaba en ellos y cerró los suyos para evitar una respuesta que arruinara lo que para Leonor parecía ser el mejor momento de su vida.

—Comisario, ¿estás bien? —la oyó preguntar en un susurro.

No sabía qué decirle, porque por un lado sentía una satisfacción inmensa, pero por otro se sentía culpable y sucio. Pero ella no tenía la culpa de sus errores, así que estaba a punto de tranquilizarla cuando sintió que tocaban a la puerta. Ambos se sobresaltaron.

—¡Joder! —exclamó él, y de inmediato se disculpó—. Lo siento... No espero a nadie, así que no sé quién puede ser...

Ella se mordió el labio y preguntó:

—¿La policía, tal vez?

Era una broma, pero la conciencia de él, que no lo dejaba en paz, recibió eso con amargura.

—Deberían arrestarme, es cierto —dijo, serio—. Discúlpame, iré a ver quién es...

Se puso de pie y se arregló la ropa. Mientras lo hacía, vio cómo Leonor se bajaba la falda, pudorosa, y un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Seguía deseándola de una forma insana.

Bajó corriendo la escalera. *Secuaz* ladraba con furia y husmeaba, nervioso, por debajo de la puerta. Cuando la abrió, se encontró con el oficial Luna y con *Patán*.

—Estás muy lejos de tu zona de patrullaje, sargento.

Éste se acomodó la gorra y aclaró mientras daba un paso al frente:

—*Patán* me ha traído hasta aquí, y me he sorprendido al ver el coche patrulla en tu patio trasero a esta hora.

Parecía decidido a entrar, y Hugo le franqueó el paso de mala gana.

—¿Quieres pasar? —preguntó, irónico, ante lo ya inevitable.

—¿Estás solo, comisario? Me parece raro encontrarte aquí a esta hora. ¿Estabas echando... una siesta? —lo interrogó con una mirada bastante significativa.

Hugo cruzó los brazos sobre el pecho desnudo.

—¿Qué estás buscando, Luna? ¿Las llaves del coche patrulla? Porque, si es eso, aquí las tienes —le dijo, lanzándoselas por el aire. El otro las atrapó con cierta dificultad—. Llévatelo, no lo necesito.

Ernesto Luna guardó las llaves y miró a *Patán*, que subía la escalera seguido por *Secuaz*, que apenas podía hacerlo debido a sus cortas patas.

—¿Hay alguien arriba? —insistió.

—¿Has hablado con Marta? Porque sé por dónde viene todo esto —fue la respuesta de Hugo, harto de toda esa estúpida pantomima.

—Bien, sí. He hablado con ella y por eso estoy aquí... Comisario, espero haber llegado a tiempo para impedir que hagas la tontería de la cual venías escapando.

¡Joder! ¿Llegado a tiempo? No podía haber llegado más tarde, pero lo cierto era que, a pesar de saber lo mal que estaba, no lograba

arrepentirse. Es más, estaba seguro de que lo volvería a hacer de tener la oportunidad.

—Lo hecho, hecho está —fue todo lo que pudo decir. Su expresión era impenetrable.

—Vamos, Hugo... Es una locura, ya lo hemos hablado.

—Lo sé. Vete ya.

—Pero...

Estaba llegando al límite de su paciencia. Ya tenía bastante con su propia conciencia.

—Escúchame, Luna: no hay nada que puedas hacer, porque hay una fuerza demasiado poderosa guiando mis actos y yo ya no puedo luchar contra ello...

—¿No puedes?

—No puedo, no quiero... Es igual. He emprendido un camino sin retorno y asumiré las consecuencias. Voy a sufrir como un perro cuando esto termine, pero aun así no puedo...

—¿Cuando esto termine...? —se oyó desde lo alto de la escalera.

Ambos policías se volvieron a mirar a Leonor, que con *Secuaz* en brazos comenzó a bajar los peldaños. De su mano pendían todavía las esposas.

El oficial Luna se la quedó mirando con la boca abierta. Sabía que estaba allí, pero la falda arrugada y las esposas puestas eran más de lo que esperaba ver.

—Leonor... —dijo Hugo con la culpa reflejada en el rostro.

—¿Cuando esto termine? —volvió a preguntar ella.

Él tragó saliva. ¿Cómo decirle que estaba seguro de que aquello no duraría, pues se sentía muy poca cosa a su lado? ¿Cómo confesar que creía que lo que habían hecho era un gran error? La había perjudicado demasiado por ceder ante sus instintos y rendirse a las provocaciones de ella.

Apretó los puños y, sin dejar de mirarla, murmuró:

—Luna, déjanos solos.

Éste se marchó con prisa. En segundos se oyó el chirriar de los neumáticos del coche patrulla; mientras, *Patán* no cesaba de ladrar.

—Dime por qué hablas de terminar, por favor —insistió Leonor, terca—. Después de lo que acabamos de vivir, me parece una burla que hables de lo nuestro de esa forma, y con un extraño... —le recriminó.

Él se sintió un tonto. Una gran vergüenza lo invadió, y la madurez de la joven lo sorprendió.

—No debí decir eso, pero...

—¿Pero...?

—Tú y yo sabemos que esto no puede durar —expuso por fin.

Leonor resopló con furia. Dejó a *Secuaz* en el suelo y se aproximó a él. Tuvo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Escúchame bien, Hugo Villanueva: si vas a comenzar con esa tontería de la diferencia de edad...

—No es una tontería, Leonor. Eso es así y tal vez sea la más leve de nuestras diferencias. Dime, ¿tú te has mirado al espejo? Porque, si no lo has hecho, ha llegado el momento —le dijo al tiempo que la cogía de la mano y la enfrentaba al espejo del recibidor. Se situó detrás de ella y continuó—: Mírate..., eres una belleza..., joven, inocente y... blanca. Mira el color de mi piel... ¿Sabes lo que significa? Jamás lo aceptarán, ni tu familia, ni tus amigos... Y eso no es todo; tampoco podría darte nada de lo que estás acostumbrada, pues sólo soy un comisario en este pueblo de mierda, con la carrera troncada por haber cometido una gran estupidez... ¿Crees que esto puede durar? Una vez que hayas saciado tu curiosidad, te aburrirás de mí, querrás más, te marcharás y yo me volveré loco... —soltó de un tirón, casi sin respirar.

Ella lo escuchó en silencio, sosteniéndole la mirada a través del espejo.

—Hay algo que no has tenido en cuenta —fue todo lo que dijo cuando él pareció terminar su discurso derrotista.

—¿Qué es?

—Que te amo —fue la simple respuesta.

Hugo se quedó mudo por un momento mientras su corazón se aceleraba.

—Leonor... —musitó casi sin aire.

—Te amo, comisario. No aspiro a riquezas, ni deseo complacer a mi familia y mis amigos; lo único que deseo es complacerte a ti. Cuando te miro, veo al hombre más guapo que he conocido y siento que jamás podré tener bastante de tu piel. Y si soy inocente, sólo espero que soluciones eso de inmediato, pues ya no quiero serlo. Quiero perderme entre tus brazos para siempre... —fue su franca declaración de amor, que lo dejó sin palabras.

Por unos segundos se miraron en silencio; luego él la hizo volverse y, alzándola en brazos, subió con prisa la escalera.

Minutos después se encontraron completamente desnudos sobre sábanas revueltas. La ropa en el suelo mostraba la urgencia con la que se habían desvestido momentos antes.

La joven estaba tendida cuan larga era sobre el recio cuerpo masculino, y no dejaba de mirarlo. Hugo, a su vez, tampoco podía apartar los ojos de ella, y cuando el cabello de Leonor se deslizó y cayó sobre su rostro, él lo cogió contra la nuca y aprovechó el movimiento para acercarla a su boca.

La besó dulcemente y luego le dijo:

—Qué bella eres.

Leonor sonrió, complacida.

—Tú también... —Y luego agregó—: Cuánto te deseo...

Era la primera vez que una mujer le confesaba algo así. Y que lo hiciera la chica de sus sueños era algo demasiado... intenso.

—¿De veras? —preguntó, sonriendo también—. A ver, demuéstramelo —pidió luego, sensual.

—No sé cómo hacerlo...

—¿No sabes? Bien, mi vida, yo te enseñaré...

Lo haría con el mayor de los placeres. Nada le gustaría más que iniciar a Leonor en las artes del amor, pero debía guardar la calma porque cada una de sus palabras lo incitaba tanto que temía terminar antes de comenzar.

—Primero, lo primero —susurró mientras levantaba las rodillas y las introducía entre sus piernas para obligarla a abrirlas.

Ella no se resistió, y Hugo empuñó su pene y se lo introdujo despacio, siempre atento a las expresiones del joven rostro. Pronto la incomodidad dio lugar al placer.

—Ahhh... —suspiró ella, mientras cerraba los ojos, deleitada.

—¿Te gusta, Leonor? —preguntó él, obligándola a incorporarse hasta quedar sentada con las rodillas en la cama, a ambos lados de sus caderas. La penetración se intensificó pero, lejos de producirle dolor, parecía causarle un gran placer.

—¡Mucho! —exclamó sin poder contenerse. Tampoco podía

controlar los movimientos de su pelvis, que se frotaba de forma lasciva contra la de él.

Las manos de Villanueva la recorrían entera. De sus pechos a sus nalgas, disfrutando de la tersura de esa piel de melocotón que deseaba tanto. Era hermosa... y deliciosamente joven.

—Quiero que estalles, quiero verte acabar... —le pidió. Se moría por observar su rostro en el momento del éxtasis total. Sabía que iba camino a eso, pues la respiración de Leonor se tornó cada vez más pesada, y sus gemidos iban en aumento.

Ella no se hizo rogar, y se desintegró encima de él, en un orgasmo increíble que hizo que su cuerpo se convirtiera en una hoguera.

—Ahora... tú... —jadeó la muchacha, apoyando sus manos en el pecho masculino—. Dame tu placer...

Lo iba a hacer, pero a su manera.

Se incorporó rápidamente y en un segundo ella se encontró de espaldas en la cama, con el enorme cuerpo de Hugo, cubierto de sudor y ardiente, sobre el suyo.

—¿Quieres que me derrame en ti?

—¡Sí!

—No puedo, Leonor... No quiero dejarte embarazada —murmuró sin dejar de embestirla de una forma salvaje. Y cuando ya no pudo más, salió del cuerpo de la chica y se irguió poderoso, con el pene totalmente erecto. Leonor bajó la vista y se deleitó observando el enorme miembro húmedo y palpitante, que parecía a punto de estallar.

Villanueva le tomó las manos y le mostró cómo debía moverlas para terminar de volverlo loco, y ella, alumna obediente, entendió a la perfección las instrucciones y pronto obtuvo lo que deseaba: que ese hombre magnífico perdiera el control y la hiciera sentir la dueña absoluta de su placer.

Y después de eso, se fundieron en un estrecho abrazo, se besaron con desesperación y sus cuerpos se transformaron en la más bella sinfonía de colores y texturas. Húmedos y ardientes, en un frenesí de saliva, semen y sudor, se tocaron por todas partes como si estuviesen hambrientos el uno del otro.

Y cuando se miraron a los ojos, sonrieron, a pesar de que los tenían llenos de lágrimas.

Leonor observaba sorprendida cómo él se movía por la cocina con comodidad. Sentada en la encimera con sólo la camisa de Hugo, que le llegaba casi a las rodillas, y nada debajo, sonreía fascinada.

Era tan atractivo... Así, con el pantalón de pijama y el torso desnudo, parecía, más que un hombre, un dios de ébano.

—Bien, esto está listo. Lamento no tener más que ofrecerte, pero...

—Por mí está bien —convino ella, mientras pensaba para sí: «Tienes mucho más que ofrecerme, y lo tienes todo encima. No quiero estos huevos revueltos, te quiero a ti...».

Él se sentó a la mesa, pero antes de que ella pudiese hacer lo mismo, la cogió de la mano y la obligó a sentarse en sus rodillas. Y como si fuese una niña, comenzó a darle de comer con el tenedor.

—¿Cómo me ha quedado? —preguntó, pero ella tenía la boca tan llena que no podía responder. Él le había puesto un bocado demasiado grande, y se le hacía difícil masticar—. Ah, no te comprometes... Lo tendré que probar, entonces.

Y mientras comía, alzó la vista y la observó limpiarse la comisura del labio con el índice y luego chupárselo.

Villanueva dejó de masticar. El deseo fue tan inmenso, tan devastador, que por un momento quedó totalmente paralizado, pero luego reaccionó de una forma salvaje, casi animal: la cogió de la nuca y la besó; más bien la devoró. No le importó el estropicio que causó cuando el plato cayó al suelo, ni la comida que se escapaba de sus bocas. Comió los huevos revueltos directamente de la boca de Leonor, enfebrecido, anhelante, dichoso.

Por fin aceptó ese regalo de la vida, y se decidió a disfrutarlo intensamente.

Se puso de pie, le abrió la camisa haciéndole saltar todos los botones y le lamió los pechos, desesperado. Pero quería más...

La hizo volver e inclinarse sobre la mesa, y sin más contemplaciones sacó su pene y la penetró con inusitada dureza. La oyó gemir, pero no pudo contenerse y continuó embistiéndola, enloquecido. El orgasmo de Leonor fue tan intenso que sus gritos retumbaron por toda la casa.

Se retiró a regañadientes, sabiendo que no podía darse el lujo de acabar dentro de su cuerpo, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo ir tan fácilmente.

—¡No! —protestó la joven.

—No podemos, mi vida...

—Pero quiero...

—¿Quieres más? ¿No estás satisfecha, insaciable? —le preguntó, sonriendo.

Leonor se incorporó y se dio la vuelta. Alzó la cabeza y le dijo con firmeza:

—No estaré satisfecha hasta que tú lo estés...

Villanueva estuvo a punto de acabar sólo por escucharla. Vaya con la niña... No lo pensó. Si lo hubiese pensado, tal vez no se hubiese atrevido.

—De rodillas —le ordenó con voz ronca.

Ella obedeció de inmediato. Se hincó en el suelo sobre las frías baldosas y luego alzó la cabeza y lo miró.

—Abre.

Leonor entendió perfectamente de qué se trataba, y entreabrió los labios sin dejar de mirarlo. Conteniendo sus ansias, se los acarició con el enorme pene envarado y brillante por la humedad de ambos, hasta que ella lo cogió con la mano y comenzó a lamerlo.

Fue demasiado para él, y se corrió sin poder evitarlo sobre el rostro de la chica, gimiendo descontrolado. Derramó sobre su boca una catarata de semen que se deslizó por la barbilla y por el cuello de Leonor hasta llegar a sus pechos.

—Me vas a terminar matando, Leonor Ávila —fue lo último que le dijo antes de alzarla por los brazos y besarla en la boca. Era la primera vez que probaba su propio semen, y se sintió perverso y culpable, pero no dejó de hacerlo hasta que ya no pudo más.

Entonces la volvió a cargar al hombro mientras ella se reía a carcajadas, y recorrió el conocido camino a la planta superior. Pero esta

vez el destino no era el dormitorio... Era el baño.

Acabaron follando en la ducha. Estaban muertos de cansancio, pero era tocarse y desearse, tal como venía sucediendo desde que se vieron por primera vez. Vivieron su amor por completo y, cuando el deseo por fin los dejó en paz, descansaron en el lecho con las piernas entrelazadas y las manos unidas.

—No puedo creer que te marches así, sin más... —dijo Pilar, incrédula, cuando Leonor se presentó a la mañana siguiente a buscar sus cosas.

Villanueva la había acompañado y luego se había marchado a la comisaría, no sin antes prometer que iría a recogerla al final del día.

—¿No puedes creerlo? Pero si tú misma me dijiste...

—¡Lo sé! Pero no esperaba que esto sucediera... Leonor, todo está pasando demasiado rápido, ¿no crees? —intentó reflexionar con ella.

—Lo que creo es que me diste el mejor consejo de mi vida cuando me dijiste que luchara por su amor —replicó la joven.

—Sigo pensando eso, querida, y sabía que todo iba bien cuando no regresaste a dormir, pero que te mudes con él de buenas a primeras es algo que no puedo asimilar. Tus padres aún no se han marchado... ¿Cómo les dirás que te vas a vivir con un hombre? —planteó, preocupada.

—No se lo diré, ni tú tampoco. Ahora terminaré de hacer mi maleta y luego iré a jugar con mi ahijada —le anunció más firme que nunca. Estaba enamorada de Hugo Villanueva y no iba a permitir que nadie empañara la felicidad que estaba viviendo en ese momento.

Se estremeció al recordar...

Esa mañana había despertado en sus brazos completamente desnuda. Un vacío en el estómago le había hecho evocar todo lo sucedido la tarde y la noche anteriores.

Su cabeza había estado apoyada sobre el pecho de Hugo, con su largo cabello cubriéndolo. Leonor había deslizado la mirada más allá del vientre masculino y sus ojos se habían encontrado con una erección soberbia. La había estado contemplando unos segundos, luchando contra los deseos de tocarlo allí. Se había removido, inquieta, cuando el conocido cosquilleo entre sus piernas había comenzado a atormentarla, y entonces él se había despertado.

—No ha sido un sueño; en verdad estás aquí —había murmurado él.

Leonor había vuelto la cabeza y, cuando sus ojos se habían encontrado, un estremecimiento le había recorrido la columna vertebral. Lo que sentía por ese hombre era algo tan inmenso que el corazón había estado a punto de salirse por la boca en su alocado latir.

Y Hugo parecía sentirse igual, porque sin mediar una palabra más se la había comido a besos y luego le había hecho el amor lentamente.

Se hubiesen quedado todo el día en la cama de no ser porque él no podía abandonar más tiempo sus deberes, y ella tampoco podía dilatar el hacerle saber a Pilar que todo estaba bien. O más que bien...

A pesar de disfrutar mucho el tiempo pasado con la pequeña Ana, Leonor se moría de ganas de volver a la casa del comisario cuanto antes. Se le había metido en la cabeza sorprenderlo con una cena exquisita, así que le pidió a Pilar que, cuando él pasara por allí, le indicara que ella se había ido antes por su cuenta.

Su amiga se sentía bastante aprensiva. Por un lado estaba feliz de ver a Leonor enamorada y dichosa, pero por otro lado era consciente de que no se estaba comportando como una chica decente, y se sentía culpable por haberla impulsado a... entregarse a él.

Porque nunca pensó que las cosas terminarían así. Se había ido a la cama preocupada por Leonor cuando ésta no regresó a dormir, pero se cuidó muy bien de comentarle algo a Christopher... Sospechaba que se molestaría mucho por la situación, y no quería discutir con él por eso. Sabía que tarde o temprano debía ponerlo al tanto, pero confiaba en poder suavizarle de algún modo la noticia.

Bien, estuvieran de acuerdo o no con el proceder de la joven, lo hecho hecho estaba, y nada podía hacer más que proporcionarle a Leonor un buen surtido de supositorios con espermicida que había tomado del maletín de Christopher. Eran unas muestras gratuitas, y esperaba que su marido no notara su ausencia, porque tendría que darle una explicación.

No imaginaba que tendría que contárselo todo ese mismo día.

Leonor se marchó a media tarde con su maleta, aprovechando que el capataz debía hacer una diligencia y la casa del comisario le quedaba de paso.

Christopher regresaba a casa en ese momento y se encontró con ella en la verja.

—¿Adónde vas con esa maleta? No me digas que finalmente has decidido regresar a España con tu familia y Pedro te lleva a... —comenzó

a decir, pero Leonor lo interrumpió y sin mostrar ni un ápice de vergüenza replicó:

—No. Me voy a vivir con el comisario.

Chris se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dices, Leonor?

—Lo que has oído.

—¿Estás desvariando? Entra, que voy a tomarte la temperatura, pues seguramente tienes fiebre y deliras —le dijo mientras intentaba tocarle la frente, pero Leonor no se lo permitió.

—No estoy enferma, doctor Davies. Estoy enamorada de Hugo Villanueva, y me iré a vivir con él a su casa —le espetó.

Disfrutaba de ver al esposo de su amiga así de contrariado. A pesar de que había conocido a Hugo gracias a él, en el fondo no le perdonaba que la hubiese traicionado denunciándola a las autoridades como escarmiento.

—Leonor... Dime que no es cierto, por favor. ¿Y Pilar? ¿Qué dice ella de todo esto? Porque me imagino que lo sabe.

Una voz a su espalda aclaró el punto. Era Pilar, con cara de pocos amigos al descubrir que su esposo hostigaba a su amiga.

—Claro que lo sé, Christopher. Ahora deja que Leonor se marche, que lleva prisa.

—Pero... ¡Mi amor, esto es completamente inadecuado! ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? —preguntó, mirando a una y a otra sin terminar de comprender.

Pilar se mostró firme cuando lo puso en su lugar.

—¿Qué es lo que no comprendes? Leonor está enamorada del comisario Villanueva y él le corresponde; es mayor de edad y, aunque no me parece correcto que viva en su casa sin casarse, ni tú ni yo somos los más indicados para juzgar su conducta, ¿no te parece?

Si momentos antes Christopher estaba asombrado, ahora se encontraba francamente atónito.

Leonor aprovechó su desconcierto, y le dio un rápido beso a su amiga mientras le murmuraba un «gracias» apenas audible. Sin decir más, se marchó.

Christopher quería llamar a los padres de Leonor para ponerlos al tanto de «lo que estaba haciendo la loca de su hija», y le tocó a Pilar convencerlo de que todo estaba bien, y que además no era asunto de ellos

ni debían intervenir.

—... Parece que no sepas lo que es el amor, Christopher. La fuerza más poderosa de la tierra, capaz de derribar cualquier barrera, de romper cualquier tabú... No me hagas recordarte lo que pasó aquí en «La Tentación» hace unos años —fue su imbatible último argumento, que lo dejó mudo por completo.

No obstante, cuando vio que Villanueva estaba fuera en el coche patrulla, seguramente esperando a Leonor, no pudo evitar salir a su encuentro.

—Comisario.

—Doctor —dijo Hugo, inexpresivo. Había pasado todo el día como león enjaulado, deseando terminar con su trabajo para perderse en el cuerpo de Leonor, para devorarla a besos, y el inesperado encuentro con el médico lo puso a la defensiva.

—Lo que está buscando, no está aquí —le aclaró Christopher con dura mirada—. Ya se ha marchado; lo espera en su casa.

—Gracias por decírmelo. Hasta pronto —contestó él, arrancando el vehículo.

—No tan rápido, comisario. Dígame, por favor, ¿por qué lo hace?

—¿Por qué hago qué cosa? —replicó.

—Corromper a una joven, hacerla cometer actos de los que luego seguramente se arrepentirá y por los que la sociedad la juzgará muy duramente —le detalló.

Hugo Villanueva se quitó las gafas de sol y lo miró a los ojos.

—No he podido evitarlo.

—¿No ha podido?

—Me he enamorado de ella.

Christopher inspiró profundo y sobre él cayó todo el peso de las palabras del policía. Se había enamorado... Tenía razón su mujer; él no podía juzgarlos porque, por amor a Pilar, fue capaz de cometer los pecados más condenables y arrastrarla a ella en esas bajas pasiones que estuvieron a punto de volverlos locos.

Se rindió. ¿Qué podía hacer? No era asunto suyo, y además comprendió a Villanueva; se identificó con él.

Sólo esperaba no tener que enfrentarse a los padres de Leonor y confesarles que, estando alojada en su casa, ella se había entregado a un hombre bastante mayor, de distinto estrato social y además... mulato. No

era ni clasista ni racista, pero todo su entorno sí.

Además, tenía una hija; podía comprender cualquier reacción que tuvieran.

—Cuídela —fue lo último que le dijo antes de volverse y entrar en la finca, completamente derrotado.

Hugo Villanueva entró en la casa al borde de la desesperación. Necesitaba fundirse en Leonor para olvidar los fantasmas que Christopher Davies le había despertado.

No le había dicho nada que no supiera, pero escuchar la palabra *corromper* de la boca del prestigioso médico lo había dejado devastado.

Sabía que estaba haciendo algo condenable para el entorno en que vivían, pero confiaba en que el amor pudiese sortear cualquier obstáculo... Ojalá así fuera, porque, si no, estaría perdido sin ella.

Recorrió toda la planta superior y no la encontró. ¿Dónde estaría? ¿Habría logrado entrar con la llave que él dejaba bajo el felpudo? Cuando bajó y llegó a la cocina, confirmó que así había sido, pues un aroma delicioso lo envolvió.

Pero Leonor no estaba allí. Intrigado, miró por la ventana y la vio.

Estaba en el patio trasero, inclinada sobre unas azaleas. Vestía unos tejanos que evidentemente no eran suyos por lo grandes que le iban.

Hugo sonrió cuando notó que esos pantalones eran de él. Llevaba una blusa blanca atada bajo los senos y el vientre al aire, pues los tejanos se le caían a pesar de que los había amarrado con... una cinta métrica.

Por Dios... ¡Cuánta belleza, cuánto encanto concentrados en una mujer! Nunca había visto nada igual. Se quedó fascinado contemplándola por unos instantes, y luego salió.

En cuanto Leonor notó su presencia, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos. Se aferró a su cuerpo con las cuatro extremidades y lo besó una y otra vez. Las manos del comisario se cerraron sobre el pequeño trasero y así, con ella en brazos, entró en casa.

—Hola, hola, hola —repetía Leonor entre beso y beso. Parecía estar más que feliz de verlo y a él le pasaba igual.

—Hola, belleza.

—¿No huele delicioso? —preguntó de pronto la chica, con una enigmática sonrisa.

—Así es. Desde ayer no puedo sacarme de la nariz tu aroma exquisito. Enviciado me tienes... —respondió él, haciéndose el tonto.

Leonor se ruborizó un tanto al recordar las cosas que habían hecho el día anterior, y para ocultar su turbación lo que hizo fue desasirse y abrir la puerta del horno mientras decía:

—¡No es eso! He cocinado para ti... Mira.

Hugo se acercó y olfateó. Una fuente de macarrones con queso como para un batallón humeaba tentadora.

—Vaya... No sabía que cocinar estaba entre tus talentos, Leonor.

—Tú no sabes nada de mis talentos.

—Ya lo creo que sí.

Otra vez rubor y mejillas ardiendo...

—No, no tienes ni idea. Pero ya te contaré... Esto me lo ha enseñado tu vecina.

—¿Qué? ¿Te has presentado a los vecinos?

—Por supuesto. ¿Sabes que la de aquí al lado es la tía del doctor Davies? La he visto por encima de la valla y la he reconocido al instante.

—Miss Daisy Davies... La hermana de Roland Davies. ¿Qué ha dicho cuando te has presentado?

—Es una dama muy extraña. Se ha persignado tres veces como si yo fuese el demonio y luego se ha metido en la casa sin saludar.

«Joder, con la vieja loca. El demonio no es Leonor, sino yo... Y la estoy arrastrando al infierno...», pensó Hugo con amargura.

—Es algo... peculiar. ¿Has llegado a decirle algo?

—Le he dicho que era tu mujer...

Hugo se quedó de una pieza, pero Leonor no pareció notarlo y continuó hablando.

—... y cuando se marchó sin siquiera saludar, fui a ver a la otra vecina, que me pareció muy amable. Me ha enseñado a hacer este plato; me ha dicho que a ti te encantan los macarrones con queso.

—Así es. Veo que has conocido a Merche.

Leonor asintió.

—Un encanto de mujer. Me ha contado que trabajó en esta casa varios años, y que ahora suele prepararte tus platos preferidos cuando te

comportas bien.

La incomodidad comenzó a apoderarse de Hugo. Porque, mientras Leonor hablaba, por primera vez caía en la cuenta de que no sabían demasiado el uno del otro. Y también presentía que lo que Leonor tenía para contar era más agradable que lo suyo.

El pasado volvió a él y lo abrumó. Su pobre madre, fallecida años atrás..., una chica de alta sociedad como Leonor, seducida y abandonada por un cubano sin escrúpulos; su padre, al que jamás conoció. El estigma de ser un bastardo y, para colmo de males, mulato en un entorno racista y de moral victoriana.

Helena, que había sido una pelirroja vivaz hasta que su padre la dejó, se quedó sola; jamás se casó. Heredó algunas tierras y la casa donde vivía cuando sus padres, que la habían dejado a su suerte en el momento en que quedó encinta, fallecieron en un accidente de tren.

Con la renta de esos campos habían sobrevivido, no con holgura, pero tampoco les había faltado nada.

Pero cuando ella enfermó, todo se fue esfumando lentamente, igual que su frágil y triste vida.

Los demonios se volvieron a cernir sobre su alma, y sintió la necesidad de exorcizarlos. Por eso le contó a Leonor que era un bastardo.

Ella lo escuchó con el dolor reflejado en el rostro y, cuando Hugo terminó de hablar, la joven rompió en llanto.

—¿Por qué lloras? —preguntó, alarmado.

Leonor sacudió la cabeza, y luego se sentó en sus rodillas. Le besó una y otra vez la rapada cabeza.

—Por el niño que vive dentro de ti y ha sufrido tanto... ¡Oh, querido mío! Cuánto lo siento...

Hugo hundió la cara entre sus jóvenes pechos y suspiró.

—¿No te causa repulsión saber cuán sórdido es mi pasado?

Ella le tomó el rostro con ambas manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Escúchame bien: no me importa. No puede importarme menos tu origen; lo que me interesa de ti transcurre en el presente y es todo lo que necesito.

Pero él no había acabado. Había otra cosa que le quería decir y no se atrevía. Hasta ese momento había quedado sepultada en el olvido, pero al hacer una narración de toda la mierda de su vida anterior, salió a la luz.

—Hay más, Leonor. Hay algo más...

—Cuéntamelo.

Hugo dudó. Tenía miedo, mucho miedo. Hasta ahora ni su situación financiera, ni su triste infancia, ni el color de su piel parecían tener incidencia en los sentimientos de la muchacha, pero esto era otra cosa.

—Estoy casado.

Leonor inspiró profundamente, pero no se movió. Entonces él continuó, pues estaba decidido a sacarlo todo, a no guardarse nada.

—Cuando te dije que mi mujer me abandonó por mis faltas, no te mentí. Se fue a Buenos Aires y se llevó a mi hija. Jamás las volví a ver, pero tampoco tramité el divorcio. Si Aurora está viva, yo estoy casado, Leonor... —confesó finalmente.

El silencio pareció atravesarlo todo, incluso su corazón.

—¿Eso significa que...? ¿Eso significa que nosotros no podremos casarnos? —preguntó ella con un hilo de voz.

Hugo se separó y la miró, asombrado.

—¿Es que quieres casarte conmigo? ¿Estás loca? —No podía creer lo que ella le planteaba.

—Quiero.

Así de simple.

Él no sabía qué hacer ni qué decir. Esa niña hermosa, rubia como el sol, que podía tener a quien quisiera a sus pies, quería casarse con él. Increíble. Tenía que decirle que no era posible, que no quería condenarla a atarse a un hombre como él, pero no pudo. Sencillamente no pudo.

—Leonor, haré los trámites necesarios para casarme contigo —afirmó. Fue su corazón el que habló, y por fin se liberó de todas las cargas que lo atormentaban.

Ella le llenó el rostro de besos, y las palabras sobraron.

No fue el único que confesó ese día. También lo hizo Leonor más tarde; mucho más tarde...

Hicieron el amor, primero, y luego follaron.

Cuando la ternura dio paso a la pasión, no sólo las palabras sobraron: también lo hizo la ropa. La desvistió con prisa y la tomó allí mismo, en el suelo, sobre la alfombra, bajo la atenta mirada de *Patán* y *Secuaz*. Fue un acto instintivo, de descarga, de energía contenida y después liberada entre

jadeos y gritos de placer.

Cuando se hubieron saciado, él la llevó arriba y llenó la bañera. La aseó con esmero, intentando no perder el control y no poner perdido el baño por completo.

Lavó sus largos cabellos, y luego los enjuagó con una jarra de agua tibia. ¡Dios, era tan hermosa! Lujuria y pureza elevadas a la enésima potencia, concentradas en ella.

—¿Por qué antes te has puesto mi ropa? —preguntó ya en el dormitorio, mientras la secaba con una enorme toalla rosa que hacía juego con su sonrosada piel.

—Para sentirte cerca.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Hugo acariciándola entre las piernas con pasmosa lentitud.

Leonor se derritió entre sus dedos.

—Sí... —confesó con voz trémula. Pero se estaba volviendo una muchachita muy audaz, así que dejó caer la toalla al suelo y se tocó un seno, atrevida—. Y también cerca de aquí..., de mi corazón.

Hugo tomó la ofrenda y le hizo los honores hasta oírla gemir. Su boca recorrió las blancas cimas, y se deleitó mordisqueando los pezones, pequeños, duros, sensibles...

—Me moriría si tuviese que dejarte marchar —dijo él sin poder evitarlo.

—Eso nunca va a suceder —replicó Leonor, acariciando la amplia espalda—. Nunca.

El comisario Villanueva levantó la cabeza, y sus ojos brillaron peligrosamente cuando la miró.

—Me encargaré de eso —murmuró.

Se alejó de ella y salió. Regresó de inmediato, con las esposas abiertas, y le ordenó:

—Recuéstate.

Leonor obedeció, y su cuerpo se retorció inquieto cuando él le esposó una mano. Luego pasó la cadena por detrás de uno de los barrotes de la cama y le esposó la otra, para tenerla inmovilizada por completo, con los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué me harás? —susurró.

—No te oigo. Más fuerte, señorita Ávila.

—¿Qué harás... conmigo? —preguntó casi sin aliento.

Hugo sonrió y, al ver la perfecta blancura de sus dientes, ella suspiró.

—Te amaré, Leonor. Te adoraré con mis manos, con mi boca, hasta que digas que ya no puedes más. Quiero que me pidas que te haga mía, poseerte, dejar huellas en tu cuerpo y también en tu alma... Y luego quiero saberlo todo de ti, absolutamente todo —le dijo mientras la acariciaba.

La tocó, la besó... Recorrió todo el cuerpo de su chica con su lengua. Bebió desesperado la miel que rezumaba su sexo cuando con la boca le arrancó un orgasmo que la hizo gozar de tal forma que los barrotes de la cama vibraron ante la violenta sacudida del cuerpo de Leonor, que se retorció consumido de placer.

No esperó a que ella recuperara el aliento para pedírselo. La penetró en un solo embate, hasta el fondo. Se movieron juntos, sexo con sexo, boca con boca, hasta que él no pudo resistirlo más e intentó retirarse, pero ella no se lo permitió.

—Quédate —le rogó con voz ronca Leonor.

—No puedo...

—Hazme un hijo, por favor...

—¡No! —fue la terminante respuesta, pero el deseo pudo más y, sin querer, se encontró estallando dentro de ella con la vista nublada y el cuerpo convulso, estremecido por completo ante el inmenso goce de derramarse allí.

Joder, no había podido contenerse... Y de pronto recordó que a ella le había bajado la regla una semana atrás, y respiró más aliviado.

—Tramposa —la acusó, pero sus ojos sonreían.

—No me importaría que me dejaras embarazada.

—Leonor, eso no sucederá. Para empezar, eres demasiado joven y, para terminar, si tuvieses un niño, no podría darle mi apellido hasta haber regularizado mi situación. No quiero para un hijo mío la misma infancia que tuve yo —le dijo, pero no había ni un resquicio de amargura en su voz. Y se dio cuenta, asombrado, de que la mezcla de razas no era lo peor de la situación, como creyó al principio.

Ella entonces comprendió de dónde venían las reservas de Hugo.

—Pilar me dio... unos supositorios... para evitarlo.

—Los usaremos —respondió de inmediato, y con eso el tema se dio por zanjado, al menos por el momento.

Más tarde, él la liberó de las esposas y, mientras retozaban en la cama, le preguntó:

—¿Con qué sueñas, Leonor?

—Contigo —fue la rápida respuesta.

—Vamos, no juegues —le pidió, pero por dentro se regocijó al saberlo.

—Bueno... También sueño con ser actriz —confesó la chica.

Lo sintió tensarse de pronto, y eso la asustó. Se incorporó para mirarlo a los ojos y no le gustó nada lo que vio.

—¿Actriz? —preguntó él, serio.

—Pues... sí. ¿Recuerdas cuando representé a Julieta en el calabozo? Lo he hecho en el colegio, y también en la Escuela de Arte Dramático de Montevideo, durante todo el año pasado. Ahora entramos en vacaciones de verano, pero me gustaría...

El comisario Villanueva no podía disimular su inquietud. Se incorporó de golpe y le espetó sin mirarla:

—No me gusta. Nada bueno se obtiene de ese ambiente. —Luego se volvió a mirarla—. Leonor, cuando estuve alejado de la fuerza policial, fui guardaespaldas de una mujer del mundo del espectáculo, así que sé de lo que te hablo. Es un ambiente sórdido y lleno de...

—Prejuicios —completó ella, también incorporándose en la cama.

—¿Prejuicios?

—Prejuicios son los que tú tienes, pero ya te los quitaré a golpes.

—¿Que me los quitarás a qué? —preguntó Hugo, sin dar crédito a lo que oía.

—¡A golpes! —respondió ella, riendo, mientras le daba con la almohada una y otra vez.

Él respondió a la provocación inmovilizándola con su cuerpo, y Leonor claudicó. Se olvidó de lo prejuiciado que era, de lo autoritario, y de todo lo que no fuese ese pene enorme que le oprimía el vientre y hacía que su sexo traicionero se abriese como una flor.

Bajó al calabozo para encerrar a un borracho que había estado molestando en la calle y no pudo evitar recordar los primeros momentos junto a Leonor. Había pasado poco más de una semana de eso... No podía creer que, en tan poco tiempo, se hubiera gestado un amor como el que sentía.

Jamás le había pasado algo así en la vida; si antes de conocerla le hubiesen dicho que se enamoraría de esa forma, se hubiese reído a carcajadas. Había oído de amores a primera vista, pero esto iba más allá... Estaban viviendo como marido y mujer desde el día anterior, y lo estaba disfrutando al máximo, pero no podía dejar de hacerse preguntas.

Y la que más lo atormentaba era «¿hasta cuándo?». Porque en su fuero interno estaba seguro de que esa relación tenía fecha de caducidad, y no porque él lo quisiera así.

Es que Leonor era tan joven... A su edad, y con tan poca experiencia, era muy fácil confundir la pasión con el amor. Sabía que ella estaba seducida por completo, y no alcanzaba a comprender los motivos por los cuales la muchacha parecía prendada de cada centímetro de su piel. Pero eso era lujuria, no era amor.

Sacudió la cabeza y dejó al ebrio dormir la mona en el mismo camastro donde había descansado Leonor aquel fin de semana. Debía disfrutar el momento, y no seguir atormentándose de esa manera.

Tormento... Disfrute... Eso era ella. Ambas cosas y a veces al mismo tiempo. Desde que la había conocido, sentía que estaba en una montaña rusa, y sus emociones y deseos fuera de control eran más de lo que podía tolerar.

«Tengo que aprender a hacerlo, tengo que aprender a vivir con la incertidumbre, con el miedo, con la vulnerabilidad. Y prepararme para enfrentar lo que vendrá cuando esto se sepa, sobre todo para proteger a

Leonor del repudio de la gente...», se dijo preocupado. Sabía que las murmuraciones estarían a la orden del día y que su entorno no aceptaría la pareja por nada del mundo.

Y se preguntó si Leonor podría soportarlo.

No tenía idea de lo fuerte que ella era y de cuánto lo amaba. Al contrario que él, la chica estaba llena de certezas, algunas producto de su edad y su inmadurez, pero otras, las más importantes, tenían que ver con la sensación de que Hugo Villanueva era el hombre de su vida.

Lejos de los miedos del policía, ella estaba más preocupada por saber cómo haría para soportar las mariposas en el estómago que se agitaban constantemente cuando estaba a su lado y cuando pensaba en él. Eran tan intensas sus emociones que temía volverse loca, pero estaba dispuesta a pagar el precio que fuera por permanecer junto al comisario.

Si hubiese sabido que pronto tendría que poner a prueba su amor por él, sacrificando sus sueños y su dignidad, se hubiese sentido perdida.

Todo comenzó cuando, esa misma mañana, Hugo la acompañó hasta la estación del ferrocarril. Leonor quería ir a Montevideo para despedirse de sus padres, que partían al día siguiente hacia España.

Él estaba bastante preocupado, sobre todo porque seguramente ella iba a encontrarse con su exnovio y temía que... No sabía a qué le temía, pero lo cierto es que su inquietud iba en aumento a medida que pasaban los minutos, mientras esperaban a que saliera el tren.

Era un viaje relativamente corto; no más de cuarenta minutos separaban el pueblo de Melilla de la capital, pero a ellos se les antojaba mayor, más que nada por el tiempo en que estarían separados, que siempre les parecía demasiado.

«Qué tontería. Leonor regresará esta noche, y yo debo acostumbrarme a vivir unas horas sin ella, pues, si no, ni siquiera podré cumplir con mis deberes en la comisaría», se recriminó. Pero el sabor amargo en la garganta no desaparecía.

Cuando anunciaron que el tren estaba a punto de partir, la joven se colgó del cuello de Hugo y le buscó la boca, pero él la apartó cogiéndola de ambos brazos. Miró a su alrededor con el ceño fruncido, para comprobar si alguien los había visto.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, confundida.

—Nada. Es que... Mira, no es correcto que hagamos esto en público. La gente...

—Me importa un comino la gente —replicó Leonor, terca.

Hugo la miró a través de sus Ray-Ban Aviator y suspiró.

—Pues tendría que importarte, entre otras cosas porque el comisario del pueblo debe imponer respeto, y difícilmente podré hacerlo si mi mujer me provoca a la vista de... ¿Por qué sonríes así? —preguntó al ver la expresión de ella.

—Has dicho «mi mujer» —respondió regocijada.

Era cierto, y eso lo dejó aún más nervioso que antes. Si la consideraba suya, ¿cómo haría para vivir sin ella cuando todo llegara a su fin? No quería pensarlo y tampoco deseaba seguir esa conversación.

—Mira, eres la única que no ha subido y el tren partirá sin ti. Vete ya, y dejemos esto para luego. Porque... volverás esta misma tarde, ¿no? —preguntó y al instante se arrepintió, pues su voz había sonado más preocupada de lo que debería.

—¿Te queda alguna duda, comisario? —respondió con otra pregunta, haciendo un gracioso mohín. Después le dio un rápido beso en los labios y, para evitar sus protestas, se marchó corriendo y subió al tren.

Hugo se quedó en la estación, excitado y ansioso. Y se encontró deseando fervientemente que las horas pasaran rápido para que Leonor regresara a casa y no se volviera a marchar jamás.

El trayecto desde la estación del ferrocarril hasta la casa de Hugo era muy corto y, cinco minutos después de haber llegado, Leonor ya estaba allí.

Había regresado antes de lo planificado; estaba tan entusiasmada por lo que tenía que contar que no esperó al último tren, tal como estaba previsto, y cogió el penúltimo. Entró como una tromba por la puerta trasera, y subió la escalera corriendo.

Al comisario la espera se le había hecho eterna, y también había regresado antes de lo habitual, pues no se podía concentrar en el trabajo.

Estaba tomando una ducha, por lo que sólo se enteró de que Leonor había llegado a casa cuando ella irrumpió en el baño, agitada. Él se llevó un susto de muerte, pero su pene no, porque de inmediato acusó recibo de su presencia con una turgencia sorprendente.

—Estás aquí... —murmuró, sonriendo.

—Estoy aquí —asintió Leonor y, así como estaba, entró al plato de la ducha y se pegó al cuerpo enjabonado de Hugo. Estaba hambrienta de él.

Alzó la cabeza y le ofreció la boca, ansiosa de sus besos, y los obtuvo. ¡Vaya si los obtuvo!

Villanueva le comió la boca con desesperación, mientras sus manos se cerraban en las pequeñas nalgas, por encima de la ropa empapada.

Cuando se separaron para respirar, ella preguntó:

—¿Me has echado de menos? Porque yo sí lo he hecho.

Era verlo y olvidarse de todo, incluso de la buena noticia que se moría por contarle. En ese momento lo único que le interesaba era su amor.

—No imaginas cuánto —respondió él, mientras le quitaba el vestido por la cabeza, y luego se deshacía de la ropa interior. Los zapatos quedaron arruinados por completo, pero no les importó.

Cuando la tuvo desnuda, la elevó contra la pared y la penetró. Con las piernas en torno a la cintura de su hombre, Leonor gemía como una gata. Casi la estaba partiendo en dos con cada embestida, mientras la besaba como si no existiera un mañana.

—Eres maravillosa y lo sabes —jadeó él sobre su boca—. Tienes una boca deliciosa, y tu coño me vuelve loco.

Enardecida por sus palabras, Leonor se corrió entre sollozos de liberación; cuando él aflojó el abrazo y le permitió descender, ella cerró el grifo y se hincó a sus pies.

Hugo observó fascinado cómo esa adolescente con cara de muñeca le lamía los testículos y después se llevaba el pene a la boca. No podía creer lo que veía... No es que nunca se lo hubiesen hecho, pero ese tipo de prácticas se reservaban para los burdeles. No lo había hecho con su esposa y, si bien había logrado que sus amantes lo lamieran con cierta desgana, jamás había visto en ellas verdaderos deseos. Al menos no como los que se adivinaban en la muchacha que, arrodillada, lo adoraba con su boca en ese instante.

Y cuando ella levantó la vista, entendió que, si no era con Leonor, no sería con nadie. Era algo tan fuerte lo que le provocaba que hubo de coger el grifo para no caer, pues sus piernas ya no lo sostenían.

Perdió el control y también la cordura. Con ambas manos, le cogió la cabeza y la obligó a moverse a su ritmo. Y cuando ya no pudo más, eyaculó gritando como un desquiciado, en el fondo de su garganta.

Momentos después, mientras se vestían, sus miradas se encontraron y se sonrieron algo avergonzados, pero infinitamente dichosos.

—Eres una chica muy mala. Y yo que temía estar llevándote por el mal camino... —bromeó él—. Ahora que estás más... calmada, ¿podrías decirme cómo te ha ido con tus padres?

Ella sonrió.

—¿Por qué no me preguntas lo que realmente quieres saber?

—¿Y qué se supone que es?

—Si me he despedido de Felipe.

Joder, qué lista era. Demasiado despierta para su gusto.

—¿Lo has hecho? —planteó, ya sin disimular su verdadero interés.

—No, había salido. Sospecho que en busca de más cannabis... En fin, no lo he visto y ya no lo veré, pues mañana el *María Elena* parte pasado el mediodía.

Era un gran alivio para Hugo, ya que deseaba poner mucho más que un océano entre ese chico y Leonor. Descubrirse celoso lo hizo sentir demasiado vulnerable.

—¿Les has contado a tus padres lo nuestro?

—No lo he hecho. Tuve miedo, pues quizá mi padre hubiese decidido no marcharse todavía y nos hubiera puesto las cosas difíciles... Lo quiero mucho y lo echaré de menos, pero más te quiero a ti, comisario —respondió ella, y el corazón de Hugo se aceleró.

—Espero que no te arrepientas algún día —le dijo, acariciando el rostro de la joven con ternura.

—Eso no sucederá. Tengo todo lo que quiero aquí en Melilla... Bueno, casi todo. ¡Tengo algo que anunciarte! —le anunció, feliz. Ahora sí estaba lista para explicarle aquello que la llenaba de alegría.

—Pareces feliz... A ver, cuéntame —pidió él con una sonrisa.

—Bueno, resulta que no sólo vi a mi familia esta tarde. También fui a la Escuela de Arte Dramático y... ¿adivinas qué? No, no podrás, así que te lo diré: están dispuestos a darme una beca para que siga estudiando actuación. Claro que tendré que viajar todos los días, pero...

—Aguarda, aguarda... No te estoy entendiendo... ¿Una beca, dices? ¿Viajar todos los días? —preguntó, entre asombrado y confuso—. Explícamelo despacio, porque creo que estás demasiado exaltada.

—¿No lo entiendes? ¡Este año representarán *Carmen*, de Bizet! Tengo grandes posibilidades de quedarme con ese papel y creo que por eso me han ofrecido la beca, comisario. Tendré que ir tres tardes a la semana a la Escuela, pero ya he pensado que me pagaré el tren con el dinero que Pilar

me dará por cuidar a Ana durante las mañanas... ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? —preguntó ella de pronto al ver que el rostro de Villanueva se había ido transfigurando con cada palabra de ella.

Estaba enfadado, se le notaba. Más que enfadado, estaba furioso. Por unos momentos permaneció en silencio, con los puños apretados igual que la cuadrada mandíbula.

—Lo siento, pero no me parece que debas hacerlo. Ya te he dicho que no estoy de acuerdo con que te veas inmersa en ese mundillo tan sórdido, Leonor. Ayer mismo te lo comenté, pero al parecer tú no escuchas —soltó finalmente, sin intentar disimular su estado de ánimo.

Estaba loco por ella, y podía tolerar cualquier cosa menos eso. No eran celos. Bueno, sí lo eran... Pero también quería protegerla de lo que él consideraba un ambiente nocivo para Leonor.

—Te escuché perfectamente y, si mal no recuerdo, también te dije que eso era un estúpido prejuicio.

—Prejuiciado o no, no quiero que estudies Arte Dramático, ni que te vuelvas frívola y tonta como...

—¡Hugo! Eso no sucederá. Estamos hablando de mi vocación, no de un pasatiempo. ¡No puedes pedirme que desaproveche esta oportunidad! —exclamó la muchacha, comenzando a desesperarse.

—No te lo estoy pidiendo, Leonor. Te lo estoy exigiendo. No necesitas eso, preciosa. —Intentó suavizar su tono, pues se daba cuenta de que ella estaba tan irritada como él y no quería discutir más. Lo único que deseaba era que Leonor se olvidara de esa tontería de ser actriz.

—¿Qué quieres decir?

—Que es inútil que intentes convencerme. Vamos, Leonor, olvídalo. Pronto madurarás y te darás cuenta de que...

—¡No! No puedes pedirme eso. Por favor, Hugo. No te costará ni un centavo, ya te he dicho que es una beca, y que Pilar me ha ofrecido... —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—¡Basta! No tienes que trabajar para los Davies, ¿entiendes? Y si quieres seguir con tu supuesta vocación, en la parroquia del pueblo representan cada Nochebuena el nacimiento de Cristo. Siempre podrás...

—¿Ser la Virgen María? Lamento decirte que difícilmente podría cumplir con ese rol, y tú lo sabes bien, comisario Villanueva. Dios mío, no puedo creer que estemos discutiendo por esto. Voy a hacerlo, lo quieras o no —lo desafió.

Pero la respuesta de él no sólo no fue la que esperaba, sino que la dejó helada, temblando de pies a cabeza.

—Entonces, olvídate de mí.

Eso fue todo. Leonor se quedó mirando la pared mientras él bajaba la escalera como si lo persiguiera el demonio. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas de forma incontrolable, pero no quería darse por vencida. De alguna manera sabía que, si le permitía ganar esa batalla, Hugo Villanueva se complacería ejerciendo su autoridad sobre ella cada vez que se le presentara la oportunidad. No quería darle tanto poder... No a costa de su dignidad.

Bajó la escalera tras él y lo enfrentó en la cocina.

—¡No puedes hacerme esto! ¿Quieres manejarme como si fuese un títere? ¡Pues no te lo permitiré! Si me amas... —Se interrumpió de pronto cuando cayó en la cuenta de que él jamás le había dicho que la amaba. Le había confesado estar enamorado, pero nunca había escuchado un «te amo» de esos labios.

—En esto no tiene nada que ver el amor. Te hablo con la voz de la experiencia, Leonor, y algún día me lo agradecerás —fue la helada réplica de él.

Pero ella ya no escuchaba. Un frío inmenso envolvió su alma cuando se dio cuenta de que él la deseaba, y que disfrutaba dominándola, pero tal vez no la amaba... Al menos no tanto como ella lo amaba a él.

Se sintió herida. Su orgullo tomó la palabra y también el control.

—¡Eres un bruto, un machista! ¿Y sabes qué? Si no cambias, te quedarás solo como un perro de la calle —le espetó con los brazos en jarra, furiosa. Se había limpiado las lágrimas con el dorso de la mano, y lo enfrentaba abiertamente.

Por un momento la tensión se hizo evidente. El aire era tan denso que se podía cortar con un cuchillo.

—Pues si eso sucede, ya estoy acostumbrado. He estado solo hasta hace diez días, y he sobrevivido —replicó, mordaz.

La furia cegaba a Leonor y le impedía pensar con claridad.

—Me parece muy bien, porque eso es lo que pasará.

Y luego se dio la vuelta y corrió escalera arriba en busca de su maleta.

Lloró hasta que ya no le quedaron lágrimas, primero en el hombro de Pilar y, después, abrazada a su almohada.

No podía creer que todo hubiese terminado así, y mucho menos cuando acababa de comenzar. ¿Por qué Hugo tenía que ser tan machista, tan autoritario?

Había pisoteado sus sueños sin contemplaciones, y la había puesto entre la espada y la pared. Aquello había sido demasiado duro y ahora Leonor estaba segura de que él no la amaba, sino que sólo quería poseerla, aun a costa de mancillar su dignidad y su orgullo de mujer. ¡Ni siquiera le había dado la oportunidad de probar que su talento bien merecía el esfuerzo de aceptar eso que le costaba tanto digerir!

Era un hombre con una actitud prejuiciosa y dominante, y el mal momento que le estaba haciendo pasar no se lo perdonaría jamás, pero... ¡cuánto lo amaba!

Si hubiese intentado convencerla en buenos términos, y no la hubiese tratado como si él fuese el amo y ella la esclava, tal vez en ese instante estarían haciendo el amor salvajemente y no sufriendo así... Porque estaba segura de que estaba sufriendo tanto como ella, y eso le parecía muy bien, pues se lo merecía.

¡Había sido tan cruel! La discusión en la cocina no había sido nada comparado con lo que había sucedido en la planta superior.

Leonor había subido como una tromba y había cogido sus documentos, las fotos de sus padres y una muda de ropa. Lo había metido todo en la maleta, temblando de furia pero con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando estaba terminando de cerrarla, él había entrado al dormitorio. Su gesto adusto, su dura mirada, no presagiaban nada bueno.

—¿Qué mierda haces? —le había preguntado.

—Ya lo estás viendo: recojo mis cosas —había respondido Leonor, sin mirarlo.

—¿Por qué?

¿Cómo podía tener el descaro de preguntarle por qué? No había podido evitar enfrentar su mirada y responderle con furia apenas disimulada.

—Tú ya sabes por qué.

Hugo había permanecido en silencio unos instantes, pero luego había contraatacado.

—Entonces es cierto... Prefieres hacer el ridículo sobre un escenario antes que a mí. No te importa lo que yo temo, haces oídos sordos a mis advertencias de que no te conviene...

—¡Cállate ya! —había exclamado ella, incapaz de seguir escuchando una sola palabra, pues todas eran injustificadas y también injustas.

—Eres una niña... Eso lo sabía, pero no tenía idea de que también eres una cabecita hueca —la había acusado, seco.

—¡Cabecita hueca! ¿Cabecita hueca me has llamado? —había preguntado, incrédula, aun sabiendo que no había lugar para la duda—. Yo seré una cabecita hueca, pero tú eres un machista recalcitrante y, además de todo, egoísta y cruel.

—¡Y tú demasiado terca! No tienes ni idea de los peligros que te acechan en ese ambiente, Leonor. ¡Yo debo velar por ti y por tu seguridad, joder! No quiero que entres en la sordidez de la vida nocturna, donde hay juerga y alcohol, y lobos hambrientos en busca del tierno bocado que representas...

—¡Vaya! Igual que tú, comisario —le había soltado, pero de inmediato se había arrepentido, pues vio que tragaba saliva, incómodo. Le había dado donde más le dolía, en sus sentimientos de culpa, y él acusó recibo.

—Tienes razón... Igual que yo —había murmurado, encogiéndose de hombros—. Mira, puedes hacer lo que te venga en gana, pero sabes que no apruebo tu inclinación a las tablas, así que tendrás que elegir qué es importante para ti y qué no lo es, ¿de acuerdo? Deja de portarte como una tonta y escucha a los que tenemos más experiencia, Leonor. Créeme que no te conviene abrir esa puerta.

Ella había inspirado profundamente y luego le había dicho con voz

dura:

—Prefiero cometer mis propios errores. Espero que la persona que esté a mi lado considere que es importante que cumpla mis sueños. Deseo que, al menos una vez en la vida, se respeten mis decisiones... Pero se ve que eso es demasiado para ti, así que me marcharé y te dejaré en paz —le había espetado con dureza.

Hugo había estado a punto de perder la razón, pero no iba a claudicar.

—¡Pues vete! ¡Hazlo ya! —Y después había ido al armario y había comenzado a coger las perchas con los vestidos de Leonor que apenas había terminado de colgar el día anterior—. Aquí tienes, llévate todos estos trapos y ve a lucirlos ante tus compañeros de repertorio en la ciudad, para que aúllen...

Leonor había estado a punto de llorar. Había sentido que se iba a morir de la tristeza, así que había ignorado las prendas que él había lanzado sobre la cama y le había espetado, mordaz:

—Quédatelos. Tal vez le sirvan a la puta que traerás para que cumpla tus órdenes y haga tu voluntad, no la suya.

Al parecer, él no se había esperado algo así, pero se había repuesto de inmediato.

—Es posible que sólo pagando pueda tener a una mujer que quiera complacerme, porque es seguro que por amor jamás lo lograré.

Ella se había quedado mirándolo, incapaz de decir nada. Las lágrimas habían comenzado a rodar por sus mejillas, una tras otra, y luego ya no había podido soportarlo más. Había cogido la maleta y había bajado la escalera, con Hugo pisándole los talones.

Estaba desesperado. Las cosas estaban empeorando minuto a minuto y la situación se le estaba yendo de las manos.

Había tomado ese enfrentamiento como un duelo, como un pulso para ver quién tenía más fuerza, quién era el que dominaba la situación, pero en ese momento se sentía una verdadera mierda. Toda la discusión se le tornó de pronto estúpida y sin sentido. ¿Por qué había tensado la cuerda una y otra vez?

Se había portado como un estúpido y ahora tenía que pagar las consecuencias. Iba a perder a Leonor... Tomar conciencia de eso había sido como un golpe en el estómago que lo había dejado sin aire.

No podía permitirlo. No se imaginaba esa casa sin ella, su vida sin ella...

Pero cuando había salido, se había parado en seco.

En la acera, Leonor hablaba con el padre de Christopher mientras intentaba disimular el temblor de sus labios.

—¡Mister Davies! Qué... extraño encontrarle... —le había oído decir.

—Mi hermana vive en esa casa. He venido a verla, pero ya me marchó... ¿Y tú qué haces aquí, niña?

Ella se había encogido de hombros.

—Nada. No tengo nada que hacer aquí... —había murmurado la joven con tristeza—. Mister Davies, me pregunto si no querrá ir a visitar a sus nietos y de paso dejarme en «La Tentación»... —le había pedido con los ojos llenos de lágrimas, intentando no mirar a Hugo, que permanecía clavado en la puerta sin decir palabra.

—Hazlo, Roland —había intervenido Miss Daisy, que hasta ese momento lo había observado todo con una notoria expresión de desagrado. Era más bien una orden que una sugerencia, y eso resultó más que obvio para todos.

Mister Davies la invitó a subir a su coche con un gesto, y en segundos Leonor se alejó de la casa del comisario sin siquiera darse la vuelta para verlo.

Con los puños apretados, él había sido incapaz de moverse.

—Dios no quiere cosas sucias... —oyó decir a su anciana vecina, como en sueños—. Y, por suerte para todos, siempre pone orden donde reina el caos y perdona nuestros pecados, hasta los más graves, como la lujuria, comisario. Claro que es necesario arrepentirse y...

Hugo siempre había respetado a su vecina, pero ya no pudo soportarlo más, e hizo lo que nunca antes: dejó a Miss Daisy con la palabra en la boca y se metió en la casa.

Esa noche, para él fue el mismísimo infierno.

Pasó hora tras hora dando vueltas en la cama pensando en Leonor. Y cuando ya había comenzado a clarear, tomó la decisión de despojarse de sus convicciones y prejuicios, tragarse su orgullo e ir a buscarla. Estaba dispuesto a todo por recuperarla, incluso..., incluso a aceptar sus decisiones, y a ayudarla a cumplir sus metas.

Sólo después de haber tomado esa decisión, por fin pudo conciliar el sueño.

Leonor también pasó una noche de perros.

No sólo su cuerpo clamaba por Hugo, sino también su corazón. Lo odiaba por haberle hecho daño, pero lo echaba tanto de menos...

A medida que pasaban las horas, su angustia crecía. Y con ella también aumentaba la sensación de haber cometido un error.

Tal vez, si se hubiese mostrado menos combativa, habría podido convencerlo de que le permitiese tomar las clases, al menos.

¿Cómo haría para vivir sin él? Estaba segura de que hacer lo que le gustaba no podría compensar la ausencia de Hugo. Pero por otro lado sentía que, si le daba el gusto en eso, estaría a su merced para siempre. Y de pronto esa perspectiva no le pareció tan... terrible.

Disfrutaba mucho estando a su merced, esposada y vulnerable, completamente sometida a sus deseos...

Pero esto era otra cosa. Aquí lo que estaba en juego eran su dignidad y sus sueños, y él los había ignorado por completo. ¿Eso era amor? ¿Hugo realmente la amaba?

Entonces se dio cuenta de que la fuente de su enojo, el origen de su angustia, era ése: carecer de la certeza de que él la quisiera como ella lo amaba.

Se preguntó si Hugo era consciente de la dimensión de su amor... Leonor se lo había dicho, pero siempre había tenido la impresión de que no la creía.

Y además jamás le había correspondido, o al menos no lo había hecho con palabras...

¡Oh, Dios! Si seguía sufriendo de esa forma iba a enfermar. Era consciente de que la situación era muy difícil. Tal como ella lo veía, con Hugo era cuestión de todo o nada.

¿Su prometedora carrera en los escenarios a costa de sacrificar su corazón? ¿O el hombre de su vida, renunciando a sus sueños de ser actriz?

Amanecía en Melilla cuando Leonor tomó la decisión que, estaba segura, marcaría su destino. Y antes de que dieran las ocho, la joven ya iba en un tren con destino a la capital.

Mientras ella viajaba, Villanueva dormía, rendido por el cansancio después de una noche en vela.

Despertó pasadas las diez, con un dolor de cabeza atroz y la sensación de no haber descansado nada. Se duchó, tomó un café con dos aspirinas y se marchó con prisa a buscar a Leonor.

La comisaría le quedaba de paso, así que decidió pasar por allí para avisar de que se ausentaría todo el día. Porque estaba seguro de que, cuando recogiera a la muchacha y la llevara consigo, no iban a salir de la cama durante horas.

Bajó del coche patrulla y saludó a la verdulera con una inclinación de cabeza.

—Comisario, ya casi nunca se lo ve por aquí —le dijo, sonriendo, la insidiosa mujer—. Ande, coja una manzana, que yo invito. Eso sí, no espere que sepa a chocolate...

Él la miró por encima de sus gafas de sol, y la señora bajó la vista.

Estaba harto de ese pueblo del demonio. Harto de sus chismosos y moralistas habitantes. De las ancianas *visilleras*, del trabajo rutinario de la comisaría... Harto de todo menos de Leonor.

Ella era la nota de color en su vida gris, la alegría, la pasión. Y la había dejado marchar...

Ya no podía esperar más. Volvió a meterse en el coche patrulla para ir a por ella, pero no pudo hacerlo porque el oficial Luna lo detuvo.

—¡Comisario! ¡Espera, tengo algo que decirte!

Hugo bajó el cristal de mala gana.

—Me lo dices después, que llevo prisa —replicó.

—Esto no puede esperar. Te han llamado de la jefatura hace unos minutos. Quieren que te presentes cuanto antes.

—¿No te han dicho para qué?

—No, pero...

—¿Pero?

—Sospecho que tiene que ver con tu... vida personal, comisario.

Vaya... Las noticias sí que volaban.

Bien, podía manejarlo. Leonor era una prioridad en su vida, y si tenía que dejar el maldito cuerpo por ella, lo haría sin pensarlo dos veces. Ya encontraría algo... Quizá podría ser el guardaespaldas de su mujer, que algún día llegaría a ser una exitosa actriz; para su sorpresa, esa perspectiva le hizo sonreír.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Luna, intrigado.

—De nada. Gracias por avisar; iré mañana a Montevideo. Ahora tengo algo que hacer y me llevará todo el día, así que...

—¿Mañana? El *gran jefe* en persona te ha llamado, y tú quieres dejarlo para mañana...

—Así es. Quedas a cargo, Luna —fue lo último que le dijo antes de marcharse, dejando al oficial preocupado y perplejo.

—El comisario está un poco loco, ¿no? —intervino la verdulera moviendo la cabeza.

«Loco de amor», pensó Luna. Y después entró en la comisaría sonriendo.

Momentos después, Hugo Villanueva estacionaba el coche frente a «La Tentación». En el jardín, la hija de los Davies jugaba con un pequeño cochecito de bebé y una muñeca. Se la veía hermosa y vivaz.

—Hola, pequeña —le dijo suavemente para no sobresaltarla.

Ana se volvió y lo observó un momento.

—Hola. Papi me ha dicho que no hablara con extraños, pero... ¡a ti te conozco! Tú eres de los buenos, ¿verdad? —preguntó ella con la candidez característica de sus cuatro años.

—Así es. Todos los policías lo somos... ¿Me harías el favor de ir a buscar a tu tía Leonor? —le pidió sin más preámbulos, pues no soportaba un segundo más sin verla.

—No es mi tía, es mi *maína*. Y ella no está... Ya no vivirá con nosotros —le anunció la cría, haciendo un pucherito.

A Hugo le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo que Leonor ya no...? Tragó saliva, nervioso. Necesitaba que alguien le aclarara dónde estaba para ir a buscarla de inmediato.

—¿Podrías llamar a tu mamá? Dile que el comisario quiere hablar con ella, por favor.

—Mamá no está. Fue a llevar a *maína* a la estación hace mucho rato... Me ha dicho que, cuando regrese, me traerá algodón de azúcar del pueblo. ¿A ti te gusta el algodón de azúcar? A mí me gusta porque es rosa, y el rosa es mi color pre...

—¿A la estación? —interrumpió Hugo, alarmado—. ¿A la estación has dicho? ¿Leonor iba a viajar en ferrocarril? —preguntó, ansioso, olvidándose de que estaba hablando con una niña pequeña.

—No, señor. *Maína* iba a viajar en tren —respondió Ana, inocente—. Y luego el tren la llevará al barco grande...

Hugo tragó saliva. Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral, y hubo de apoyarse en la verja para no caer.

«La estoy perdiendo. ¡Demonios, la estoy perdiendo! Hoy parte el buque y ella... ¡Mierda, no puedo creerlo!», se dijo, desesperado.

Ni siquiera se molestó en despedirse de la pequeña. Como si lo persiguiera el diablo, subió al coche patrulla, mientras rogaba por no llegar demasiado tarde.

Leonor salió de la Escuela de Arte Dramático con un nudo en la garganta, pero convencida de que había tomado la decisión correcta.

Siempre había sabido que habría momentos en la vida en los que elegir sería imprescindible, y que de eso dependería su futuro. Bueno, había llegado esa hora, y había seguido el camino que le marcaba su corazón.

Era consciente de lo mucho que perdía, pero lo que iba a ganar sería más importante. Siempre había deseado algo así, y ahora que lo había conseguido sabía que no podría renunciar a ello por nada del mundo.

Suspiró, resignada y feliz a la vez. Y luego sonrió al darse cuenta de que se había convertido en una maraña de contradicciones.

Miró su reloj y vio que eran más de las doce. Si no se daba prisa, el barco partiría. Cogió un taxi y en pocos minutos llegó al puerto de Montevideo.

Era un día bastante gris, y la bruma que rodeaba la zona costera le hizo recordar el día que llegó junto a Pilar a esa ciudad desconocida, en un país que se le antojó tan distante del suyo como la luna.

Habían pasado ya cinco años, y ese lugar se había transformado en su casa. ¿Podría regresar a España después de tanto tiempo? No lo sabía. Nunca se había preguntado qué era lo que tenía más influencia sobre ella, si las alas o las raíces.

—Leonor...

Una voz conocida a su espalda le hizo volverse.

—Hola, Felipe.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a despedirte de tus padres? Tendrás que esperar unos minutos, porque están registrándose en este momento — le anunció el joven con una sonrisa.

—No. Eso ya lo hice ayer. En realidad he venido a otra cosa... — confesó.

—¿A qué? —preguntó Felipe, intrigado.

—A despedirme de ti, Felipe.

—¿De mí?

—Así es. De ti, y también de la Leonor que un día fui. Hoy comienza una nueva etapa en mi vida, y no quería dejar cabos sueltos de mi pasado. Felipe, has sido un buen amigo, y eres una persona muy especial. Eres alegre, divertido... Pero tengo que decirte que, si sigues consumiendo esas porquerías, te perderás sin remedio —sentenció con voz grave.

—Leonor...

—Te lo digo en serio, y me siento una vieja por hablarte de esta forma, pero me gustaría que me prometieras que dejarás de fumar marihuana... ¡La vida es tan bella! No es necesario que la veas a través del humo de una sustancia que seguro que te hace más mal que bien. No te arruines, Felipe. Prométeme que no lo harás, por favor... —le pidió.

El chico estaba profundamente conmovido. La vio tan madura que sintió que era otra persona, y se encontró preguntándose si había hecho bien en dejarla ir tan fácilmente. La observó en silencio unos instantes y después concluyó que Leonor era demasiado mujer para él.

Pero sabía que ella tenía razón en todo lo que le había dicho, así que la cogió de las manos y la miró a los ojos.

—Te lo prometo, Leonor —murmuró sin soltarla y, al ver que ella sonreía, él también lo hizo.

Y ésa fue la imagen que vio Hugo Villanueva desde el coche patrulla, cuando llegó al puerto de Montevideo en busca de Leonor.

Con la frente apoyada en el volante, y los ojos cerrados, Hugo intentaba sin éxito recobrar la compostura.

Lo que había visto momentos antes en el puerto le parecía parte de una pesadilla. Leonor y el estúpido vicioso de su exnovio cogidos de la mano, sonrientes, dichosos...

Eso era más de lo que podía soportar. Por un instante la furia se apoderó de él, y estuvo a punto de bajar y partirle la cara a ese idiota y luego coger a Leonor en brazos y llevársela consigo. Se le cruzó por la mente que, si se resistía a acompañarlo por las buenas, podría esposarla.

Por fortuna primó la cordura... ¿o fue más bien la más completa desazón? Lo cierto es que, con los ojos llenos de lágrimas, se alejó de allí a toda velocidad. Y cuando se dio cuenta de que podía causar un desgraciado incidente conduciendo como un loco, tuvo el buen tino de detenerse y llorar su dolor.

Porque eso hizo Hugo Villanueva; lloró por haber perdido a Leonor, la mujer que más había amado en la vida... Ya nunca más la vería vestida con sus tejanos arreglando el jardín, o sentada en la encimera de la cocina. Jamás volvería a hacerle el amor, ni sentiría su boca recorrerle el cuerpo como si no pudiese saciarse de su piel. No la oiría reír, ni la vería enfadada...

Nada... Su tregua había llegado al final y lo peor de todo era que él era el culpable de... ¿O no? ¿Quizá Leonor había estado todo el tiempo jugando a dos bandas? ¿Era posible que hubiese aprovechado su estúpida discusión como excusa para marcharse a España?

¡Maldita fuera! La furia, de nuevo la furia.

No sabía qué hacer... Era como si hubiese perdido el rumbo, y el dolor le atenazó el corazón.

Estuvo así media hora, sufriendo en silencio en ese oscuro callejón de la Ciudad Vieja. Cuando la resignación comenzó a apoderarse de él, puso el vehículo en marcha y se alejó de allí.

Sabía que sin Leonor nada tendría sentido, pero debía seguir adelante de alguna forma. Retomar el timón de su vida, volver a cumplir con su trabajo como correspondía... Lo haría, seguramente lo haría.

Pero estaba seguro de que el amor y la pasión ya no existirían para él, pues en ese momento atravesaban el océano rumbo a España, junto a Leonor Ávila.

Cuando llegó a la jefatura de policía de Montevideo, sonrió tristemente. Si el *gran jefe* pensaba reprobar su conducta debido a su desliz con la joven, lo enviaría al demonio.

No estaba de humor para nada; mucho menos para hablar de ella. Y además no iba a permitir que nadie interviniese en su vida.

Entró malhumorado, irritado, desafiante, hastiado, pero se llevó una gran sorpresa. Que le ofrecieran la dirección de la División de Narcóticos le pareció, al principio, una broma... Lo primero que hizo fue preguntar por qué.

—Villanueva, creemos que ha cumplido su ciclo en la comisaría de

Melilla. Y también ha pagado con creces sus errores del pasado...

Hugo frunció el ceño y movió la cabeza, extrañado.

—Señor, discúlpeme, pero creo que hay algo que me está ocultando.

El superior se puso de pie y le dio la espalda al tiempo que se acercaba a la ventana.

—No sé por qué dice eso. Lo que le he comentado es cierto, y además el oficial Luna se merece un ascenso, así que él quedará a cargo de la comisaría de...

—No me cabe la menor duda de que Luna se merece esa promoción, pero sí dudo sobre este repentino ofrecimiento.

—¿Duda en aceptar?

—No es eso. Mi duda radica en la pregunta original: «¿por qué?». Señor, dígame la verdad... ¿Esto tiene que ver con mi vida personal? — planteó sin rodeos.

El mayor Lemos se dio la vuelta y lo miró con severidad.

—No se rinde nunca, ¿no es cierto?

—Se equivoca. Me rindo, pero sólo ante la evidencia. Y aquí no hay nada que explique por qué surge esta supuesta oportunidad justamente ahora —replicó.

Estaba harto de mentiras, necesitaba la verdad.

—¿Sabe que quiero mucho a mi madrina, Villanueva?

Hugo se lo quedó mirando perplejo, y el mayor continuó.

—Es una anciana entrometida, clasista y a veces un poco tonta, pero aun así le tengo afecto. O respeto... Como sea, ella ejerce... cierto dominio sobre mí, ¿sabe usted? Cuando era niño me daba los mejores regalos en Navidad y por eso nunca he podido negarle nada...

—No entiendo... —comenzó a decir Hugo, pero Lemos, imperturbable, continuó con su diatriba:

—Como le decía, a mi madrina no le puedo decir que no. Ni siquiera cuando se trata de una petición sin sentido como la que me hizo anoche por teléfono. Se le ha metido en la cabeza que su vecino es un pervertido corruptor de niñas inocentes, y desea que lo aleje de ella y de su comunidad cristiana, apostólica y romana...

Un silencio profundo siguió a esa extraña declaración.

—Comprendo —murmuró Hugo con frialdad.

—Me alegro, Villanueva. Miss Daisy Davies puede ser muy persuasiva cuando se lo propone.

—Señor, yo no...

—Lo sé. Si yo sospechara siquiera que es verdad lo que mi madrina me ha contado, créame que no estaríamos aquí hablando usted y yo. Digamos que todo ha ido cuadrando para que usted deje de ser el comisario de Melilla, se mude a Montevideo y se haga cargo de la División de Narcóticos... Esto es una promoción para usted, y también beneficia al oficial Luna. Y, por supuesto, a mi querida madrina, que podrá descansar tranquila sabiendo que en la casa de al lado ya no se desarrollan actividades... pecaminosas —concluyó, guiñándole un ojo mientras se atusaba el poblado bigote.

—Vaya... —fue todo lo que pudo decir Hugo. No sabía si reír o llorar. Lo que le estaban planteando ya era un hecho consumado y parecía no admitir réplicas. Tal como estaban las cosas, parecía inútil aclararle que la «niña inocente» ya no viviría con él en «la casa de al lado», y que estaba condenado para siempre a la soledad, y a vivir atado a su recuerdo.

—Me alegro de que nos hayamos entendido, Villanueva. Vaya a su casa, organícelo todo y el próximo lunes lo esperamos por aquí. El cabo Rodríguez le va a entregar la llave del apartamento donde vivirá; queda a sólo unas manzanas de aquí.

—Gracias, señor —respondió Hugo, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

—Villanueva...

—¿Señor?

—El apartamento que le asignamos está acondicionado para que vivan dos personas... —le aclaró con una significativa mirada.

Pero eso no hizo más que echarle sal a la herida que parecía que no se cerraría jamás.

—Gracias, señor, pero no será necesario... —dijo con amargura, dejando al mayor Lemos bastante perplejo.

O su madrina estaba desvariando más que de costumbre, o el romance del comisario con la chiquilla española había llegado a su fin.

En cualquier caso, no era asunto suyo. Había cumplido con el pedido de Daisy Davies, y ahora podía descansar tranquilo.

Ignorando todo lo que había sucedido mientras ella estaba en el puerto, Leonor dedicaba todos sus pensamientos a una sola persona: Hugo Villanueva.

El viaje en tren rumbo a Melilla se le estaba haciendo interminable. Se moría de ganas de llegar y correr a sus brazos, fundirse en ese cuerpo duro y masculino que tanto amaba.

Se imaginaba la cara que pondría él cuando ella le contara que había renunciado a sus sueños de actriz, y se sentía dichosa y satisfecha por haber antepuesto el amor por encima de todo.

Para ella era más fácil olvidarse del Arte Dramático que vivir sin Hugo. La vida sin él no tendría sentido y no habría triunfo en su carrera que pudiese compensarla de esa pérdida.

¿Era un machista, un dominante? Sí, lo era. Y eso también era parte del encanto que la tenía completamente subyugada.

De pronto se encontró preguntándose si Hugo la habría echado de menos, o si la habría ido a buscar. No estaba segura de su amor, era cierto, pero confiaba en que la pasión pudiera derivar en sentimientos tan sólidos como los que ella experimentaba.

Se le hizo agua la boca al recordar los momentos vividos juntos, y su rostro se cubrió de rubor. Tenía la esperanza de poder repetirlos hasta el infinito, y eso bien valía el pequeño sacrificio de su renuncia.

En la Escuela de Arte Dramático de Montevideo se habían quedado desconcertados al saber que Leonor no aceptaba la beca. Habían insistido, le habían rogado que reflexionara, pero ella se había mantenido inflexible. Finalmente le habían pedido que lo pensara durante una semana; si para entonces mantenía su negativa, le darían la beca a otra persona.

Pero Leonor no tenía nada que pensar. No obstante, les había dicho

que sí y había salido del lugar sin mirar atrás.

Como era demasiado temprano para coger el siguiente tren, y estaba muy cerca del puerto, había decidido ir a despedirse de Felipe y ver a sus padres por última vez en mucho tiempo.

El encuentro con su exnovio no le había producido la más mínima inquietud. No sentía por él más que aprecio y, tan pronto como lo había visto, había comprendido que el recuerdo de Felipe quedaría archivado entre los de su niñez. Pero no había podido resistirse a la tentación de sermonearlo un poco.

El chico se lo había tomado bastante bien; incluso había prometido hacerle caso y abandonar el consumo de sustancias nocivas, y se habían despedido como buenos amigos. Poco después, tanto Felipe como los padres de Leonor habían partido a España agitando sus pañuelos a bordo del *María Elena*.

Leonor se había quedado en el puerto unos instantes preguntándose cuánto tiempo pasaría hasta que los volviese a ver. Pero no le había durado mucho esa nostalgia anticipada, pues en Melilla había alguien que compensaría con creces esa ausencia.

Ya pasaban de las ocho cuando Hugo regresó a su casa, completamente abatido. Había estirado todo lo que le fue posible el momento de retornar a su hogar, pues sabía que lo esperaba el dolor de haber perdido a Leonor, y que el dulce sabor de los recuerdos no podría compensar ese sufrimiento.

Habían sido los quince días más maravillosos de su vida, y estaba seguro de que nunca más iba a vivir un amor así.

Mientras caminaba hacia su casa, se había preguntado si Leonor lo había traicionado, si lo había querido aunque fuera un poco, y si las cosas habrían sido distintas si él se hubiese comportado como un caballero y no como un troglodita. Y también se preguntó si ella evocaría los momentos de pasión vividos a su lado cuando se entregara al imberbe de su novio.

El solo hecho de imaginarlos juntos en el lecho lo sacaba de quicio, pero no podía evitar hacerlo... Se torturaba pensando en el cuerpo sonrosado y perfecto de la joven, su largo cabello rubio, la cara que ponía cuando se corría... ¡Maldita, Leonor! No lo dejaba en paz ni con kilómetros de océano de por medio.

Cuando metió la llave en la puerta, ya había decidido emborracharse hasta quedar inconsciente, pero sucedió algo que desbarató por completo ese plan.

La vio nada más entrar. Allí, en la sala de su casa, estaba Leonor en persona recostada en el sofá.

Hugo se quedó con la boca abierta... literalmente. Un inmenso vacío se formó en su vientre y la erección fue tan repentina como dolorosa.

Con la vista nublada y el corazón latiendo a mil, dio un paso al frente sin poder decir palabra. No fue necesario, pues ella lo hizo por él.

—Buenas noches, comisario.

Quiso responderle pero no le salió la voz, así que se limitó a quedarse así, totalmente paralizado, y para no caer se aferró a una de las sillas del comedor.

Porque la visión que tenía ante sus ojos era demasiado para ser real. Como fantasía estaba más que bien, incluso como alucinación se veía de maravillas, pero estaba por encima de cualquier expectativa y sus ojos no podían creer lo que estaban viendo.

En su cabeza, Leonor se hallaba muy lejos de allí. Jamás imaginó encontrarla en su casa, y mucho menos... así.

La muchacha se puso de pie y se acercó lo suficiente como para tener que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—No pareces feliz de verme, pero tu amigo sí parece alegrarse... —le dijo, apoyando su mano en el enorme bulto que amenazaba con romper sus pantalones.

Hugo no supo qué decir. Permaneció inmóvil, tragando saliva una y otra vez, incapaz de hacer otra cosa que mirarla. La mano de Leonor en su pene no ayudaba para nada, y ella pareció notarlo y la retiró.

—¿Y bien? —preguntó ella, impaciente.

Ante el apremio de la chica, la visión comenzó a aclarársele y la recorrió con la mirada. Leonor vestía una de sus camisas del uniforme policial por todo atuendo. Estaba descalza y sobre sus rubios cabellos llevaba su gorra de policía.

Carraspeó y así pudo notar que no había perdido del todo la voz.

—¿Qué haces... aquí? —logró preguntar finalmente.

Ella se echó la gorra hacia atrás y respondió:

—Yo vivo aquí.

El corazón le latía tan fuerte que Hugo temió por su salud. Tenía que

controlarse porque, si no, acabarían sacándolo de allí en ambulancia.

—Pero... creí que... Pensé que... habías partido... El buque... —murmuró, confundido.

—¿El buque? ¿El *María Elena*? —preguntó ella, riendo—. No, comisario. Mis padres se embarcaron, pero yo aún estoy aquí. ¿Por qué creíste que me había ido con ellos?

Él se la quedó mirando, y finalmente respondió:

—Porque fui al puerto y te vi de la mano con...

—¿Con Felipe? ¿Fuiste al puerto? Vaya, tú sí que eres una caja de sorpresas. Pues sí, fui a despedirme de él y a pedirle que dejara de fumar marihuana porque iba camino de perderse. Ya es algo tonto, y la droga lo iba a dejar peor... En fin... ¿Por qué fuiste al puerto, Hugo? —inquirió, intrigada.

—Fui por ti —respondió él, sincero—. Quería... hablarte.

Leonor se volvió y se sentó en el sofá, con los pies cruzados sobre la mesita de centro.

—Imagino que para presionarme para que renunciara a mi carrera como actriz. Bien, déjame decirte que ya lo he hecho. Fui a Montevideo más que nada a eso, a pedirles que le dieran la beca a otra, porque yo no podré aprovecharla... —confesó con sencillez.

Hugo se quedó de una pieza.

—¿Que has hecho qué?

—¿Estás sordo, comisario? Les dije que no quería la beca, pero ellos insistieron en que lo pensara durante una semana. Como sea, tanto da, porque estoy decidida a renunciar a ella. ¿Tienes hambre? Te lo pregunto porque, si quieres, puedo prepararte unos macarrones con...

—No tengo hambre, Leonor. Y no puedo creer que hayas... hecho eso. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? —murmuró mientras las lágrimas asomaban y él intentaba por todos los medios evitarlas.

Ella lo miró directamente a los ojos cuando le respondió.

—Porque, antes que cumplir mis sueños, prefiero dedicar mi vida a cumplir los tuyos. ¿Con qué sueñas, comisario? —planteó.

Hugo contuvo la respiración. No podía más... Se estaba muriendo de amor.

—Con que algún día seas mi mujer —le respondió con voz ahogada.

La joven sonrió y, poniéndose de pie, se acercó despacio.

—Eso ya te ha sido concedido, amor mío —replicó casi en un

susurro, igual de emocionada que él—. Yo ya soy tu mujer...

Después de eso, el tiempo y el espacio desaparecieron, y el mundo dejó de girar para ellos dos. El amor los envolvió como una inmensa ola, y los arrastró sin que pudieran evitarlo a un mar de pasiones en el que no les importó ahogarse juntos.

Hugo Villanueva inspiró hondo y cerró los ojos. Leonor lo observaba con la respiración entrecortada y los labios entreabiertos. Su expresión era deseosa y expectante, pero aun así el beso la sorprendió por su increíble fuerza pasional, que la hizo tambalearse, y tuvo que aferrarse a él para no caer.

Sosteniéndola con ambas manos, el comisario se apoderó de los tibios labios femeninos, y luego tomó posesión de su lengua. La succionó, recorrió su paladar, absorbió su saliva como si tuviese sed de ella. Tomó la deliciosa ofrenda de esa boca tentadora y la besó sin contemplaciones hasta hacerle daño.

Un débil gemido lo hizo ponerse en alerta y, respirando agitadamente sobre el rostro de la joven, aprovechó la pausa para susurrarle lo que su corazón gritaba desde hacía rato:

—Te amo, Leonor.

Ella se retiró un momento para mirarlo a los ojos.

—¿Me... amas?—preguntó, temblando, sólo para oírsele repetir.

—Más que a la vida misma, pequeña —confesó Hugo sin reservas—. Cuando te fuiste de aquí, creí morir... Fui a buscarte a «La Tentación» primero y luego al puerto de Montevideo... Estaba dispuesto a todo por traerte conmigo; incluso se me cruzó por la mente esposarte y después encerrarte para que no te volvieras a marchar... ¡Ya ves lo loco que me tienes, mi amor!

Ella sonrió, conmovida.

—Adoro tu locura... De verdad la adoro. —Y al notar la turbación que le provocó a Hugo el abrir su corazón de esa forma, agregó, juguetona—: Pero has sido un chico muy malo, así que es probable que yo te encierre a ti...

—Leonor...

—*Sargento* Leonor, caballero.

Hugo abrió los ojos como platos sin comprender.

—¿Perdón?

—*Sargento* Leonor —repitió ella con enigmática expresión, al

tiempo que le quitaba el bastón reglamentario del cinturón—. Y ahora quiero que se dé la vuelta, y apoye ambas manos sobre la pared, que voy a registrarlo, no sea que vaya armado...

La risa de él retumbó por toda la casa.

—Pero Leonor... —Al verla alzar las cejas, se corrigió de inmediato, fingiendo temerla—. Sargento Leonor quise decir, discúlpeme. No necesita registrarme, pues yo le confirmo que estoy armado, y ya mismo lo solucionaré —le dijo mientras se quitaba el cinturón y lo dejaba sobre la mesa.

Pero ella no se conformó.

—Voy a registrarlo de todas formas; si no, ¿cómo sabré que no lleva un cuchillo o algo así? Vamos, contra la pared, y separe las piernas.

Él puso los ojos en blanco y obedeció. Y no pudo evitar gemir cuando ella lo golpeó no tan suavemente en los tobillos, con el bastón reglamentario.

—¡Ay!

—Le he dicho que separe las piernas y no bromeaba.

—Lo siento, ya lo hago —le respondió, encantado de la vida con el juego que ella le proponía.

—Bien, veo que nos estamos entendiendo —dijo ella mientras sus manos recorrían los contornos del cuerpo masculino de arriba abajo y de abajo arriba, deteniéndose un buen tiempo en las musculadas nalgas y aún más allá—. Caramba, parece que mi sospecha se ha confirmado y al final ha resultado que sí va armado... —susurró mientras lo rodeaba con sus brazos y le oprimía el pene con una mano y los testículos con la otra.

Hugo gimió con desesperación.

—Tú tienes la culpa...

—Guardemos las formas, caballero. ¿Sabe qué le sucederá ahora por haberme ocultado su... arma? Pues que tendré que registrarlo... a fondo.

—¿A fondo? Pero sargento... Tenga en cuenta que se trata de un arma muy pequeña, prácticamente inofensiva... —le dijo, burlón.

—No me parece que sea inofensiva y mucho menos que sea pequeña, así que quítese toda la ropa, que voy a registrarlo a fondo, como le he dicho.

Él hacía grandes esfuerzos por no reír. Se separó de la pared y se volvió con las manos en alto.

—Mejor encárguese usted, sargento —le indicó, y ella sonrió

complacida y comenzó a desvestirlo lentamente.

Primero le desabotonó la camisa y luego se la quitó y la lanzó al suelo. Le siguieron los pantalones y arrastró con ellos zapatos y calcetines. Él se quedó de pie, en ropa interior, con las manos aún levantadas.

Se veía hermoso; era como un dios.

Y a medida que Leonor lo recorría con los ojos, Hugo se iba llenando de certezas y la más inmensa de todas era que nunca nadie lo había observado con un deseo tan franco, descarnado y profundo como el de ella.

¿Era posible acariciar con la mirada? Al parecer así era, pues su piel morena se fue encendiendo hasta el punto de resultarle una tortura insoportable.

No sabía si iba a poder continuar ese juego de seducción que ella parecía estar disfrutando tanto, porque para él se había transformado en un verdadero tormento.

Leonor, a su vez, se estaba muriendo de deseo ante la magnífica vista y los evidentes signos de excitación de Hugo. Le encantaba tener tanto poder sobre él y sus reacciones...

—Dese la vuelta como estaba antes, que procederé a registrarlo tal como le he explicado —le dijo sin lograr imprimirle a su voz la seguridad que hubiese querido.

—Pensé que bastaría con la inspección ocular —replicó él, alzando las cejas mientras se volvía y apoyaba las manos en la pared, tal como ella le había ordenado—. ¿No ha visto ya suficiente, sargento?

—Yo decidiré cuándo es suficiente. Y aún no lo es, porque, como mencioné, necesito revisarlo... *a fondo* —murmuró la chica, y de inmediato tiró de los calzoncillos del comisario y lo desnudó por completo antes de arrodillarse a sus pies.

Hugo tuvo que afirmarse a la pared con ambas manos, pues estar así de expuesto ante ella le resultó devastador. Su pobre corazón se le disparó en el pecho, y las piernas le temblaban tanto que temió caer.

Lo que sucedió después superó todas sus expectativas y cualquier fantasía que alguna vez hubiese podido elucubrar. Ni en sus más calientes sueños eróticos había imaginado algo así.

Agachada detrás de él, Leonor aferró sus nalgas y después las separó, dejándolo tan sorprendido que no consiguió atinar a nada. No se dio

cuenta de qué era lo que se proponía ella hasta que sintió la cálida humedad en el sitio más secreto de su cuerpo.

Hugo dio un respingo mientras una descarga eléctrica le atravesaba el cuerpo, y hubo de morderse los carnosos labios para no gritar. No podía creer lo que estaba sucediendo, y cuando ella presionó con la lengua, él contrajo los glúteos de forma involuntaria.

Leonor captó su intención de retraerse, y con un gesto decidido de sus manos lo apremió para que no continuara haciéndolo.

—Basta —dijo él, jadeando y desesperado.

—Aquí las órdenes las doy yo. Quédese quieto y separe más las piernas —replicó la joven y, al sentir su cálido aliento acariciarle el ano, el comisario creyó morir de placer.

Ya no podía guardar la compostura y mucho menos continuar ese juego de roles tan ardiente como prohibido.

—Eso... que estás... haciendo... no es... correcto —murmuró con los dientes apretados.

Lo que ella le hacía era tan perverso e inusual que jamás imaginó que alguien pudiera... Pero Leonor era así, única, sorprendente, increíble, y la vida a su lado sería una aventura llena de pasión y lujuria.

La respuesta de ella no se hizo esperar:

—Prejuiciado —se burló, provocativa.

Y después se puso de pie y le introdujo el índice, despacio. No lo hizo sufrir, pues estaba más que lubricado con su saliva, pero él gimió y, sin poder resistirlo más, se dio la vuelta y la tomó de las muñecas.

Luego la acercó a él y murmuró sobre su boca:

—Estás loca, y eso me gusta tanto que estoy asustándome —le confesó, y después se apoderó de sus labios y la besó como nunca antes.

Era un animal descontrolado que la mordía sin piedad, devorándola por completo.

—Eres tan bello que no he podido resistir la tentación —le dijo Leonor, cuando él le permitió respirar.

—Y ahora pagarás las consecuencias por haber pecado así —le respondió Hugo al tiempo que la obligaba a ponerse de cara a la pared y la penetraba desde atrás sin más contemplaciones, en un único movimiento que pareció traspasarla, partirla en dos.

Villanueva retomó el control, consumido de placer, y aferrado a las caderas de la joven entró y salió de su cuerpo con inusual desenfreno.

Gimieron al unísono en cada embestida, y en poco tiempo los sacudió un orgasmo tan intenso que terminaron cayendo al suelo con los cuerpos convulsos, transpirados, saciados...

Minutos después, Hugo tomó a Leonor en sus brazos y la oprimió tan fuerte que casi la hizo gritar, mientras le besaba el cabello y murmuraba bajito una y otra vez:

—Mía..., mía..., mía...

Tendidos de espaldas en el césped del patio trasero, Leonor y Hugo miraban las estrellas cogidos de la mano.

Habían hecho el amor en la sala y luego en la ducha, pero como continuaban acalorados y la noche estaba hermosa, decidieron cenar fuera.

Fue una especie de pícnic de medianoche en el fondo de la casa, con velas, mantel de cuadritos y sándwiches de atún a falta de algo mejor. Tenían tanta hambre que devoraron la sencilla cena en minutos y, después de saciar también esa necesidad de su cuerpo, se recostaron a observar la luna. Junto a ellos retozaban *Patán* y *Secuaz*, felices de la vida.

La pequeña y blanca mano de Leonor contrastaba con la enorme y morena del comisario. Existía un abismo de diferencias entre ambos, pero pronto entendieron que eso precisamente era la sal y la pimienta que necesitaban para que su relación floreciera y no tuviese límites.

Ella había estado en una situación similar un mes antes, pero en aquella ocasión había observado las estrellas junto a Felipe, obnubilada por las drogas. Ahora lo hacía totalmente sumergida en la marea del amor.

—Me pregunto de dónde has cogido la idea de convertirme en la sargento Leonor y violarme en la sala —dijo él, poniéndose de lado para observarla con comodidad.

Ella rio, y a él su carcajada le pareció una cascada, fresca y resonante.

—Te lo dije: soy actriz e interpretaré para ti un papel cada día. Hoy he sido policía, y tú mi prisionero; mañana seré cocinera y tú serás...

—¿Un pastel? —preguntó él, también risueño.

—Un delicioso pastel de chocolate...

—Basta ya...

—... que yo voy a devorar, digo, a decorar... —continuó Leonor,

pícara.

— Y pasado mañana, ¿qué serás?

—Una prostituta —bromeó, pero a él la idea lo encendió.

—Interpretarás a una prostituta de forma excelente —le dijo, sonriendo. Y a continuación se aproximó y la besó en la boca—. Serás mi puta cada noche...

—Tuya... totalmente —asintió la joven, mordiéndose el labio. La cosa amenazaba con salirse de los rieles, y ése evidentemente no era el lugar para un desbordamiento, así que Hugo se encargó de reencauzar la conversación:

—Y el lunes, ¿qué papel harás?

—Mmm... No lo sé. Tal vez el de la Virgen María... Vi el letrero en la estación del ferrocarril: en él la parroquia invitaba a participar en el pesebre viviente en Nochebuena. Me presentaré y ojalá me elijan para la Virgen, o tal vez para pastora o...

Pero él no la dejó continuar. Le puso la mano sobre la boca con suavidad al tiempo que le decía:

—No podrás hacerlo.

Leonor se quedó de una pieza. Vaya con el comisario... Él mismo le había sugerido el día anterior lo de la representación de la parroquia y ahora... Qué hombre más posesivo, controlador, celoso y... guapo. ¡Qué guapo era! Leonor se quedó como hipnotizada observándolo. ¡Al demonio con el pesebre! ¿Quería que actuara sólo para él? Bien, así lo haría. Estaba tan enamorada que haría cualquier cosa que ese hombre le pidiera, fuese razonable o no.

—Está bien —convino, suspirando.

—¿Está bien? —preguntó él, burlón—. Ésa no es la Leonor que yo conozco... a fondo. Mi Leonor protestaría, se enfadaría, se...

—Tu Leonor quizá se enfade mañana, pero hoy... Hoy sólo quiere complacerte, comisario —admitió.

Conmovido por la sencilla entrega, Hugo le acarició el rostro.

—Eres increíble... —le dijo—. Pero eso ya lo sabes. Ahora quiero que me preguntes por qué no podrás hacer el papel de la Virgen María en la representación de la parroquia.

—Bueno, no creo que pienses que es un ambiente sórdido y decadente..., ¿o sí? —se burló Leonor. Había llegado el momento de jugar un poco.

—No. Al menos no a la luz del día... —reflexionó él, guiñándole un ojo.

—¿Es porque no crees que esté a la altura del papel de virgen, a la luz de los últimos acontecimientos? —aventuró, descarada.

—Eso seguro —admitió él con una carcajada—. Pero es por otro motivo por lo que no podrás actuar en el pesebre.

—¿Cuál?

—El lunes tú y yo nos mudaremos a Montevideo.

Se lo soltó sin rodeos, dejándola con la boca abierta.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Me han promocionado y me han dado un apartamento en el centro para que vivamos allí, así que estás hablando, en este instante, con el encargado de la División de Narcóticos de la Jefatura de Policía de Montevideo.

—¿De verdad?

—De verdad, y aunque no lo creas, tú has tenido que ver en ello —le confió.

—¿Yo?

—Indirectamente, pero así es... Ya te lo contaré luego —le dijo sin dejar de acariciarla.

—Así que viviremos en Montevideo.

—Sí. Yo iré a trabajar cada mañana, y tú te quedarás en casa cocinando macarrones con queso, poniéndote guapa, planificando qué representarás por las noches para mí...

—Eso será maravillo... —comenzó a decir ella, pero él la interrumpió.

—... y por las tardes te llevaré yo mismo a la bendita Escuela de Arte Dramático de Montevideo.

Leonor se quedó perpleja.

—¿Estás bromeando?

—Por supuesto que no. Te llevaré en el coche patrulla y esposada para que todos sepan que eres mía, Leonor Ávila. Así que el mismo lunes iremos y les dirás que aceptas la beca —anunció con una sonrisa.

Ella no atinaba a decir nada. Abrió la boca y a continuación la cerró. Pestañeó una y otra vez. Inspiró profundamente y luego expelió el aire despacio, pero no le salían las palabras.

—¿Te sientes bien, mi vida? —preguntó Hugo al verla tan abrumada.

Finalmente Leonor recuperó el habla:

—No puedo creerlo...

—Mujer de poca fe... Leonor, me has enseñado a hacer el amor y lo que es el amor. Has renunciado a tus sueños por mí. Nadie me ha querido tanto... —le confesó, conmovido—. Así que haré el esfuerzo de dejar de lado mis reparos, y aceptaré que tengo junto a mí a la mejor actriz del mundo, haciendo también su mejor papel: el de mi mujer.

Ella lloraba. Las lágrimas caían sobre el mantel de cuadros, pero en su boca había una sonrisa y los besos de Hugo, que se bebía su llanto y murmuraba palabras de amor.

—Gracias, comisario. No sé qué decir.

—Di que me amas, por favor. Di que me amas tanto como yo a ti —le rogó Hugo, suspirando e igual de conmovido que ella.

—Te amo, Hugo Villanueva.

—Más fuerte, señorita Ávila —le ordenó.

—¡Te amo!

—Ahora sí —dijo él, y después levantó un poco la voz para agregar —: ¿Ha oído eso, Miss Daisy? Porque, si no, podemos repetirlo...

Un ruido extraño, como de algo al caer al suelo, un gemido ahogado y una maldición bastante ruda siguieron a las palabras de Hugo, y ambos rieron, mientras la anciana chismosa que los estaba espionando tras el cerco se iba a rumiar sus frustraciones a otro sitio.

—¿Tú crees que lo ha oído todo? —preguntó Leonor, algo avergonzada.

—Eso espero, mi amor, eso espero —le respondió él, con una sonrisa. Y luego se dedicó a besarla a la luz de la luna, una y otra vez.

Cuatro años después

—Oh, Dios mío... ¡Ya no puedo soportarlo!

No había dudas de eso, a juzgar por el grito desgarrador que siguió a esa declaración.

—Chris, dale algo, por favor... Está sufriendo mucho —suplicó Pilar. El médico se quitó los guantes y los tiró al cesto.

—Mi vida, tú ya sabes cómo es esto... Lo has vivido con Ana y también con Christian, y aquí estás.

—Eres tan insensible... No puedo verla así. ¡Haz algo! —pidió ella, desesperada.

—Está bien, está bien... Leonor, escúchame, ¿quieres una epidural? Lo hemos hablado antes y me has dicho que no, pero Pilar insiste...

La aludida lo cogió de la solapa y lo acercó a su rostro.

—Hazle caso a tu esposa y dame algo, doctor Davies, porque, si no, echaré raticida en tu pastel de cumpleaños.

Christopher preparó la inyección de inmediato.

—Tenías razón, Pilar. Necesita un calmante urgentemente.

—Te lo he dicho.

Pilar conocía tanto a su amiga como si fuese ella misma, y sabía que no estaba preparada para que su primer parto fuese antes de tiempo y en circunstancias tan adversas.

Leonor no esperaba a su primer hijo hasta dentro de cuatro semanas, y seguramente el parto no se hubiese adelantado tanto si no hubiese ocurrido lo del Liberaij.

Esa mañana, al igual que todas las transcurridas en los últimos meses, comenzó con Leonor devolviendo, y después intentando convencer a Hugo de que se marchara a la jefatura, argumentando que eso era normal

y que se sentía perfectamente. Había probado de todo, pero nada había surtido efecto, y ya se había resignado a pasar toda la gestación vomitando.

Según Christopher, era la primera embarazada que él atendía que en lugar de engordar había adelgazado, por lo menos durante los primeros meses. Luego se había recuperado un poco, pero la balanza acusaba escasos cuatro kilos de más y, al ver su pequeño vientre apenas prominente, todo el mundo se preguntaba si realmente estaba encinta y, si era así, dónde estaba el bebé.

Así que esa mañana comenzó como un día cualquiera. Hugo se marchó preocupado como siempre, y la dejó recostada en la cama rodeada de papeles y dulces. Estaba estudiando un libreto, ya que en otoño estrenaría nueva obra, nada más y nada menos que en el Teatro Solís.

Ninguno de los dos sospechaba que ese día no terminaría como todos.

Al mediodía él pasó a almorzar y, mientras Leonor le servía, le llenó el vientre de besos. Sus manos eran tan grandes que podía abarcarlo todo sin dificultad.

—Estás más bella que nunca... —le dijo, y ella se regocijó al percibir deseo en la voz de su marido. Se sentía gruesa y pesada, y temía no gustarle como antes, así que se sintió muy reconfortada al oírlo.

—El amor lo embellece todo —le respondió estrechándolo contra su vientre, y se sorprendió al reconocerse excitada aun con el embarazo tan avanzado... Le tendría que preguntar a Pilar si eso era normal, porque al doctor Davies no se atrevería.

Pero ese día no hubo mucho tiempo para arrumacos, porque Hugo comentó que tenían un «caso complicado» entre manos. No solía entrar en detalles, y Leonor ya lo sabía. Tras cuatro años viviendo juntos —hacía dos que se habían casado—, lo conocía bastante bien, así que no preguntó más y él se marchó con prisa después de comer.

La tarde pareció transcurrir con mayor lentitud de lo habitual.

Cuando dieron las diez de la noche y Hugo no había llegado, comenzó a preocuparse... Él solía quedarse hasta pasadas las ocho, pero nunca sin avisar. Para distraerse, decidió conectar la radio y escuchar algo de música. Con un poco de suerte sintonizaría a *The Beatles*, el grupo de cantantes del momento, que Anastasia adoraba. Mientras giraba el dial del enorme aparato, por casualidad captó la frecuencia que daba las noticias.

—... Reiteramos: cuatro delincuentes armados se han atrincherado en el edificio Liberaij, sito en la calle Julio Herrera y Obes, a la altura del 1.200. Se ha hecho presente en el lugar parte de la dotación del cuerpo de policía de Montevideo para obligarlos a deponer su actitud y evitar un baño de sangre innecesario...

Un escalofrío recorrió a Leonor de pies a cabeza. Ahora entendía por qué Hugo no había regresado aún, pero eso, lejos de tranquilizarla, la alteró más. Y lo peor vino después... En el radio comenzaron a decir que los delincuentes habían asesinado a un policía días antes, y en ese instante ella se dio cuenta de que el cuerpo iba a ser implacable con ellos y que, si no se entregaban, realmente ocurriría una desgracia.

Pasando la medianoche, Leonor estaba aterrada. Y a la una de la madrugada, ya no podía esperar más.

Al final se decidió y, a pesar de que sabía que Hugo luego se lo recriminaría, salió a la calle en busca de más información. Iba a resultar mucho más torturante quedarse en casa a la espera de noticias, que quizás tardarían la noche entera en llegar.

Lo primero que hizo fue pedirle el teléfono al tabernero del tugurio de la esquina, que abrió los ojos asombrado cuando esa mujer embarazada que parecía casi una niña entró en su establecimiento sofocada. Lo mismo hicieron cuatro borrachos que aún permanecían allí, bebiendo sin parar.

Se lo dio sin dudarle y luego se inclinó para escuchar mejor la radio que transmitía de forma ininterrumpida todo lo que estaba sucediendo en el Liberaij desde hacía horas.

Leonor habló con la operadora de la jefatura, y confirmó sus peores temores: el capitán Villanueva había ido a apoyar a sus compañeros en el difícil trance.

Completamente desolada, salió del bar con la firme determinación de presentarse en el lugar y ver el estado de la situación con sus propios ojos. Caminó las catorce manzanas que la separaban del Liberaij con cierta dificultad debido a su estado, y observó con sorpresa que no era la única que lo hacía. A dos esquinas del edificio, no se podía traspasar la barricada que la policía había interpuesto. Varios patrulleros cruzaban las calles cortando el tránsito, y cientos de curiosos le impedían el acceso a ellos. Pero Leonor, terca como siempre, fue abriéndose paso a puros empujones.

El reloj de la catedral anunciaba las tres de la madrugada cuando

logró llegar a su objetivo. Jadeando y con lágrimas en los ojos, encaró al primer policía que encontró.

—Agente, soy la esposa del capitán Hugo Villanueva y quisiera saber si...

No pudo continuar porque se oyó un estruendo insoportable y de inmediato el policía con el que hablaba la hizo agacharse.

—¡Abajo! ¡Todos abajo! —gritó el oficial, alarmado, y a ella le dio un vuelco el corazón. Eso era el inconfundible sonido de un tiroteo...

Permaneció de rodillas, al resguardo de un coche patrulla, mientras un profundo silencio se cernía sobre los presentes. Pero no duró mucho, porque minutos después comenzaba la pesadilla de fuego cruzado entre los atrincherados y la policía, que parecía no terminar.

De pronto pasó por delante de ellos un oficial con un disparo en un brazo. Otro agente le oprimía la herida con una tela empapada ya de sangre, y lo ayudaba a alejarse de las balas.

—¡Hay otro compañero caído! —anunció este último al que estaba con Leonor, y a ella se le paralizó el corazón.

—¿Es Hugo Villanueva? —no pudo evitar preguntar, temblando aterrorizada.

—¡No! —respondió él, mientras ayudaba a cargar al herido en la única ambulancia que se había presentado en el lugar, que partió de inmediato con la sirena encendida.

Leonor temblaba de miedo, pero no por ella, sino por Hugo, que seguramente estaba expuesto a un gran peligro. En ese instante sintió una punzada en el vientre, y de inmediato una humedad desconocida comenzó a correr por sus piernas.

—¡Joder! —El impropio se le escapó sin querer, pero fue suficiente para llamar la atención del oficial que la protegía cubriéndola con su brazo.

—Tranquila, señora. Seguramente el capitán está a salvo de...

Pero Leonor movía la cabeza incrédula. No podía creer lo que estaba sucediendo ni fuera ni dentro de su cuerpo.

—Es que... he roto aguas...

—¿Qué? ¿Que ha roto qué cosa? —preguntó el policía sin comprender—. Bueno, lo que sea que se haya roto, tendrá arreglo, no se preocupe.

—¡Esto no! ¡Justo ahora, por Dios! —exclamó Leonor poniéndose de

pie. Los disparos ya no se oían por ráfagas, sino aislados—. Creo que estoy de parto... —confesó cogiéndose el vientre con ambas manos.

—¡Joder! —maldijo también el oficial. Y después entró en acción, que para eso lo habían entrenado. Obligó a Leonor a meterse en el coche patrulla y comenzó a abrirse paso a bocinazos—. ¡Apártense, que llevo a una parturienta! —gritaba más asustado por eso que por lo que sucedía a sus espaldas.

Llegaron al Hospital Español en diez minutos.

Lo primero que hizo Leonor fue pedir que llamaran por teléfono a su médico, el doctor Christopher Davies, y lo segundo, solicitar que subieran el volumen de la radio. No sentía dolor alguno; lo único que necesitaba era saber si Hugo estaba bien.

Si él lo estaba, ella también lo estaría.

Pero las cosas no avanzaban en la dirección correcta. Una hora después, las noticias anunciaron la peor de las novedades: había ya dos policías abatidos por los delincuentes, y también varios heridos.

Cuando Christopher y Pilar llegaron, la encontraron llorando con desesperación. Estaban enterados de lo que sucedía y no sabían cómo darle consuelo.

—Cariño, no pienses en ello, y no supongas nada. Ahora tú tienes que ocuparte de traer al mundo a mi ahijado, y no preocuparte por el capitán Villanueva, que estoy segura de que sabrá cuidarse, por ti y por el pequeño —le dijo Pilar acariciándola.

—¿Y si se trata de él? ¿Y si es Hugo uno de los que...? —no pudo continuar, porque una aguda contracción le quitó el aliento—. ¡Ay, Dios! —Entonces el doctor Davies se puso manos a la obra, y en pocos minutos comenzaron a prepararla para el parto. La pobre Leonor sollozaba sin poder controlarse, un poco por el dolor y otro poco por la preocupación.

Pasaban ya las siete de la mañana y las contracciones eran fuertes y cada vez más frecuentes, pero por fortuna sucedió algo que hizo que su corazón cantara pleno de dicha, y por fin pudo lograr que el parir a su primer hijo se transformara en su única prioridad.

Una enfermera entró de repente y preguntó:

—¿Usted es Leonor Ávila?

Ella comenzó a temblar, pero asintió.

—Bien, acaba de llamar un tal Hugo Villanueva, que dice ser su esposo, para avisarle de que está en perfecto estado y que vendrá a

acompañarla en cuanto le sea posible —le anunció satisfecha por ser portadora de buenas noticias, y luego se marchó.

—¿Lo ves, Leonor? —intervino Pilar sonriendo—. ¡Te lo he dicho! Ahora sólo debes preocuparte por...

—¡Mierda! —gritó ella. El oficial que la había llevado había hecho su trabajo, y estaba feliz por tener noticias de Hugo, pero el dolor que estaba sintiendo se intensificó de tal forma que no pudo evitar maldecir a gritos.

Y así continuó durante horas.

A las dos de la tarde, Leonor estaba extenuada y sin fuerzas. A pesar de las contracciones, la dilatación no era la indicada para comenzar a empujar, y Pilar comenzó a preocuparse. Además, Hugo no llegaba y la ansiedad estaba obrando en su contra.

Media hora después, cuando el dolor se tornó verdaderamente insoportable, la pobre le oprimió la mano a su amiga con desesperación.

Y fue en ese momento cuando Pilar le pidió a su esposo que le diera un calmante, y Leonor, al ver su renuencia, lo amenazó con poner raticida en su pastel de cumpleaños.

Pero no hubo tiempo de inyectárselo, porque Leonor se tendió de espaldas jadeando en la siguiente contracción, y con dilatación completa o sin ella, comenzó a pujar.

Y fue así cómo la primera hija de los Villanueva llegó a este mundo entre estridentes berridos. En el mismo instante en que la pequeña veía la luz, su padre llegaba al Hospital Español en perfecto estado de salud.

Por fin había terminado la pesadilla del Liberaij, que había durado cerca de dieciséis horas y que había terminado con varios compañeros muertos, y los cuatro delincuentes abatidos.

Pero ya habría tiempo de lamentar las pérdidas; ahora lo único que le importaba era su mujer. Y pronto descubrió que ya estaba entre ellos quien sería su gran preocupación el resto de su vida: su hija.

Cuando entró en la habitación y vio a una sonriente Leonor con un pequeño capullo rosa entre sus brazos, se alteró de tal forma que hubo de aferrarse al marco de la puerta para no caer.

Luego se acercó despacio y miró.

Allí estaba. Se murió de amor...

Era la cosita más bella que había visto jamás. Rizos oscuros enmarcaban un pequeño rostro redondo y sonrosado. Y cuando la pequeña abrió los ojos, se quedó con su corazón para siempre.

Eran azul cielo, idénticos a los de Leonor. A Hugo se le llenaron los suyos de lágrimas.

—Es hermosa, querida —le dijo a su esposa, emocionado.

La sonrisa de Leonor se hizo más amplia y, elevando una mano, le acarició el rostro.

—Es tuya, igual que yo —susurró de forma que sólo él pudo oírla.

Cuando la partera que había asistido a Christopher les preguntó qué nombre habían elegido, la reciente mamá respondió sin dudar un instante:

—Se llamará Mariel, por supuesto.

Y Pilar, que no se había movido de la habitación, no pudo evitar sonreír. Hacía exactamente nueve años que habían pasado por aquella terrible tormenta que había cambiado el rumbo de sus vidas. El buque *María Elena* había resistido, y Leonor había mantenido la promesa a la Virgen de ponerle Mariel a su primera hija si protegía el enorme navío de las fuerzas de la naturaleza. Y allí estaba, cumpliendo esa promesa.

La flamante madrina esperaba que la pequeña viviese una vida llena de emociones y fuese tan amada como ellas dos lo eran. Y también que la amistad que las unía no terminara nunca.

—Es hora de irnos, mi amor —dijo Christopher interrumpiendo los buenos deseos que le nacían del corazón.

Pilar asintió, pero antes de retirarse besó la frente de la pequeña Mariel y murmuró emocionada:

—Que Dios te bendiga, ahijada de mi alma.

Cuando se quedaron solos, Hugo besó a Leonor en plena boca, apasionado. Estaba tan enamorado de ella como el primer día.

—¿Qué sientes, preciosa? —le preguntó.

—¿Ahora mismo? Fuego, siento fuego... Tú me quemas... —confesó ella avergonzada, pero lo cierto era que Hugo Villanueva la encendía cada día más.

—¿En serio? Con razón brillas tanto... Tienes luz propia, Leonor Ávila. Y, por lo que veo, eso lo ha heredado nuestra hija. Ojalá también le legues tu belleza y tu locura, para que ambas iluminen mi vida siempre, mi amor... —murmuró en su oído, profundamente conmovido.

Y, mientras lo hacía, daba gracias al cielo por haberlo iluminado también aquel bendito día en el que, sin poder resistirse más, había ardido en el fuego del infierno al caer en la tentación.

«Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos, y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende.»

EDUARDO GALEANO, *El libro de los abrazos*
(Escritor uruguayo, 1940-2015)

ATRÉVETE

Montevideo, 1956

Sucia.

Sucia, sucia, sucia. Y sola, más que sola, desolada...

Corrió tanto como pudo, con el alma desgarrada y el llanto nublándole la vista. Corrió sin rumbo, porque no sabía adónde se dirigía.

No tenía idea de qué debía hacer; no podía pensar con claridad. Sólo sentía que debía alejarse y no regresar jamás a ese lugar maldito.

Sucia... Debía lavarse, debía borrar los rastros de la pesadilla que acababa de vivir. La lluvia fue como un bálsamo y su cuerpo la recibió con alivio.

Pero el agua jamás podría barrer el dolor que le atenazaba el corazón.

Las heridas sanarían con el tiempo, pero la forma en que le arrancaron su inocencia la iba a marcar para siempre.

Esa noche le destrozaron la vida.

Y ya nunca lo olvidaría.

1

Tres meses antes...

—¡Vamos a morir! ¡Ay, Dios...!

—Tranquilízate, Leonor. Eso no va a suceder...

—¡Sí! ¡Esto se dará la vuelta y caeremos al mar, Pilar!

—Cógeme la mano bien fuerte y no tengas miedo. Estoy aquí para prote...

Una fuerte sacudida impidió que Pilar culminara la frase que pretendía calmar a la atemorizada joven. Estaban en cubierta, con los chalecos salvavidas puestos y la lluvia y el viento azotando sus cuerpos. Nadie parecía reparar en ellas, todos estaban demasiado ocupados con su propia supervivencia.

No es que Pilar no tuviese miedo. Por primera vez en su vida era consciente del peligro, del verdadero peligro, y estaba sintiendo las inquietantes punzadas del terror en su cuerpo. No quería demostrarlo, porque eso habría significado que Leonor perdiera por completo el poco control que le quedaba.

No era para menos, ya que la situación era desesperante. Sobre todo para una chica de sólo catorce años, que viajaba sin sus padres, y Pilar era su única compañía y ahora su muro de contención. Con diez años más a cuestas, intentaba mantener la entereza, pero lo cierto era que estaba preocupada... Más que preocupada, estaba aterrorizada.

Y por alguna razón le preocupaba más Leonor que ella misma. No entendía el porqué, ya que no se conocían demasiado. Pilar era hija de una pareja de trabajadores y Leonor de una familia de clase media-alta. Su único punto de conexión era que sus madres eran feligresas de la misma iglesia y habían hecho buenas migas. Pero nada más... Ni la manera de ser, ni la edad, ni la posición social las unía. En ese momento, lo único que las

podía igualar era el riesgo, el peligro de morir a causa de aquella tormenta en el mar.

El corazón de Pilar dio un vuelco cuando los sollozos de Leonor comenzaron a oírse más allá de los truenos, de los gritos, del viento...

—Te prometo que no te pasará nada, Leonor.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Esto está cada vez peor! Oremos, Pilar. Pidámosle a la Santísima Virgen que nos guarde de todo mal.

¿Cómo podía decirle que ella no creía en vírgenes ni santos a una niña que se aferraba a la esperanza de invocarlos como forma de protegerse? No podía hacerlo, simplemente no podía.

Se acercó a ella sin soltar la baranda y con la mano libre la abrazó.

—Estoy rezando, pequeña. La Virgen nos guardará. Fíjate que el buque lleva su nombre, así que contamos con su protección —le dijo para tranquilizarla.

—Ah, Pilar. Qué miedo tengo... Le prometo a la Virgen que si me deja vivir para poder hacerlo, cuando tenga mi primera hija le pondré su nombre, y el de este barco.

—¿Le prometes a la... Virgen que le pondrás María Elena a tu futura hija?

—Sí.

Pilar frunció el cejo. A la tontería de creer en cuentos de hadas, se sumaba la de pensar que prometiendo banalidades contarían con la protección de aquélla. Ella, por su parte, si lograban sobrevivir a ese infierno, no querría que nada en su vida se lo recordara y mucho menos una hija... No obstante, no le dijo a Leonor lo que pensaba exactamente, pues no era el momento de enfrascarse en una discusión de tinte teológico con una niña.

—Mejor ponle Mariel. Será un homenaje a la Virgen igualmente, pero no te recordará todo el tiempo este horrible momen...

Otra sacudida le impidió continuar.

—Ay, Pilar. Le pondré Mariel, como tú digas... ¡No quiero morir!

—No morirás...

Pero la naturaleza parecía empeñada en demostrarles lo contrario. Se aferraron una a la otra, presas de una sensación de desamparo que jamás habían sentido.

Cogida a la baranda había otra mujer que no tenía la suerte de contar con una compañera de viaje para atenuar el miedo.

Pilar y Leonor la habían visto varias veces en cubierta, con esa elegancia innata que tienen las mujeres inglesas en cualquier situación. Incluso en aquélla, en que la lucha contra la tormenta hacía que cualquiera perdiera la compostura, ella se mantenía erguida sobre sus tacones y no mostraba a nadie lo amedrentada que se sentía.

Pero le duró poco esa entereza. Un nuevo azote del viento, una oscilación de la nave, y la mujer fue levantada en vilo y arrojada por encima de la baranda.

Pilar oyó su grito, la vio desaparecer y cerró los ojos. Pero la inglesa no cayó, sino que permaneció obstinadamente sujeta a la baranda de metal, suspendida sobre el mar, luchando para seguir con vida.

—¡Tenemos que ayudarla, Pilar! —gritó Leonor, y entonces ella pudo reaccionar.

Mientras le indicaba a su joven amiga que no se soltara por nada del mundo, corrió a ayudar a la mujer que se balanceaba y estaba a punto de perder la batalla contra la gravedad.

—¡Coja mi mano! ¡Ahora!

Los enormes y azules ojos de la inglesa no se apartaron ni un segundo de los de ella mientras la ayudaba a subir a bordo nuevamente.

Una vez estuvo a salvo, hizo algo inesperado: la abrazó mientras murmuraba una y otra vez en perfecto español:

—Gracias, gracias, gracias...

—No hay de qué

—Le debo la vida...

«Pues ponle a tu hija mi nombre pero suéltame ya, que debo volver con Leonor», pensó, intentando desasirse.

Lo logró, pero la inglesa fue tras ella.

De pronto, para sorpresa de todos, el viento comenzó a calmarse y la nave dejó de moverse con tanta violencia. Y la lluvia, que hacía unos instantes arreciaba, se transformó en una leve llovizna.

—¿Estás bien, Leonor?

—¡Sí! Eres una héroe, Pili...

—Se dice heroína, querida... Y no lo soy.

La otra mujer, que no daba muestras de querer alejarse, intervino para corroborar las palabras de la jovencita.

—Sí lo es... Me llamo Charlotte Crawford. Usted es... ¿Pilar?

—Sí, es Pilar. Y yo soy Leonor —le dijo la joven, bastante animada

—. Mucho gusto, señora Charlotte.

Se dieron la mano con cortesía.

—Encantada, querida. Gracias de nuevo, Pilar... —comenzó a decir, pero se interrumpió, porque se dio cuenta de que la muchacha no la escuchaba. Tenía un mareo de muerte y se inclinó sobre la baranda para vomitar.

—Disculpad —dijo segundos después—. Parece que no moriremos ahogadas... La tormenta ha amainado.

—Pilar, ¡la Virgen ha escuchado nuestros ruegos!

—La Virgen... Sí, así es. Vayamos al camarote, Leonor. Ya todos están volviendo a los suyos...

En efecto, por los altavoces estaban diciendo que no era necesario permanecer en cubierta a la espera de ser evacuados, porque el buque transatlántico había soportado las inclemencias del tiempo.

Un gran alivio las embargó a las tres. Cada segundo que pasaba era la confirmación de que lo peor ya quedaba atrás.

—Vamos, entonces. Señora Charlotte, ha sido un gusto conocerla —afirmó la joven Leonor, educada.

—El gusto ha sido mío... Y no me llames señora, querida. Llámame Charlotte, por favor.

—Charlotte... ¿cómo es que habla tan bien el español?

La mujer pareció algo incómoda con la pregunta, pero se repuso al instante.

—Pues... he ido a España con frecuencia. Allí he pasado mis vacaciones desde que tenía cinco años...

—Pero es usted inglesa, ¿verdad? Al menos eso nos parecía a Pilar y a mí cuando la veíamos andar con ese aire tan distinguido por...

—¡Leonor! Disculpe a esta niña por tantas preguntas. Ya nos marchamos...

—¡No! Es decir, me gustaría que me acompañarais a mi camarote. Es de primera clase y muy amplio. Por favor, dejadme que os invite...

A Pilar le molestó que la mujer diese por sentado que ellas no estaban en la parte lujosa. ¿Las vería como dos pobretonas? No estaban en primera, pero tampoco en tercera. Justo cuando se disponía a negarse, Leonor hizo de las suyas.

—Claro que aceptamos, Charlotte. Nuestro camarote debe de estar destrozado. Hemos salido corriendo cuando todo empezaba a caerse y

hacerse añicos.

—Leonor...

—Pilar...

Vaya, era inútil. Aquella niña era tan terca como decidida, así que siguieron a la inglesa por los abarrotados pasillos.

En cierto modo Pilar se sentía mal por Leonor, ya que ésta bien podía haber pagado un pasaje de primera clase y no lo había hecho para que pudieran viajar juntas. Pilar no podía permitirse ese gasto... Su dote no era tan grande.

Su dote... ¡Qué anticuada expresión! Aún recordaba las palabras de su madre cuando la conminó a dejar España.

Hija mía, tienes veinticuatro años y no tienes ni oficio ni beneficio... Tus hermanas ya se han casado, ya son madres... ¿Y tú? ¿Qué será de ti cuando yo muera? No te ha durado ni un novio, ni un empleo. Tienes la manía de fastidiarlo todo con ese carácter explosivo que no te esfuerzas por controlar... Así no hay hombre que aguante, querida. Mira, tengo un dinero guardado, tu dote. Lo he ahorrado con la esperanza de que te casaras y que vivieras una vida como Dios manda, pero en vista de las circunstancias...

Pilar, yo me quiero retirar. Quiero pasar mis últimos días en el campo con mi hermana Carmen y tú no puedes mantenerte sola aquí en Madrid... En Sudamérica vive una hermana de tu padre, que Dios lo tenga en la gloria. Tu tía Concha, ¿recuerdas que te he hablado de ella? Tiene una familia en un pequeño país llamado Uruguay y también un negocio muy próspero... Te recibiría de mi amores, hija mía...

No pudo evitar hacer una mueca de fastidio al recordar las palabras de su madre. Prácticamente la había desterrado... En un principio se negó, pero luego lo pensó mejor. Era evidente que Juana no la quería a su lado y, a decir verdad, ella tampoco se sentía feliz viviendo con su madre, después de que Montse y Fátima se casaran.

No tenía idea de por qué era, pero se sentía fuera de lugar en cualquier sitio.

Tenía el presentimiento de que no estaba destinada a llevar la vida tradicional que su familia habría querido para ella. Nunca había sido feliz, nunca había estado enamorada. Los chicos que la cortejaban le parecían

bastante tontos y sistemáticamente los alejaba con un arma infalible: hablar de filosofía, de historia, de arte.

Le encantaba leer. Por eso la habían despedido de la fábrica, y también de su último empleo de institutriz. En ambos casos la habían sorprendido enfrascada en la lectura en horario de trabajo y eso había sido determinante para que la echaran a la calle.

Pero lo que más le gustaba era dibujar. Sentía que ésa era su única virtud, aunque como no tenía dinero para estudiar arte, vivir de ello no formaba parte de sus sueños.

Tampoco tenía amigas, pues todas estaban ya casadas, y algunas con varios niños. Sí, realmente se sentía fuera de lugar. Por eso, cuando supo que Leonor también se marchaba a América, no lo dudó: hizo las maletas y partieron juntas.

Se sentía identificada con la niña, pues ambas eran unas incomprendidas.

La niña... En realidad no lo era tanto. Más bien era bastante precoz, y eso había sido su perdición. La sorprendieron besándose con un chico a plena luz del día en un parque público y le prohibieron volver a salir. Pero ella se escapó una y otra vez para encontrarse con su amado, que era muy guapo, aunque un perfecto inútil. Finalmente, sus padres decidieron enviarla interna a un exclusivo colegio en Montevideo radicado en un convento, la misma ciudad donde vivía la tía de Pilar y también varios familiares de Leonor.

Sí... algo en común tenían, además de haber estado a punto de perecer en esa tormenta: no las querían en casa. Y a pesar de que hacía mucho que Pilar se decía que no le importaba un comino, lo cierto era que sí le importaba, y le dolía bastante.

Por eso decidió hacerle una concesión a Leonor, ya que había tenido la gentileza de viajar en segunda clase para acompañarla, y fue detrás de ella y de la inglesa a su camarote de lujo. Charlotte respiró aliviada cuando las jóvenes accedieron a acompañarla.

Es que se sentía tan sola... Nunca en su vida había experimentado una desolación tan inmensa, un dolor tan profundo...

No tenía a nadie, no tenía nada. Sólo un pasado de pesadilla y un futuro incierto.

Mientras precedía a sus nuevas amigas por los pasillos de la enorme nave, pensó que si lograba retenerlas a su lado los quince días que

quedaban de viaje sería muy afortunada.

La pequeña era encantadora... Y tenía un sorprendente parecido con ella. Sus rizos rubios y los ojos azules eran muy similares a los suyos y por un momento se vio a sí misma como la niña despreocupada que fue un día. Qué lejos estaba de eso, por Dios...

Ahora en su vida sucedía todo lo contrario. Temores, recuerdos dolorosos, heridas abiertas que jamás se cerrarían.

Cuando llegaron, observaron con sorpresa que todo estaba patas arriba, igual que lo estaría el diminuto camarote de las jóvenes. Aun así, Leonor parecía contenta y Charlotte sonrió. Por un momento, las tres permanecieron sin hacer ni decir nada, hasta que Pilar se puso manos a la obra. Enderezó un par de sillas e hizo que se sentaran ambas y de inmediato comenzó a ordenar la estancia.

«Vaya, qué chica tan resuelta. Cómo me gustaría ser como ella», se dijo Charlotte sin dejar de mirarla. Sí, era muy decidida y muy hermosa también. Tenía el cabello larguísimo y lo llevaba recogido en una trenza gruesa y apretada.

Sus ropas no eran caras y tampoco bonitas, pero ella las llevaba muy bien. Era menuda y bien proporcionada y sus ojos color miel tenían una expresión fría pero no hostil. Le pareció una joven demasiado seria para su edad... ¿Cuántos años tendría? No aparentaba más de veinte y la pequeña parecía tener unos quince.

¡Bendita juventud! Con sus veintinueve recién cumplidos, Charlotte se sentía una anciana amargada y hubiese dado cualquier cosa por cambiar su lugar con el de esas muchachas.

Y es que verse obligada a cruzar el océano para ir a vivir con un hombre al que no conocía y que le había sido asignado como marido y condena era algo que le costaba mucho aceptar.

Sobre todo porque no era la primera vez que se encontraba en una circunstancia parecida...

Si bien nunca antes había ido a América, ése sería su segundo matrimonio arreglado. Con el primer prometido impuesto por su familia había terminado todo demasiado mal.

Charlotte no estaba enamorada de Diego Ordóñez, pero su padre la conminó a aceptar el compromiso. Ambos tenían negocios en común en España y esa unión iba a resultar fructífera en más de un aspecto.

Al principio no le pareció tan mal... El hombre era moreno y muy

guapo y ella adoraba Sevilla desde siempre. Sus vacaciones más inolvidables las había pasado allí... Su español era perfecto debido a los frecuentes viajes a ese país de ensueño y Diego Ordóñez le había parecido de lo más amable.

Accedió, por supuesto. En el mundo de Charlotte, los hombres eran los que daban las órdenes y las mujeres las que obedecían.

Pero no contaba con que iba a conocer a Jack. Durante ese año en el que se preparó para ser la señora Ordóñez, Jack Stanton irrumpió en su vida y la trastornó por completo. Se enamoró como una tonta y perdió la cabeza por él.

Cuando supo que estaba embarazada, se lo dijo, pero no obtuvo la respuesta que esperaba, pues Jack simplemente huyó, dejándola sola y desesperada.

Su única salida, su tabla de salvación, estaba en España aguardándola y allí fue para casarse con el hombre indicado, tras haber sucumbido a la pasión con el equivocado. Sólo esperaba poder camuflar su embarazo y endilgárselo a Diego.

Quería olvidar que Jack Stanton había estado en su vida y por un tiempo imaginó que ese bebé que se gestaba en su cuerpo era verdaderamente hijo de su futuro esposo. El hecho de que nunca hubiese estado en la cama con él era un detalle sin importancia.

Y todo hubiese salido a pedir de boca de no ser por una tontería que la delató.

Vómitos... abundantes. La hermana de Diego se puso alerta, husmeó en su intimidad y sacó las conclusiones correctas.

Y ahí comenzó la pesadilla. La presión fue tan grande que cayó de rodillas ante su prometido y lo admitió.

Se hizo un silencio de muerte y luego él les pidió a todos que salieran de la casa.

La golpeó hasta cansarse y tras tomarse un respiro la volvió a golpear. Charlotte perdió algo más que su embarazo a causa de esa paliza: tuvo que despedirse para siempre de la posibilidad de ser madre.

Le quitaron el útero, que se dañó de forma irreparable a causa de los puntapiés. Tardó seis meses en recuperarse y otros seis le llevó a su padre resolver su futuro nuevamente. O al menos intentarlo.

Christopher Davies era el nombre de su futuro esposo. Era un hombre de buena posición, hijo de ingleses residentes en Sudamérica, y su

principal atractivo para su padre era que ignoraba lo sucedido en España. El hombre ya no pretendía uniones exitosas de negocios utilizando la angelical belleza de su hija, que de angelical ya no tenía más que la belleza. Ahora lo único que deseaba era deshacerse de Charlotte y lo que ella había representado para él: la pérdida de mucho dinero, debido a que Diego Ordóñez había rescindido todos los contratos.

Para el señor Crawford eso fue un golpe más fuerte que los que su antiguo socio le propinó a su hija. Y jamás logró perdonarle a ella esa pérdida.

No le permitió regresar a Inglaterra. Arregló el matrimonio por correspondencia con esa familia de su mismo país y Charlotte partió en el *María Elena* una fría mañana de enero, sin que nadie la despidiera.

Pasó los primeros quince días apartada del mundo, sumida en una especie de letargo, en un ostracismo que hacía que el tiempo transcurriera más lento. No deseaba llegar a destino y encontrarse con otro Diego Ordóñez.

Se preguntó si el accidente que casi la hizo caer al mar podía haber sido una jugada de esa nueva Charlotte que se había vuelto súbitamente temerosa y que no deseaba enfrentar la vida que la esperaba.

Se había casado por poderes, pero no sabía nada de Christopher Davies, nada. Ni de él ni de ese pequeño país que pronto debería adoptar como su casa, llamado República Oriental del Uruguay. Ni siquiera había visto una sola fotografía de su... marido. Finalmente se había casado, pero ésa no era la boda de sus sueños y aquélla no era tampoco la vida que había soñado.

¡Dos matrimonios arreglados en esos tiempos! Se odiaba por ser tan pusilánime, tan sumisa. Había accedido sin chistar las dos veces en que su padre la manejó a su antojo. En Londres, Jeff Crawford había conocido a uno de los tíos de Davies, que finalmente fue quien los puso en contacto y consiguió el arreglo. Y ella dijo que sí a todo, incluso sin saber nada.

El hombre era médico, eso sí lo sabía. También estaba enterada de que era viudo y tenía un hijo de ocho años, que vivía en una provincia y no en una ciudad, y que sólo se casaría de nuevo si era con una mujer inglesa o descendiente de ingleses.

Eso era todo. Charlotte se preguntó si Davies aspiraría a ser padre de nuevo y si la paliza que le daría al enterarse de que ella no podía darle hijos sería tan fuerte como la que le propinó Diego Ordóñez. Lo

descubriría, tarde o temprano lo haría, de eso estaba segura.

—¿Por qué no me ha llamado antes, doña Cocoa?

—Ay, doctor. Pensaba que podía con esto, pero parece que no. He intentado moverlo y ponerlo en posición, pero el condenado se resiste a...

—No es la primera vez que usted no reconoce cuándo termina el trabajo de la comadrona y comienza el del médico.

La mujer parpadeó varias veces y luego bajó la cabeza. Los gritos de la parturienta resonaban por toda la casa e impedían que replicara nada. Además, el doctor Davies tenía razón; ella ya no tenía la fuerza ni la paciencia para lidiar con aquello.

Había traído al mundo a cientos de niños, pero a sus casi setenta años ya no se sentía en condiciones de afrontar partos con complicaciones como ése. Cada vez tenía que recurrir al guapo doctor con más frecuencia.

—Perdóneme... A ver si usted puede darle la vuelta a esa criatura, doctor.

El aludido negó con la cabeza y una mueca de disgusto que no intentó siquiera disimular le curvó la boca.

—No perdamos tiempo, doña Cocoa... Señora Fuentes, míreme a los ojos... Así, muy bien. Ahora escuche lo que le voy a decir: deje de empujar, porque su bebé está atravesado y no va a salir. Vamos a hacer que se encaje en el canal de parto... Le voy a poner un sedante leve para poder hacerlo...

Y una vez más lo logró. Un poco de cloroformo y ambas manos enguantadas. Fue imposible colocar al niño de cabeza, así que terminó siendo un parto de nalgas. Por fortuna, tanto la madre como el niño lograron salir del difícil trance sin secuelas.

Suspiró aliviado cuando oyó llorar al pequeño y vio lo sonrosado que estaba. Y observó complacido que no había signos de hemorragia en la madre. Sí, lo había hecho muy bien, al menos esa vez.

Ocho años antes no había tenido tanta suerte. Marina tampoco había sido afortunada y Jeremy... ¿Algún día podría saber si su tardanza en decidir la cesárea tuvo que ver en la enfermedad de su hijo? Ansiaba conocer la verdad, y no para flagelarse inútilmente. Le parecía una tontería llorar sobre la leche derramada y continuar culpándose. No veía ningún provecho en eso. Marina estaba muerta, la hemorragia era una

eventualidad de cualquier nacimiento y ya nada se podía hacer por ella.

Pero sí quería saber hasta qué punto la falta de oxígeno había influido en el trastorno que hacía de Jeremy una especie de zombi incapaz de comunicarse con el mundo de otro modo que no fuese dibujando extrañas e incomprensibles formas. Lo habían diagnosticado como retardado, pero Christopher no se resignaba a ver a su hijo de esa manera. Estaba convencido de que Jem padecía autismo. Había leído mucho sobre el tema, pero aún no tenía claro el origen del trastorno, y mucho menos cuál sería el tratamiento adecuado.

Intentaba por todos los medios comunicarse con él, con escaso éxito. Se concentró entonces en sus carencias afectivas y decidió compensarlas dándole lo que creía que le hacía falta: una madre.

Como no tenía tiempo ni energía para buscarla, le encomendó a su padre que lo hiciera. Le daba igual quien fuera: lo importante era que le diese a Jem lo que necesitaba. Si era buena para su hijo, también lo sería para él. No eran sus necesidades las que primaban en esa búsqueda; éstas estaban cubiertas por completo.

Mujeres... las tenía. Una viuda que era puro fuego, pero no tenía disposición completa. Una ramera en la ciudad, tan fría como habilidosa. Una amiga de su hermana Felicity, tonta pero guapa.

Pero no conocía a ninguna que pudiese ser una buena madre para Jem. Ninguna salvo una desconocida que su padre había hallado para él.

Charlotte Crawford... Sonaba bien. Parecía agradable. Sólo tenía una fotografía de ella, pero lo poco que había visto le había gustado.

Sería una buena madre, para Jem y para los que vendrían. Y podría ser una buena esposa para él. Se preguntaba si querría enseñarle o aprender, si sería fuego o hielo... Pero esa curiosidad tenía la intensidad de una suave brisa otoñal.

No había nada referente a Charlotte que él pudiese sentir demasiado fuerte. No habría ni un deseo intenso ni un gran amor. Quizá gratitud... O un leve arrepentimiento, una indiferencia amable. Nada profundo.

No se atrevería a entregarle su corazón a ninguna mujer. Lo había hecho con Marina y todo había salido demasiado mal. Tampoco le daría sus deseos, sus anhelos más profundos, ni esas ansias que tenía tan bien controladas.

Le proporcionaría un hogar, hijos, estabilidad. Obtendría una mujer obediente, una buena madre, alguien con quien hablar. Y nada más.

Dejaría de frecuentar a viudas, prostitutas y tontas con buen escote. Se entregaría a las rutinas, a la vida tradicional y tranquila que siempre había añorado.

Sí, eso haría... Y mientras esperaba la llegada de Charlotte, todas sus energías se concentraban en el trabajo.

—Doña Cocoa, la próxima vez espero que me llame en cuanto constate alguna irregularidad, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor Davies.

Trabajo. Familia... Como sus padres, y los padres de sus padres.

Una vida sin altibajos, sin grandes pasiones. Porque apegarse demasiado a alguien podía resultar fatal. Marina... Aún la extrañaba, pero se obligó a no pensar en ella. Haberse casado en contra de los deseos de su familia le había costado muy caro, y ya no quería seguir pagando.

Su futuro tenía un nombre; se llamaba Charlotte, y esta vez, haría lo correcto.

Biografía



Mariel Ruggieri ha irrumpido en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, *Crónicas ováricas*, una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, *Por esa boca*, nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectores del género romántico erótico, y que se transformó en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014, Mariel lanzó su primer título con Esencia, *Entrégate*, una novela casi autobiográfica y también su proyecto más amado.

Enraizados sus orígenes en el viejo continente, la sangre italiana que

corre por las venas de la autora toma protagonismo en la pasión que imprime a las escenas más candentes, que hacen las delicias de los lectores del género. Actualmente reside en Montevideo junto con su esposo y su hijo, trabaja en una institución financiera y estudia para licenciarse en Psicología.

Otros títulos de la autora: *Morir por esa boca*, *La fiera*, *Atrévete*, *Cuidarte el alma*, *Tatuada en mi alma* y *Paulina, cuerpo y alma*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en www.facebook.com/MarielRuggieri.

By Lady.

La Tentación
Mariel Ruggieri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, Nikita Rogul y Gunnar Pippel - Shutterstock

© Mariel Ruggieri, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14187-7

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Table of Contents

[Índice](#)

[Nota de la editora](#)

[Cita](#)

[Año 1961](#)

[Veinte días antes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Cuatro años después](#)

[Cita](#)

[Atrévete](#)

[Montevideo, 1956](#)

[Capítulo 1](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)